LS.C
T2536

TEATRO NUEVO

ESPAÑOL.

TOMO IV.

95386
14.4.25

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

CONTINUACION DE LA LISTA

DE LAS PIEZAS RECOGIDAS.

Marta aparente.

Astucias del enemigo contra la naturaleza: segunda Mágica Marta.

Oran por Felipe Quinto.

O el Frayle ha de ser ladron, ó el ladron ha de ser Frayle.

Por defender á su Rey, derramar su sangre es ley: la Dircea.

Paz de Artaxerxes en Grecia.

Para vencer la impiedad solo amor tiene poder.

Fernan Mendez Pinto, primera parte.

Idem segunda parte.

Británico.

Pachecos y Palomeques.

Mazariegos y Monsalves.

Quedar triunfante el rendido, y vencido el vencedor: Codro el Ateniense.

Preso, muerto y vencedor todos cumplen con su honor en defensa de Cremona.

Triunfo de amor y lealtad, y traidor en la apariencia.

El Católico Recaredo.

Sertorio el magnánimo.

La defensa de Barcelona por la mas fuerte Amazona.

El primer templo de amor.

Dios protege la inocencia: Elvira, Reyna de Navarra.

Desagraviar el valor, reyno, hermano y opinion: Cárlos Quinto en Viena.

Contra la fé no hay respeto, y el esclavo de su padre.

La tragedia anunciada es menor sucedida que esperada, ó cumplir lo que ofrece el hado.

Coronado, mas no muerto.

Con bellezas no hay venganzas.

Afanador el de Utrera.

El Sitio de Calais.

El sol en el nuevo mundo, y nuevo mundo en Castilla, ó el descubrimiento de las Batuecas.

Convertirse un gran pesar en la mayor alegría, y mayor triunfo de amor.

No hay virtud sin recompensa, ni culpa sin escarmiento: Sesostris, Rey de Egipto.

No hay con la patria venganza, y Temístocles en Persia.

La Poncella de Orleans.

La Puente de Mantible.
La mayor Luna Africana.
No hay que creer en agüeros, y las estrellas del Puche.
La inocencia preseguida en el honor y la vida.
Satisfacer por sí mismo, y venganza sin vengarse: Ifigenia en Tauris.
Los hijos de la fortuna, Teagenes y Cariclea.
Quando despierta el valor triunfa de encanto y amor.
El blason de las mugeres.
Quál mas obligacion es, la de padre ó la de juez.
No hay fuerza contra los hados.
Equivocar el amor para libertar la patria, ó el tributo de Atenas.
El Cantero de Constantinopla.
El Cetro por el valor, y el amor en la osadía.
La muger de Padilla, Doña María Pacheco.
El robo de las Sabinas.
Christóbal Colon.
El falso Profeta Mahoma.
El Rey Don Sebastian, primera parte.
Las pruebas de la virtud.
Luis catorce el Grande.
El segundo Don Juan de Espina, y astrólogo Zorroquinos.

Es difícil el saber el fin que uno ha de tener, ó la Esclava hallada.

El Baquero Emperador, y gran Tamerlan de Persia.

En llegando á ser amante, el hombre es el mas constante.

El honor mas combatido, y crueldades de Neron.

El segundo Scipion.

El Redentor cautivo.

El sol obediente al hombre.

El Texedor de Segovia, primera parte.

Idem segunda parte.

El Príncipe constante, y Mártir de Portugal.

El jardin de Falerina.

La Lavandera de Nápoles.

El mejor par de los doce: Reynaldos de Montalvan.

En defensa de su honor, echarse un hombre á ladron: de poder, amor y estrella los continuados acasos, y caballero Maltés.

El fuego de las riquezas, y destruccion de Sagunto.

El hijo de sus obras, y empeños de una banda.

El asombro de Xerez, y Marta de Andalucía: Juana la Rabicortena, primera parte.

Idem segunda parte.

El mayor encanto, amor.
El perseguido sin culpa, y Periquillo de todas.
El Africano Neron: Muley sitiador de Ceuta.
El Mágico de Salerno: Pedro Vayalarde, primera parte.
Idem segunda parte.
Idem tercera parte.
Idem quarta parte.
Idem quinta parte.
Tambien la Mágia se hereda, y Mágicos de Salerno, sexta parte.
Combates de amor y ley.
Vencen impulsos de amor los efectos del honor, y Mágico en Cataluña, segunda parte.
Entre venganza y amor hallar la dicha mayor, y Mágico en Cataluña, tercera parte.
El harpa de David.
Tetis y Peleo.
Mas puede el hombre que amor: querer á dos, y ser firme.
Quando hay falta de hechiceros lo quieren ser los Gallegos, quarta parte.
El Mágico Brocario.
La colonia de Diana.

Se continuará.

ÍNDICE

DE LAS PIEZAS QUE CONTIENE ESTE TOMO QUARTO DEL TEATRO NUEVO ESPAÑOL.

El Duque de Viseo, pág. . . . . 1.
La Fulgencia. . . . . 93.
Clementina y Desormes. . . . . 213.
Los amantes generosos. . . . . 301.

EL DUQUE DE VISEO.

TRAGEDIA

EN TRES ACTOS

POR

D. MANUEL JOSEF QUINTANA.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

EDUARDO, Duque de Viseo. *SEÑOR VICENTE GARCIA.*

ENRIQUE, su hermano. *SEÑOR RAFAEL PEREZ.*

VIOLANTE, con el nombre de Matilde: hija de Eduardo. *SEÑORA MARIA GARCIA.*

EL CONDE DE OREN. *SEÑOR BERNARDO GIL.*

ATAYDE, Alcayde del Castillo. *SEÑOR TOMAS LOPEZ.*

ASAN, esclavo negro. *SEÑOR JUAN CARRETERO.*

ALY, esclavo negro. *SEÑOR AGUSTIN ROLDAN.*

GUARDIAS DE ENRIQUE.

SOLDADOS DE OREN.

La accion sucede en Portugal en una fortaleza del Duque de Viseo. La escena representa un salon magnífico en los dos actos primeros: en el tercero un subterráneo con varios ramales de bóvedas.

ADVERTENCIA.

El asunto de esta Tragedia está sacado de un Drama Inglés intitulado *el Espectro del Castillo*, escrito por Mr. G. Lewis, y representado en Londres con un aplauso extraordinario. Los nombres de los personages, el pais y la época de la accion son diversos; pero los supuestos en que se funda la fábula, los caracterés mas distinguidos, y algunos trozos son enteramente los mismos en la obra Inglesa que en la Española.

Esta conformidad, sin embargo, no bastaba para completar una Tragedia: los que deseen averiguar hasta qué punto se ha separado de su modelo el Autor del Duque de Viseo, pueden consultar el núm. 61. de la Biblioteca Británica, donde se halla un juicioso y extenso análisis de aquel Drama. Allí verán que en él igualmente, que en la Tragedia se trata de pintar las agonías de un malvado, que ardiendo en una pasion incestuosa por la muger de su hermano, y habiendo asesinado á los dos; sus remordientos le sitian en todas partes, y la imágen de sus delitos le martiriza has-

ta en sueños. Enamorado despues de una hija de las dos víctimas, la llama á su castillo, la quiere primero seducir con la ostentacion de sus riquezas, y al fin atropellar con la violencia. Ella despues de haber encontrado á su padre, á quien un criado del opresor habia salvado la vida, es libertada por su amante que acude con su gente á socorrerla, y derriba el poder del tirano.

Pero hallarán al mismo tiempo, que con unos mismos elementos la composicion dramática es diversa. El público de Londres acostumbrado á las mayores extravagancias en las obras sublímes y desatinadas del extraordinario Shakespeare; ha perdonado á Lewis, ó por mejor decir ha aplaudido en él la mezcla absurda de las bellezas mas trágicas y teatrales con las bufonadas mas groseras; la verosimilitud y decencia corrompidas con apariciones y juegos de teatro pueriles; y la verdad y naturalidad de los diálogos rotos con una música inoportuna: este conjunto de incoherencias ha dado lugar á que se diga, que el Espectro del Castillo es un drama lírico-tragi-cómico con algunas puntas de farsa.

Era, pues, forzoso abandonarlas tratando de hacer una obra regular: y por lo mismo dar otra

marcha, á la accion ponerla en movimiento por otros medios; y alterar algunos caracterés que ó no estan bastante bien desenvueltos en la obra inglesa, ó no se presentan con la nobleza y dignidad correspondiente.

Pero si en mi concepto la razon y el buen gusto exîgian estas mudanzas, no por eso creo mi obra superior al exemplar que he tenido delante para hacerla: la energía y novedad que ha sabido dar Lewis á los dos personages de Osmundo y Asán, y el sublíme horror con que está pintado el sueño son bellezas admirables dignas de un talento superior; y yo me creería bastante pagado de mi trabajo si ellas no desmereciesen en él.

Para que nadie me atribuya aciertos que no son mios, ni impute al Escritor Inglés trivialidades que solo serán hijas de mi incapacidad ó inexperiencia; he traducido literalmente y reunido en un apéndice despues de la tragedia todos los rasgos y trozos que exâctamente he sacado del drama; y así los lectores podrán juzgar con todo conocimiento de mis imitaciones.

En quanto al mérito absoluto de la tragedia, considerada en sí misma, y sin relacion á su modelo, el público solo es á quien toca juzgar de él. El

conocimiento que su autor tiene de la grande dificultad del arte; la circunstancia de ser el primer paso que da en él, y la poca aficion que hay comunmente en España al género trágico, por causas de que sería importuno hablar ahora; pero que todas contribuyen á hacer mas escabroso este camino, podrían tal vez ser motivos de que el Duque de Viseo hallase indulgencia en la crítica, si la crítica pudiese tener indulgencia. Y esto se entiende en el caso de que la obra por algun aspecto sea acreedora á la atencion pública; porque de lo contrario, todas estas consideraciones y plegarias, segun la graciosa expresion de un Escritor, no son otra cosa que *oraciones de difuntos, las quales no los resucitan.*

ACTO PRIMERO.

SCENA PRIMERA.

Enrique y Atayde.

Enrique estará sentado con ademan pensativo é impaciente. Atayde en pie algo separado de él.

Enriq. ¡O quánto á mi impaciencia el tiempo tarda!
Asán no vuelve, y el cruel destino,
que siempre me siguió, tambien ahora
convierte en humo los intentos mios.

Observándole.

Atay. ¡Quán otro está! su atormentado pecho
de rabia á un tiempo y de dolor roido,
ántes sin descansar se consumía
respirando el horror de sus delitos.
Mas ya en su frente la esperanza rie:
y qual si hubiera á su tormento alivio
suspende algun momento los furores,
y su dureza atroz pone en olvido.
¿Cómo así pudo consolarse?

Alzando la cabeza y viendo á Atayde.

Enriq. ¿Atayde?

Atay. ¿Señor?

Enriq. ¿No ha vuelto Asán?
Atay. Aun del castillo
ausente está, desde que fué á la aldea
de vuestra guardia militar seguido.
Enriq. ¡O cómo tarda!
Atay. En tanto obedeciendo
vuestro mandato yo, vengo á pediros
las órdenes, señor, que habeis de darme.
Enriq. Ya las sabrás: mas ántes es preciso
saber yo, si amigable confianza
de tí hacer debo en los designios mios.
Desde la execucion de mis furores,
en que tú fuistes á la par conmigo,
todo á mí te habia unido; y desde entónces
con triste ceño y ademan esquivo
siempre te hallé... Pero dudar no quiero
de que fiel me has de ser, si fiel me has sido.
Dí, Atayde; si en tu mano consistiera
derramar el balsámico rocío
de la tranquilidad sobre las penas
que en este triste corazon abrigo:
¿no fueras tú el primero á consolarme?
¿no hallára en tí mi agitacion su alivio?
Atay. No lo dudeis, señor: ¡es tan enorme
la carga que tras sí dexa el delito!

Yo á sostenerla en su rigor no basto;
¡y ó quántas veces la fortuna envidio
de aquellos, que al furor de nuestros brazos
lanzáron tristes el postrer suspiro!
¿Qué no dierais, decid, porque á la vida
volver pudiese del sepulcro frio
el mismo Eduardo?

Enriq. Calla, Atayde:
y no mientes jamas á mis oídos
el nombre aborrecible de ese hermano,
que con nuevo rencor siempre maldigo.
¿Ves esta agitacion abrasadora,
este remordimiento y cruel martirio,
que desde el punto de su infausta muerte,
sin poderlos calmar, traigo conmigo?
Pues no son tan funestos á mi pecho,
como la gloria, la fortuna, el brillo,
que siempre coronaban á Eduardo
para eterno baldon y oprobio mio.
Yazca por siempre en la espantosa tumba
donde por mí precipitado ha sido,
y no perturbe su memoria infausta
el bello instante en que á mi bien camino.
Sí, Atayde: aquel amor que pudo un dia
arrastrarme al horror del parricidio;

ahora me tiende su amigable mano,
y va á sacarme de tan ciego abismo.

Atay. ¡El amor! perdonad: yo imaginaba,
que eternamente en vuestro pecho escrito
el nombre de Teodora viviría
vencedor de los tiempos y el olvido.
Su amor por Eduardo, su himenéo
á vuestro negro afan diéron principio,
y á los atroces zelos, que afiláron
para su muerte el vengador cuchillo.
Muriéron: desde entónces vuestros dias
de amargura y de horror fuéron vestidos,
y pronunciar el nombre de Teodora
se os oye siempre en doloroso grito.

Enriq. ¡Ah! Yo adoro á Teodora mas que nunca:
¿olvidarla? jamas. Pero el destino
vida la vuelve á dar, y ella renace
á redoblar mi incendio. ¿Tú no has visto
á la hermosa Matilde, única hija
del anciano Pereyra? El cielo quiso
que otra Teodora respirase en ella,
para hermoso placer de mis sentidos.
La misma magestad brilla en su frente:
la misma gentileza y noble brio;
suyas son sus bellísimas facciones,

suyo en los ojos el ardor divino.

Atay. ¡Ah! ¿qué vana ilusion os arrebata?
Volved en vos, señor: ese prestigio
va á empozoñar vuestra incurable llaga.

Enriq. No es ilusion, Atayde. Por mí mismo
muerte me viste dar á la que amaba:
y agitado sin fin, y consumido
en imposible abrasador deseo;
¿qué tormento jamas se igualó al mio?
Desde el momento aquel, beldad ninguna
mis ojos aduló con su atractivo,
ni voz alguna en agradables ecos
resonó dulcemente en mis oídos.
La rabia solo de mi inútil crímen
halló en mi pecho su funesto abrigo,
hasta que ví á Matilde... ¡ó cómo al verla
mi corazon pasmado, estremecido
sintió delante á la infeliz Teodora,
y embravecerse su tormento antiguo!
Volvíla á contemplar, y ardí furioso,
qual por Teodora ardí. Tal fué el asilo
que halló mi agitacion en sus pesares.
No ya tras una sombra, un bien perdido,
se exhalarán mis áridos deseos;
la copa del amor al labio mio

se acerca, y yo la apuro, y venturoso
en Matilde á Teodora al fin consigo.

Atay. Ella no os puede amar.

Enriq. ¿No puede amarme?
¿Siendo vasalla mia, al incentivo
de mi amor y poder resistiría?

Atay. No lo dudeis.

Enriq. ¿Qué importa? hácia este sitio
ya la arrebata Asán, y será mia
de grado ó fuerza.

Atay. ¿Y el hogar tranquilo
así allanais, y la virtud dichosa
de un venerable anciano desvalido?
¿Quién jamas halló paz en la violencia,
ni la tranquilidad en los delitos?
Volved en vos, señor.

Enriq. No á aconsejarme
te he llamado yo aquí. Ya decidido
todo está, y sin retorno. Atayde, al punto
que el pie siente Matilde en el castillo,
tú á Pereyra has de ver... Mas ella llega.

SCENA II.

Dichos, y Matilde conducida por Asán y Aly: los dos negros se quedan en pie á la puerta. Ella se arroja á los pies de Enrique.

Mat. ¿Seréis sordo, señor, á los gemidos
de una vasalla vuestra, que arrastrada
por esos monstruos con violencia, ha sido
á vuestros pies? Haced que caiga en ellos
de vuestra justa cólera el castigo;
que á vos imputan su fatal dureza:
á vos, señor. ¿Qué ofensa, qué delito
pude yo cometer, para tratarme
con tal barbaridad?

Enriq. De un enemigo
no viniste al poder, serena el pecho:
tú no eres criminal, el labio mio
va á decidir al punto tu fortuna.

Mat. Volvedme, pues, á mi inocente asilo,
y á mi padre infeliz: ¡Dios! su amargura,
al hallarse sin mí, ¡quál habrá sido!...
¡No castigais, señor!... ¡Ah! libertadme
de estos verdugos bárbaros é impíos...
Su vista me atormenta... ¡Los crueles!

¡Con qué ferocidad, qué empedernidos
mi segura inocencia atropelláron!
Sentada yo de mi paterno abrigo
á la sombra apacible, en mil halagos
mi tierno corazon embebecido;
pensaba qual ayer ser hoy dichosa,
y al cielo bendecir por mi destino.
¡Esperanza engañosa! Ellos se acercan,
los soldados me ciñen, al ruido
del pavoroso acero caigo yerta,
y hácia este alcázar arrastrar me miro.
¿Qué me han servido, ¡ay Dios! contra su furia
mi afanoso llorar y mis suspiros?
¡bárbaros! ¡son de hierro!

A Asan, Aly y Atayde.

Enriq. Retiraos.

Mirando al salir á Matilde.

Atay. ¡Desdichada!

SCENA III.

Enrique se acerca á Matilde, y cogiéndola de la mano la lleva á sentar junto á sí: ella se estremece.

Enriq. No tiembles: tu afligido

pecho alentarse en la esperanza debe
del alto bien que te guardó el destino.
Calma esa agitacion que te estremece:
tú no estás en poder de un enemigo,
de un irritado juez que te persigue.
Este golpe terrible, este conflicto
que lloras como un mal, va á levantarte
del cieno miserable en que has nacido,
á la cumbre mayor de la fortuna.

Mat. Yo, señor, no la busco.

Enriq. En ese indigno
estado en que te ves, de tu hermosura
se mira el esplendor oscurecido.
¿Tan baxa suerte contentarte puede?

Mat. ¿Contenta no estaré de mil sencillos
inocentes placeres rodeada,
bendecida, adorada de los mios?
¿Puede haber mayor suerte?

Enriq. Es tal, ¡que nunca *Aparte.*
podré tenerla yo!... ¿Pero este brillo
de gloria y magestad, tú no le envidias?

Mat. Yo lo que no conozco nunca envidio.

Enriq. Tú lo conocerás. El mas excelso
señor de Portugal, que aun al Rey mismo
quizá se iguala, tu belleza adora,

y rinde á tus encantos su albedrío.
Tus labios hablarán, y mil esclavos
adorarán tu gusto y tus caprichos:
tu estancia harán los mármoles y el oro,
la pompa del oriente tu atavío...
¿No respondes, Matilde?

Mat. ¡Ah! ¿qué me importan
tanta vana opulencia y poderío?
El oro que á mi vista centellea,
no es tan preciado en su esplendor ni rico,
como el olor de las hermosas flores,
que para adorno del alvergue mio
en guirnaldas bellísimas texidas
me lleva mi Fernando de contino.

Enriq. ¡Desdichada! ¡ó furor! ¿Dime, Fernando,
quién es?

Mat. ¿En qué señor, os ha ofendido,
para que solo de escuchar su nombre,
tan tristemente os irriteis conmigo?

Enriq. ¿Quién es?

Mat. Nacido como yo de un padre
al campo consagrado y su cultivo:
Fernando es un soldado valeroso,
que del Conde de Oren está al servicio.
Con él ya fué á la guerra, y con él vive

en el fuerte cercano á este castillo.

Enriq. ¿Le amas tú?

Mat. ¡Si le amo! Preguntadlo
á aqueste corazon, en donde al vivo
arde su imágen retratada en fuego.

Enriq. ¿Y con esa inocencia á descubrirlo
te atreves, infeliz? ¿sabes qué dices?

Mat. ¿Es el amar, señor, algun delito?

Enriq. Lo es amar á Fernando. Ya no ignoras
la gloria que te espera, si al olvido
das á ese miserable y sus amores.

Mat. ¿Olvidar yo su amor? No: mi cariño
no es viento que se vuelve á la fortuna.
Pobre es Fernando, sí: ¡pero tan rico
de valor y virtud!

Enriq. Tú te envileces.

Mat. Mi atroz perfidia, mi perjuro olvido
solos á envilecerme bastarían;
mi fé no: la palabra que ayer mismo
le dí de ser eternamente suya,
el cielo la escuchó; que fué testigo
de quanto prometí, y el cielo sabe
como mi corazon juró cumplirlo.

Enriq. Calla, infeliz, que mi paciencia apuras:
calla.

Mat. ¡O cómo me mira! de este sitio
permitid que... *Levantándose.*
Deteniéndola.
Enriq. Detente: yo te amo,
¿lo sabes?
Mat. ¡Vos, señor!
Enriq. El pecho mio
es un volcan de fuego que me ahoga,
si extinguirle en tus brazos no consigo...
No intentes escaparte... Tú no puedes.
Escúchame: mi mano, el poderío
con que me ves lucir, todo es ya tuyo...
Mas si aun así menospreciar me miro,
me dará la violencia.
Mat. ¡La violencia!
No: ¡semejante oprobio es tan indigno
de vos!
Enriq. Piénsalo bien: piensa, Matilde,
que estás en mi poder.
Mat. Sí... Y eso mismo
es lo que me defiende. Si sois noble,
si escuchais al honor, vos compasivo,
me daréis contra vos seguro amparo.
Ya arrodillada á vuestros pies le pido,
Se echa á sus pies.

y en mi llanto bañándolos, imploro
la piedad que se debe al desvalido.
No me hagais infeliz.

Enriq. De su inocencia *Aparte.*
mi furor se desarma al atractivo...
Mira, Matilde, á disculparte ahora
baste tu agitacion: pero es preciso
resolverte en el término de un dia.
En tanto como Reyna en mi castillo
tratada y respetada, á la grandeza
irás acostumbrando tus sentidos.
Tú su amable dulzura aun no conoces:
Pruébala, y la amarás. No hay mas partido
para tí al contemplar que eres vasalla,
que yo soy tu señor, y á tí me rindo. *Vase.*

SCENA IV.

Matilde sola.

Mat. ¿Infeliz, dónde estoy? ¿Quién me ha traído
al miserable trance en que me veo,
á las garras de un tigre abandonada,
sin poderme valer?... ¡ó Dios eterno!
Si de la gloria de tu excelso trono
el llanto vés que de mis ojos vierto;

sé compasivo á mi infeliz plegaria,
y sé mi escudo en tan terrible riesgo:
tú puedes solo... Entre mi humilde suerte,
y el señor soberano de Viseo,
¿qué hay de comun?... Y el bárbaro en su furia
dice que arde en amor su injusto pecho:
¿oprimir es amar?... Fernando mio,
¿dónde estás, que no escuchas mis lamentos?
¿Dónde estás? ven, rescata á tu Matilde
de tan inesperado cautiverio.
Ven volando, mi bien... ¡Mas desdichada!
No vengas, no, que tu amoroso esfuerzo
no bastará contra poder tan grande,
y sin fruto los dos nos perderémos:
mas vale al cabo perecer yo sola.

SCENA V.

Matilde, y Oren disfrazado con el trage de un soldado.

Oren. ¡Matilde!
Mat. ¡Ay Dios, él es!
Oren. Al fin te encuentro
tras de tanto afanar.
Mat. ¡O vida mia!
¡dónde te arrastra tu delirio ciego!

¿Cómo pudiste penetrar seguro
á esta mansion de horror y de tormentos?
Tú vienes á morir.

Oren. ¿Y qué es la muerte,
si en tu defensa y á tu vista muero?
¡Ah, Matilde! tu pecho no comprehende
la triste agitacion, el desconsuelo
que al encontrarme sin tu dulce vista
sobre este ansioso corazon cayéron.
Llegó la hora, del amor guiado
corrí en sus alas á tus ojos bellos,
y el puesto solitario me recibe.
Perdóname: culpable aquel momento
te contemplé y lloré: corro á tu alvergue,
y le hallo en armas y soldados lleno,
tu padre huido: en tan fatal conflicto
pregunto, me responden, el secreto
nadie me da de la fatal violencia;
y yo á purarle presuroso vuelo.
Perdóname otra vez: harto he sufrido
en escuchar mis ponzoñosos zelos,
en sospechar que la ambicion pudiera
lanzar á amor de tu inocente pecho.
La entrada á este castillo me abre el oro,
y yo por él frenético corriendo

te encuentro al fin, y á tu presencia olvido
mi mortífera duda y mis tormentos.
Mat. ¿Y añadiste, cruel, esa sospecha,
indigna tanto de los dos, al trueno
que repentinamente en nuestro daño
lanzó irritado el enemigo cielo?
Tú quizá en tu furor me maldecias;
y yo postrada ante el tirano fiero,
despreciando su orgullo y su opulencia,
juraba á voces tu cariño eterno...
Pero tú no lo dudas... ¡Ay Fernando!
Sálvate al punto: tu morir es cierto
si te halla el Duque; á mi dolor no añadas
el dolor de mirarte en tanto riesgo,
y aun tu muerte quizá. ¡Si tú supieras
á qué aspiran sus pérfidos deseos!...
Mas no rezeles: ¿sin tu amor, qué valen
su pompa toda y su insolente imperio?
Oren. ¿Con que robarte á mí quiere ese trigre?
Mat. Sí, mi bien.
Oren. ¡O furor!
Mat. En tanto el tiempo
corre, y con él, acaso la esperanza
de poderte salvar. Huye: si el cielo
alas con que volar á mí me diera;

¡ó quál tendiera fugitiva el vuelo
léjos de esta prision triste y horrenda!
Mas no es posible huir, ni hay otro medio
que resistir, sufrir; y si la muerte
llega, morir.

Oren. No al congojoso miedo
te abandones así, voy á salvarte.

Mat. ¿Cómo es posible á su poder inmenso
contrarrestar? ¿No sientes la distancia,
que injusta y fiera la fortuna ha puesto
entre tu humilde condicion, Fernando,
y el tirano que atroz manda Viseo?

Oren. No hay tanta, no...

SCENA VI.

Dichos, Enrique, Asán, Aly y guardias.
A sus guardias ántes de entrar.

Enrique. Corred: prendedle al punto;
que no pueda escapar.
Al verle entrar.

Mat. ¡O Dios eterno!
El es, él es: ¡ay tristes de nosotros!
Los guardias rodean á Oren.

Enriq. ¡Insensato! sin duda el justo cielo, *á Oren.*

por castigar tu atrevimiento loco,
aquí te traxo delirante y ciego.
¿Quién eres? ¡Mas qué dudo! el miserable
que seduce á esta simple en sus afectos,
y que en engaños pérfidos envuelve
su tierna edad y su inocente pecho.

Oren. Sí: yo soy: no quien debe á los engaños
de su apacible amor el bien inmenso:
mi fé llamó su fé sencilla y pura,
su llama dulce se encendió en mi fuego.

Enriq. Haz cuenta que esa llama es en tu daño
un espantoso inapagable incendio
que te va á devorar; tiembla: ¿conoces
en mí el rival de tu infeliz deseo?

Oren. Sí, te conozco: en tu insensato orgullo
piensas que al verme en tu presencia tiemblo;
y tu poder frenético me inspira
solo abominacion y menosprecio.
¡Yo temblar! ¿Pues, tirano, soy acaso
quien la ha arrancado del hogar paterno;
soy el que aspira á conseguir cariños
de un corazon con la violencia opreso?
Tu bárbara injusticia tiemble sola;
no yo que á tí tan superior me veo.
Aquí en tu alcázar, á tus mismos ojos,

de tus viles satélites enmedio,
y de tu furia entera amenazado,
triunfando estoy de tí; ¿no lo estás viendo?
Ella me ama: á nuestros dulces votos
mirándote presente á tu despecho
allá dentro de tí mi suerte envidias,
y yo la tuya sin cesar detesto.

A Oren.

Mat. ¡Ah! ¿qué haces infeliz? vé, que te pierdes:

A Enrique.

y vos, señor, en vuestro noble pecho
recordad vuestra sangre, y no á mancharos...

A Matilde. *A Oren.*

Enriq. Quítate... ¿Tú quién eres? en el seno
de tu fortuna humilde no se crian
una arrogancia y ademan tan fieros;
dilo: no guardes á exhalar tu vida
al rigor de los horridos tormentos
que te prepáro.

Oren. A vista del peligro
jamas mi nombre se miró encubierto:
tiembla tú ahora: igual á tí en blasones
es el Conde de Oren el que estás viendo.

Mat. ¡Cómo! ¡tú á mí!...

Oren. Tan inocente engaño,

mi bien, perdóname: yo de tu afecto
quise deber el don á mi amor solo,
no á la vana opulencia que poseo.

Enriq. Pues bien: ni tu poder, ni tu opulencia,
ni el amor que te traxo aquí encubierto,
ni el amor que te tienen, y es tu gloria,
te librarán de mi rencor violento.
Aly, que hácia una torre del castillo
sea prontamente arrebatado y preso;
y que el Conde de Oren en ella aprenda
á respetar al Duque de Viseo.

Aly, con una parte de los guardias, hace ademan de asir á Oren.

Oren. ¡Bárbaro! en insultarme y oprimirme
quando me ves sin armas indefenso;
la ley de los cobardes has seguido,
no la prez ni el honor de caballero.
Si digno fueras de tu noble sangre,
si digno de tu nombre; en campo abierto
la dama á tu rival disputarias,
blandiendo airado el generoso acero.
¿Escuchas al valor?... Mas los crueles
siempre cobardes y menguados fuéron:
responde; tu igual soy.

Enriq. Tu fin entónces,

sin ser por el combate ménos cierto,
mas bello y mas espléndido sería.
Tú has entrado en mi alcázar encubierto,
y á fuer de un miserable disfrazado;
yo no conozco así á los caballeros.
Muere, pues, como un vil, obscuramente.
Llevadle.

Arrojándose á los guardias que le arrebatan.

Mat. A mí con él, ministros fieros,
tambien llevad. ¿Qué haceis?

Ellos la rechazan, y se llevan á Oren.

SCENA VII.

Matilde, Enrique y Asán.

Mat. ¡Triste Matilde!
¿Y vos, decid quién sois? ni qué derecho
pueden dar vuestros títulos y nombres,
para oprimir tan rencoroso y ciego
dos almas inocentes, que vivian
venturosas, señor, sin conoceros.

Enriq. No mas mi enojo á provocar te atrevas:
mira tus esperanzas ya en el suelo:
tu amante prisionero, encadenado,
de mi enojo ó clemencia está suspenso.

¿Qué esperas de él? ¿Riquezas? son mayores
las que á mi lado gozáras viviendo.
¿Gloria, poder? ¿Quién competir conmigo
pudo jamas del portugues imperio
sino su Rey?

Mat. ¡Perezca el desdichado
que á tan triste ambicion da sus deseos!
¿La gloria y el poder? nunca mis ojos
hasta este instante por mi mal los viéron;
y en este instante tan fatal los miro
de desgracias y crímenes cubiertos.

Enriq. ¿Y qué? el Conde de Oren...

Mat. Es mi Fernando:
y su virtud, su generoso aliento,
mas hermosos que el oro y los honores,
nunca, nunca, señor, se desmintiéron.
Como tal le conozco, y tal le adoro;
como tal siempre le amaré.

Enriq. ¡Funesto
y vano amor!... Asán, llévala á donde
léjos del Conde, y de mi vista léjos,
contemple su destino, y se decida
entre su elevacion ó su escarmiento.

Asán y los guardias se llevan á Matilde.

SCENA VIII.

Enrique solo.

Enriq. Sin duda estoy vendido por los mios:
¿pues cómo Oren intrépido aquí dentro
osára penetrar, sino tuviéra
quien ayudára el loco atrevimiento?
¿Quién de estos miserables?... ¡Desdichado,
si por su mal á descubrirle acierto!
Atayde... Aly... Asán... Pero no hay duda,
Atayde es el traidor, es el perverso
que me vende... ¿No es él el que me dixo,
con una voz que semejaba trueno:
ella no os puede amar... Y si es Atayde,
¡en qué peligro tan atroz me veo!
El fué ministro de mis iras ciegas,
y en él depositados mis secretos,
su aleve boca revelarlos puede.
Muera pues... ¿aun mas muertes? ¿altos cielos,
por qué de amor el frenesí me arrastra
por tan extraño y horrido sendero?
Vuelve en Matilde á revivir Teodora,
y vuelve á sacudirme al mar revuelto
de crímenes y sangre en que vogaba

por su infausta hermosura en otro tiempo.
Mas pues así lo decretó el destino,
así sea.

SCENA IX.

Aly y Enrique.

Aly. Señor, ya en duros hierros,
vuestro altivo rival, yace oprimido:
y yo veloz á vuestra vista vengo,
á saber qué mandais.

Enriq. En esta noche
haz que beba la muerte en un veneno
el alevoso Atayde que me vende:
tú, si quieres vivir, guarda silencio.

Vase.

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

Matilde sola.

Mat. Todo reposa: ¡ó Dios! ¿cómo es posible
que aquestos tigres descansados duerman,
y que solo el silencio se interrumpa
por el triste gemir de la inocencia?
Mi fiel amante y yo velamos solos:
y nuestras quejas míseras se estrellan
de este horroroso alvergue en las murallas,
quando á encontrarse desaladas vuelan.
Ayer al tiempo de cubrir la noche
el universo entero en sus tinieblas,
quando al sueño llamaba á los mortales,
yo me dixe tranquila y satisfecha:
feliz hoy fuiste y lo serás mañana.
El sueño luego en mi apacible idéa,
los objetos queridos de mi pecho
pintaba en sus imágenes risueñas...
¡Qué diferencia! el venidero dia
será mas triste que hoy... ¿Pero quién llega?

Viendo á Atayde.

SCENA II.

Matilde y Atayde.

Mat. Atayde, ¿qué buscais? ¿de esta infelice
qué vais á hacer?

Atay. Señora, no te pierdas,
ni me pierdas: contempla que tu suerte
de mí depende, y tu inquietud sosiega.

Mat. ¿Mas qué quieren decir este misterio,
esta hora de silencio, esta secreta
venida?

Atay. La venida es de un amigo,
que arrepentido á vuestros pies se acerca,
que su perdon implora, y que oprimido
es de remordimiento y de vergüenza.

Mat. Atayde, ¡vos mi amigo!

Atay. Sí señora:
y en fé de que lo soy, sabed que abierta
la torre por mí ha sido á vuestro amante,
que libre al fin de su prision se encuentra.

Mat. ¡Libre Oren!... ¡es verdad! ¡Ah! no lo creo:
¿qué te he hecho yo, para que así pretendas
probar mi resistencia, y agoviarme
al falso gozo de tan dulce nueva?

Si sois mi amigo, si Fernando es libre;
¿por qué no lo estoy yo? ¿por qué esta horrenda
cárcel escucha los suspiros mios,
quando á su lado respirar debiera?

Atay. Libre os veréis tambien: pero es preciso
que mi servicio y lágrimas os deban
alcanzar mi perdon de aquel cautivo,
que tanto tiempo en servidumbre pena.

Mat. ¿Qué cautivo? ¿qué hablais? Yo no os entiendo.

Atay. ¡Ay señora! escuchad. Desde su tierna
infancia siempre he acompañado á Enrique,
y de todos sus gustos y sus penas
depositario y confidente solo
he sido por gran tiempo: él en la negra
envidia, que abrigó contra su hermano,
bebió el veneno que su pecho encierra.
El cielo en el nacer le hizo segundo,
y la segura y alta preferencia,
que por su gran carácter Eduardo
logró siempre en la paz, siempre en la guerra,
para el perverso y envidioso Enrique,
perene fuente de tormentos era.
Rivales en amor: ambos ardian
por Teodora Moniz. Su mano bella
fué de Eduardo, y el furioso Enrique

vió despreciada su pasion violenta.
En mengua tal sacrificar su hermano,
á su venganza despechado intenta,
y que despues la miserable viuda
su mano entregue al opresor por fuerza.
Yo fuí iniciado en el fatal secreto:
el halago, el obsequio, las promesas,
las amenazas... ¡Dios! ¿Qué no hizo Enrique
porque ministro de sus iras fuera?...
Señora, él me seduxo.

Mat. ¡Desdichado!

Atay. No fuí el solo yo. Quando de Ceuta
la venturosa expedicion lograda,
en paz al fin se reposó la tierra;
él del Africa traxo esos dos negros,
cuya intrépida y bárbara obediencia,
á todos sus delitos exêcrables,
pudo allanar la miserable senda.
Ellos y yo, señora, le seguimos
á este mismo castillo en que la escena
desventurada fué, donde de alcayde
me dió la autoridad por recompensa.
Mas no manché mis manos en la sangre:
el mismo Enrique fué, quien de su ciega,
de su violenta cólera arrastrado

hundió en el seno fraternal su diestra.
Iba el golpe á doblar, quando Teodora
volando de su esposo á la defensa,
lanzóse enmedio, y del feroz cuchillo
al rigor implacable cayó muerta.

Mat. ¡Qué horror!

Atay. Enrique al contemplar tendidos
sus dos hermanos, con el alma llena
de improviso pavor, huyó á otra estancia.
Mas luego al fin cobrado, atroz ordena,
que la familia toda de Eduardo
sacrificada á sus furores sea.
Asán y Aly los degolláron todos.
Violante misma, la inocente prenda
del amor de los tristes, ya cortado
miraba el hilo de su vida tierna
por la espada de Aly: yo la dí vida.
Señora, reparad en la ligera
señal que aun dura en vuestro hermoso cuello;
y al fin sin duda entenderéis por ella,
quien debe el ser á la infeliz Teodora.

Viol. ¡Yo Violante! ¡gran Dios!

Atay. A la heredera
del poderoso Duque de Viseo
el nombre de Matilde, y de Pereyra,

la tranquila mansion diéron asilo.
El vuestro padre ha sido: y si secreta
no pudo ser á sus expertos ojos
del jóven Conde la pasion sincera,
él la miró como feliz camino
de restaurar vuestra fortuna excelsa,
que Enrique destruyó.

Viol. ¡Monstruo inhumano!
He aquí la causa del horror bien cierta,
que de solo mirarle yo sentia,
del negro fratricida á la presencia
naturaleza toda se alteraba;
y era mi madre que con voz secreta
me gritaba: aborrece á mi verdugo.
¡Qué no os debo yo, Atayde! Y vuestra lengua
el perdon de su error de mí imploraba;
pluguiese al cielo que premiar pudiera...

Atay. Escuchadme hasta el fin: yo no merezco
sino horror y piedad. De la tragedia
el último el teatro abandonaba,
quando unos ayes desmayados llegan
á mis oídos, que en sus ecos tristes
mi ansioso pecho de dolor penetran.
Vuelvo á atender y oir: era Eduardo
que en su palpitacion aun daba muestras...

Viol. ¡Ah, bárbaro! ¿y tu mano sanguinaria
ahogó en su vida la postrer centella?
Atay. De su muerte infeliz no soy culpable:
sí de su esclavitud. Yo á las secretas
bóvedas le llevé de este castillo
ántes que del desmayo en sí volviera.
Allí su herida reparé, y él vive.
Viol. ¡Vive mi padre!
Atay. Vive: si exîstencia
puede llamarse tan funesta vida,
entre la noche y el horror envuelta.
Quando volvió en sí el triste, ya amarrado
halló su cuerpo á la fatal cadena,
con que oprimido por tan largo tiempo
de su perdída libertad se queja.
Doce años ha que al mísero Eduardo
de voz humana ni aun los ecos llegan.
Viol. ¡Eterno Dios! ¡ó crímenes! ¡ó dia!
¡dia de revelacion! Yo en mis querellas
mi desventura denunciaba al cielo,
quando mi padre... Atayde, ¡qué inclemencia
en ese pecho de metal abrigas!
¿Cómo asi pudo tu piedad primera
en un rigor tan bárbaro trocarse?
¡cruel!

Atay. Tal es mi crímen; yo en defensa
de la inconstancia y del furor de Enrique
quise que de Eduardo me sirviera
la vida. Esta política exêcrable
es mi delito: pero al fin á ella
vuestro padre debeis y vuestra vida.
¿Tanta inhumanidad, tanta dureza
podrán hallar perdon?

Viol. Tú has sido, Atayde,
bien culpable y cruel: pero haz que vuelva
mi triste padre á mis amantes brazos;
que vuelva libre, y perdonado quedas.

Atay. Antes de todo es fuerza... ¿Mas qué veo?
Aquí los negros bárbaros se acercan:
y si me hallan con vos, todo es perdido.

Huye precipitado.

SCENA III.

Violante, y los dos negros.

Viol. Huye, y en esta confusion me dexa,
sin saber qué he de hacer.

Asán. De vuestra estancia,
que no salgais jamas el Duque ordena;
y á nuestro zelo y vigilancia encarga,

que sus puertas á nadie abrirse puedan:
retiraos.

Viol. Ministros de un tirano,
¡ó! ¡si hundirme en el centro de la tierra
pudiese yo, donde mis ojos tristes
nunca de veros el horror sufrieran!

Vase por el lado opuesto de donde salió Atayde.

Aly. En parte alguna le encontramos... ¿Dónde
se ocultará? ¿qué harémos?

Asán. La violenta
órden executar que te dió el Duque:
buscar á Atayde, y que al instante muera.

Aly. ¡Mísero Atayde! su amistad antigua
no debió recibir tal recompensa:
el fué siempre del Duque el compañero.

Asán. ¿Y eso qué importa? Busca en las tinieblas
la claridad, abrigo en las heladas,
y la seguridad en las tormentas;
ántes que gratitud de un Européo.

Aly. Si eso es verdad, Asán, ¿por qué te empeñas
del Duque en merecer la confianza?
Tu boca siempre bárbara y funesta
su natural ferocidad inflama,
y si él piensa un horror á otro le lleva.
¿En él qué puedes apreciar?

Asán. Sus vicios:
ellos son los que amable le presentan
á mi sañudo espíritu; por ellos
mi vengativo corazon recrea.
Su furor, su crueldad son el azote
de quantos blancos por su mal le cercan;
y yo me gozo en las terribles plágas,
de que su atroz iniquidad se ceba.
Los blancos de mi patria me arrancáron:
ellos á mi valor diéron cadenas,
y del respeto en vez que allí gozaba,
aquí soy vil objeto de vergüenza.
¿Quál es el blanco que buscó de un negro
jamas de la amistad la union estrecha?
¿Y qué muger no escucha horrorizada
de su infeliz amor las tristes pruebas?
Patria, esposa, familia, amores, todo,
todo lo tuve... ¡ó Dios! Una hora adversa,
de todo me privó. No, no es posible
que aquel instante á mi memoria venga,
sin que toda esta raza de hombres duros
con ódio interminable yo aborrezca;
ni me es posible contemplar mis males,
sin que los suyos mis delicias sean.
Piensas que yo amo á Enrique: ¡ó quál te engañas!

Amo en él esa bárbara fiereza,
verdugo de sí mismo y de los otros,
que llena mi venganza toda entera:
amo el devorador remordimiento
que le desgarra, quando ansioso piensa
en el abismo de tormentos fieros
con que la horrenda eternidad le espera.
Ser el ministro yo de tantos males,
¿con quién sino con él lograr pudiera?
¿Por quién sino por él de tantos blancos,
el despecho gozar y amargas quejas?

Aly. Pero entretanto, víctimas nosotros
somos tambien. Yo, Asán, de esta caberna
pienso escapar; mi corazon no puede
sufrir mas el horror que le presentan
tantos delitos: ni la infamia odiosa
de ser su executor.

Asán. Yo miéntras pueda
con Enrique hacer mal, seré de Enrique:
mas si él se abate, ó si los cielos cesan
de sufrirle; ya entónces...

Enriq. Socorredme. *Dentro.*

SCENA IV.

Dichos, y Enrique que sale despavorido y sin sentido.

Enriq. Socorredme: ¿lo veis? ellos me aquejan.
¿No los veis? ¡qué rigor!... líbrame de ellos.
Se dexa caer en los brazos de Aly.
Aly. ¿Qué es esto, Asán? Repara cómo tiembla:
quál los ojos revuelve y se estremece.
Le sientan en un sofá.
Asán. Hablad, señor, hablad.
Volviendo en sí, y reparando en ellos.
Enriq. ¿Qué voz es esta?
¿eres tú, Asán? ¿tú Aly? ¿con que no ha sido
mas que una sombra en mi engañosa idéa?
¿un sueño? ¿Mis oídos no escucháron
las palabras horrorisonas que aun truenan
acá en mi mente?... Asán, el mas terrible
suplicio, un lecho de deleytes fuera
comparado al horror que yo he sufrido.
Aly. Pero volved en vos, y la funesta
causa de tanta agitacion, patente
á vuestros fieles servidores sea.
Enriq. Escuchad, pues, ministros de mis crímenes:

escuchad y temblad. Era la hora
en que mis tristes miembros fatigados
del sueño hallaban la quietud sabrosa:
por la lóbregas bóvedas vagando
estar me pareció; donde reposan
de mis grandes abuelos las cenizas,
baxo el mármol de honor que las agovia.
sus fúnebres emblemas me arredraban,
quando á lo léjos entre aquellas sombras
diviso una muger, que en dulce agrado
á sí me llama, y mi atencion provoca.
Pienso ver á Matilde en la que veo:
y en aquel punto con ardor se arrojan
mis presurosos pasos á alcanzarla,
á estrecharla mis manos venturosas.
Pero al momento de abrazarla... ¡ó cielos!
Su florida beldad se descolora,
y de una herida que su pecho afea
en copioso raudal la sangre brota.
Mírola entónces mas atento, y era
Teodora, Asán.

Asán. ¡Qué horror!

Enriq. Era Teodora:
con aquel ademan, aquel semblante
que fixos hondamente en mi memoria

su fin desventurado me presentan,
y desgarran mi pecho á todas horas.
Al fin volvemos para siempre á unirnos,
con eco sepulcral dixo su boca,
para siempre. Mis brazos cariñosos
van á galardonar tu amor ahora:
ven, y estrecharme en tu ardoroso seno
al cabo lograrás: ya soy tu esposa.
Mas contempla primero lo que hiciste,
y qual me puso tu fiereza loca.
Sus ojos de sus orbitas saltáron,
todos sus miembros, sus facciones todas
en esto se disipan; y en la imágen
de un esqueleto fétido se torna.

Los Negros. Cielos, ¡qué espanto!

Enriq. Entre sus brazos secos
ella me apremia, y con furor me ahoga,
me infesta con su aliento, y me atormenta
con su halago y caricias horrorosas.
No mas, ¡ay Dios! no mas, ante sus plantas,
digo, cayendo exânime: perdona,
espíritu cruel: ¡cómo es posible
que tal rencor los túmulos escondan!
Huye entónces la sombra, y quando pienso
libre mirarme, retumbar las losas

y desquiciarse los sepulcros siento,
y en fuego hervir sus cabidades hondas.
Y de la llama al resplandor sombrío
sus frentes los cadáveres asoman
diciendo: ¡fratricida! entre nosotros
baxa, y el premio de tus obras goza.
La fuerza del horror sacudió el sueño:
pero mis sufrimientos, mis congojas,
ni entenderlas jamas podréis vosotros,
ni explicarlas jamas podrá mi boca.

Aly. Perdonadme, señor: ved que ese sueño
que aflige vuestra mente, es un aviso
que los cielos os dan, y que os convida
á que pongais un término al delito:
acordaos que esta noche el triste Atayde...

Enriq. ¿Murió Atayde? decídmelo.

Aly. Ahora mismo
le buscaba á este fin.

Enriq. Gracias al cielo
que así de un crímen aliviar me miro.
Atayde viva, amigos: que su muerte
no se escriba en el libro del destino,
y á mi condenacion tambien no sirva.

Aly. Si este instante es de gracia, no en olvido
dexeis á Oren: mandad que libre sea;

y si amais vuestra paz, tambien consigo
lleve á Matilde.

Enriq. Calla: ántes la muerte,
que consentir tan triste sacrificio.
¡Matilde! ¡ó cómo á su apacible nombre
halla mi ansiosa agitacion su alivio,
y la serenidad vuelve á mi pecho!
Mañana será mia, si respiro...
Si respiro: ¿y lo dudo? ¡Ah! para siempre
nos volvemos á unir, la sombra dixo.
Salid de mí, palabras espantosas.
Asán, guarda mi amor: si algun peligro
Asán se va.
le amaga, vuela á mí... Que yo entretanto
veré si el sueño recobrar consigo.
Sígueme, Aly: tus cuidadosos ojos
en tu triste señor siempre esten fixos.
Si palpitante y trémulo me adviertes;
si salir de mi pecho hondos suspiros;
si mis cabellos erizarse miras,
y correr por mi frente un sudor frio;
despiértame al instante, que otro sueño
sufrir no quiero.

SCENA V.

Dichos y Asán.

Asán. Atayde os ha vendido:
las puertas de la torre su perfidia
ha abierto á Oren; y léjos del castillo,
ya de vuestro poder viéndose libres
se preparan tal vez á combatiros.
Enriq. Cielos... ¡con que en mis labios infelices
el nombre de perdon jamas se ha oído
hasta esta vez; y al pronunciarle ahora,
pronuncio yo mi ruina y mi exterminio!
¡Vive Dios! ¿Y Matilde?
Asán. Está en su estancia.
Enriq. Hazla venir, Aly. *Aly se va.*

SCENA VI.

Enrique y Asán.

Enriq. Por ella envio,
y tiemblo de que venga... En este dia
pensé yo, Asán, que mi cruel martirio
debiese fenecer, y á cada instante
el riesgo se acrecienta y el conflicto.

Ese pérfido Atayde me abandona,
y todo Portugal será instruido
por su labio traidor de mis furores:
y todo Portugal alzará el grito,
y quizá con Oren volverá en breve
á arruinar mi usurpado poderío.
¿Mas qué importan sus esfuerzos locos?
¿No soy yo Duque de Viseo?... Amigo,
sin este ardor frenético, terrible,
que manda qual tirano en mis sentidos,
¿qué pudiera temer? Mas él me agovia:
Matilde vence, su desden esquivo
que me hace ver en ella otra Teodora,
y su cariño á Oren... ¡fatal cariño!
¡con el que afortunado yo sería!
Aconséjame, Asán: ¿algun camino
en tanto afan no habrá?

Asán. Le hay, mas terrible.

Enriq. ¿Y quál es?

Asán. ¿No nació en vuestros dominios
Matilde?

Enriq. Sí.

Asán. De vida y muerte en ella,
decid: ¿no es vuestro el gran derecho?

Enriq. Es mio.

Asán. ¿Quién puede osar contrarrestarle?
Enriq. Nadie.
Asán. Pues ántes que dé el sol su nuevo giro,
que arrastrada al altar...
Enriq. ¿Y si resiste?
Asán. Si resiste, que muera.
Enriq. ¿Y yo asesino
dos veces he de ser de la que adoro?
Asán. ¿Y sufriréis dos veces que el destino,
á despecho de vos y á vuestros ojos,
se la entregue á un rival favorecido?
¿No vale mas vengarse, y presentarle
de su adorada amante el cuerpo frio,
y escarneciendo su dolor decirle:
ni tú, ni yo?
Enriq. Sí, Asán: consejo es digno
de tí, de mí: mi corazon le aprueba.
Mas ya viene: ¿la ves?... ¡O quál palpito!
Retírate.

Los dos Esclavos se retiran.

SCENA VII.

Violante y Enrique.

Viol. Aquí estoy: ¿tiene ese pecho

nuevos horrores que añadir al mio?

Aparte.

Enriq. ¡Qué lenguage! Matilde, pues amarte
con aqueste furor me hizo el destino,
que nada basta á apaciguar la llama,
que tu infausta beldad en mí ha encendido;
ceder es fuerza al ansia que me guia.
Tu amante de un traidor favorecido
pudo á su cárcel quebrantar las puertas,
y escapar á mi enojo y poderío.
Mas si su libertad salva así mira,
no mirará su amor; y ya es preciso
que al despuntar el dia, en los altares
tu mano y corazon se juren mios.
Este momento á prepararte tienes:
ni ya á tardar ni á replicar arbitrio
te queda.

Viol. Antes los cielos desplomados
caigan y muestren su furor conmigo,
que tan horrendo y bárbaro himenéo
jamas pueda mi pecho consentirlo.
¡Yo tu esposa! ¡gran Dios! ¿Sabes quién eres?
¿Sabes quién soy, tirano?

Enriq. Y es preciso,
Matilde, consentir.

Viol. ¿Mas qué contento,
bárbaro, en violentar un albedrío
puedes hallar? ¿Qué amores, qué esperanzas
una víctima darte? Eterno abrigo
de ódio y desolacion su triste pecho
fuera siempre en tu daño.

Enriq. Y es preciso
resolverte, Matilde.

Viol. ¡Ah! yo lo haria,
mas solo para ser cruel ministro
de la venganza que te debe el cielo,
y mi mano prestar á tu castigo.
Yo atravesára tu exêcrable pecho,
y bañada en tu sangre... ¿Mas qué digo?
La doblez, la perfidia, los engaños
jamas dentro de mí tendrán su asilo:
esas artes son tuyas.

Enriq. ¡Qué palabras!
Dime: ¿quién penetrarte así ha podido
de tan nuevo furor?

Viol. El conocerte.

Enriq. Pues bien, nada te puede al furor mio
ya libertar: conóceme, mas cede:
ó tu mano, ó tu muerte.

Viol. Ya he elegido:

no digo unirme á tí: tu vista sola
es mil veces mas hórrido suplicio
para mí, que la muerte y que el infierno:
dime, ¿qué fuera mi vivir contigo?
un abismo de horror. Tú me infestáras
con ese aliento pestilente, impío,
que te anega en maldad, y que violento
te arrastra de un delito á otro delito.
Pero tiembla: tal vez la hora sonando
está de la venganza y del castigo.

Enriq. ¡Insensata esperanza! tú confias
en el valor de Oren: ¿qué es él conmigo?
Podrá vengarte al fin, no socorrerte.
Aly, Guardias, Asán, pronto.

SCENA VIII.

Dichos los Esclavos y los Guardias.

Enriq. Al suplicio,
llevad á esa infeliz. No hay otro medio,
Asán, que la crueldad: ella el cuchillo
clava en su seno, que en su atroz dureza
al mismo tiempo clavará en el mio.
Perezca: ella lo quiere.

Viol. ¡Atroz verdugo!

¿Por qué ese corazon de un foragido
vacila ahora, y á cumplir se niega
conmigo sola su fatal destino?
Aníma á su exêcrable ministerio
ese acero feroz; y que teñido
en mi sangre infeliz tambien se vea,
como en la de otros míseros lo ha sido.
Ven, llega, hiere: acaba con el resto
de tu triste familia, el brazo mismo
que asesinó á la madre, hunda á la hija
en los horrores del sepulcro frio.

Enriq. ¡Asán! ¿Qué dice?

Viol. Sábelo: si un dia
puede el remordimiento en altos gritos
la muralla romper de duro bronce,
con que tu pecho atroz has defendido,
que mi sangre y mi nombre entónces sean
de venganza y de horror fieros ministros,
y tu suplicio bárbaro acrecienten
en tu agitado corazon escritos:
Violante soy: la hija de Eduardo.
¿Ves esta herida, que en el cuello mio
uno de tus verdugos inclementes
con brazo incierto y vacilante hizo?

Aly. ¡Ella es, señor, sin duda!

Viol. ¿En qué te paras?
Sáciate, monstruo.
Enriq. Por piedad, amigos,
ese objeto de escándalo y horrores
quitad al punto de los ojos mios.
Llevadla.
Aly. ¿A dónde?
Enriq. Arrebatadla, hundidla
debaxo de las torres del castillo.
Muera allí.
Aly con una parte de los Guardias se lleva á Violante.
¡Vil Atayde!... Preparaos *A Asán y Guard.*
á defenderme, ó á morir conmigo:
los muros recorred del alto alcázar,
y que el débil poder de mi enemigo,
si aquí intenta insultarme, aquí se estrelle.
¡Ah! ¡si así defenderme al negro abismo
pudiese del terror en que se mira
mi desdichado corazon sumido!

ACTO TERCERO.

La scena representa un subterráneo obscuro, con varias galerías. Eduardo rodeado de cadenas, reclinado sobre un poyo, á un lado poco distante de una puerta que hay en el fondo. Algunas paredes medio arruinadas se ven de una parte y otra. Se supone que Eduardo acaba de despertar.

SCENA PRIMERA.

Eduardo. ¡Quándo será que término á mis males
al fin señale favorable el sueño,
y á nunca despertar yo me adormezca!
El viene á regalar por un momento
mis tristes penas; y á mayor conflicto,
si él se sacude y me abandona, vuelvo.
¡O qué halagüeñas son sus ilusiones!
Pero despues en mi prision me encuentro,
donde de luz y libertad las voces
ni aun pronunciar en esperanza puedo.
Mas de una vez las lágrimas del triste
por estas manos enxugarse viéron;

mas de una vez de su fatal cadena
me vió el cautivo aligerar el peso.
A nadie hice gemir: nunca de nadie
ahogué la libertad... ¡O Dios eterno!
¡Y tú en tu santa rectitud permites
la dura esclavitud en que me veo!

Oyese en esto el ruido de la barra que asegura la puerta.

Mas ruido se oye; y el instante llega
de que venga mi duro carcelero
el sustento á traer, con que mi vida
se prolonga, y prolongan mis tormentos.
¡Con qué presteza tan cruel escapa,
como si de una sierpe alvergue horrendo
fuera aquesta prision!

En esto la puerta empieza á abrirse, y comienza á verse luz.

¡Mas luz en ella!
¿Qué repentina novedad? ¡ó cielos!

SCENA II.

Aly con una antorcha en una mano, y en la otra un puñal: Violante detras, y Eduardo.

Viol. ¿Es este el sitio lóbrego y horrible,
que teatro ha de ser al fin sangriento
de mi vida infeliz? Habla.

Aly. Señora,
él es.

Viol. ¡Cielos piadosos! á lo ménos
haced que encuentre á mi angustiado padre
ántes que llegue mi postrer momento:
aquí tal vez el mísero suspirá,
aquí tal vez sus lastimados ecos
bañados de dolor al cielo acusan
tan mísero y prolixo cautiverio.
Si al ménos una vez entre mis brazos
pudiese yo estrecharle: si en su seno
reclinada exclamar: ¡ó padre mio!
reconoce á tu hija en el acervo
destino que la sigue.

Eduardo. ¡Desdichada!
Llama á su padre: ¿si aherrojado y preso

se verá como yo?

Viol. Si tus entrañas *A Aly.*
se abren de la piedad al sentimiento,
tenla de esta infeliz; y ántes que entregue
al filo agudo su infelice pecho,
de este anchuroso y silencioso alvergue
dexa á mis pasos recorrer los senos,
dexa á mi vista registrarlos todos.
Aparte.

Aly. ¡Quién dar pudiera á su afliccion consuelo!
Señora, perdonad á un vil esclavo,
que forzado á cumplir el duro imperio
de su airado señor, apénas puede
allá en su corazon compadeceros.
Léjos de mí la bárbara dureza
que otro pusiera en tan fatal empleo:
mirad mi compasion en mi semblante,
que un tigre yo no soy por ser un negro.
Aun contemplar la agitacion terrible,
aun escuchar los temerosos ecos
del Duque me parece, y la sentencia
que tronó de su labio al conoceros.
Vanamente el amor por vos le hablaba:
él al rencor abandonó su pecho,
de su antiguo enemigo al ver la hija,

y sangre y muerte pronunció su acento.
¿Mas por qué no cedeis? Una palabra
que le deis de esperanza á su amor ciego,
una sola palabra apaga el rayo
que sobre vuestra frente está suspenso.
Ceded, señora.

Viol. ¡Bárbaro! ¿y te atreves
á darme á mí tan pérfidos consejos?
¿Es esta tu piedad? Calla: y al punto
llena tu abominable ministerio;
anima al golpe la homicida mano,
y el cuchillo cruel: he aquí mi seno.

Aly. Que su muerte y su mal caygan sobre ella.
Preparaos.

Miéntras Aly arrima la antorcha á la pared, Violante se pone de rodillas, y exclama.

Viol. Tus ojos desde el cielo,
madre ya venturosa, ácia mí vuelve,
y recibe mi espíritu.

Aly. Yo tiemblo.

Antes de que llegue á Violante, exclama Eduardo.

Eduard. ¿Qué vas á hacer, verdugo? estos lugares
al horror consagrados y al silencio,
no á profanarlos tu rigor se atreva

con la sangre inocente.

Acercándose y reconociendo á Eduardo.

Aly. ¡Ay Dios! ¿Qué veo?
¿Quién me socorre? ¡es Eduardo!

Huye despavorido.

SCENA III.

Violante y Eduardo.

Oyendo el nombre de Eduardo, corre precipitada á él, y lo abraza.

Viol. ¡O padre!
¡padre de mis entrañas! ¡con que puedo
abrazaros al fin!

Eduardo. ¿Qué es lo que dices?
¡Tu padre yo! ¿Sabes quién soy? ¡O cielos!
Ella delira.

Viol. ¡Ah! no dudeis: mis ojos
la dulce prueba de que el ser os debo,
os dan en estas lágrimas que os bañan,
y que de gozo y de ternura vierto.
La mano á un tiempo dura y piadosa,
que nos salvó de los puñales fieros,
nos reservó á este encuentro inesperado,

para acaso otra vez en él perdernos.
Reconocedme: ved en mí la sangre
de vuestra sangre, ved cómo les cielos
de vuestra dulce y celestial Teodora
en mí la viva semejanza han hecho.

Eduardo. ¡O momento de gloria! ¡ó semejanza!
Ni la inefable agitacion que siento,
ni el placer que me inunda en su dulzura,
ni las caras facciones que en tí veo
me permiten dudar: ven, hija mia,
ven y reposa en el paterno seno.

Los dos. ¡O inefable placer! *Abrazándose.*

Eduardo. ¡Dios de clemencia!
Tú que me diste un corazon de acero,
bastante á resistir las negras plagas
que sobre mí tan sin piedad cayéron;
dame tambien un corazon que pueda
sufrir la inmensidad de este contento.
¡Hija mia!

Viol. ¡En qué estado miserable,
en qué penosa situacion te encuentro,
señor! ¿Aquí sumido, atormentado
con el peso fatal de aquestos hierros,
de tan horrendo sitio respirando
el ayre pestilente y el veneno?

¡Ah! dexad que mis manos oficiosas
de esta cadena atroz sufran el peso;
y ménos oprimido con su carga,
siquiera respirad libre un momento.

Eduardo. Pocos instantes ha la sentí rota:
que el hierro cede á la impresion del tiempo.
Solo el destino atroz que me persigue,
ni desmentirse, ni ceder le siento.
¡Esta debilidad!...

Viol. Alzaos.

Se levantan los dos, y empiezan á andar por el teatro.

Eduardo. Violante,
en vano anímo mi cansado esfuerzo;
mis flacos pies á caminar se niegan,
y el paso incierto gobernar no puedo.

Viol. Que mis hombros y brazos juveniles
sean vuestro apoyo, sosteneos en ellos:
venid conmigo, y en aquestas ruinas
podréis cobrar el fatigado aliento.

Apoyado Eduardo en Violante atraviesan el teatro, y se sientan sobre las ruinas de una pared.

Eduardo. ¿Mas dime dónde estoy? ¿Cómo viniste
á tan triste lugar? ¿quál el suceso

fatal ha sido, que en el trance duro
de que mi voz te libertó te ha puesto?

Viol. Señor, ¿no conoceis en mi infortunio
ese astro de furor, triste y sangriento
que nos persigue? El bárbaro verdugo
que á tí te asesinó, que hundió en el pecho
de mi madre infeliz la cruda espada,
persigue en mí los miserables restos
de la infausta beldad, que en sus entrañas
pudo soplar tan horroroso incendio.
Su vista sola estremecer me hacia:
y él viendo su frenético deseo
desechado por mí, mandó que al punto
fuese arrastrada al subterráneo ciego
de este castillo, y su furor vengase,
dando al cuchillo el desdeñoso cuello.

Eduardo. ¡Es posible que el cáliz de amargura,
que á mi vida infeliz presenta el cielo,
tenga aun mas heces que apurar!... Violante,
quando asaltado del aleve acero,
por manos de un hermano á quien yo amaba,
me ví en las sombras de la muerte envuelto;
¡qué dulce era el morir!... volví á la vida,
mas para verme encadenado y preso
en este vasto y lúgubre sepulcro,

perdida ya la sangre y el aliento.
Llamé á voces la muerte: los gemidos
estas inmensas bóvedas oyéron;
y el eco de dolor, que los doblaba,
redoblaba el espanto á su silencio.
Un ser desconocido y piadoso
curó mi herida, y me alargó el sustento,
diciendo: *vive, espera*: mas su labio
jamas despues se desplegó á mi anhelo.
En tanta soledad y desamparo
la afligida atencion volví á mi pecho;
y hallándole inocente, al cielo clamo:
¿en qué, pues, merecí lo que padezco?
Yo no sé: mas entónces, de repente,
una nueva virtud sentí aquí dentro,
una fuerza, que igual á mis destinos
basta sola á contrastar con ellos.
Crecía el mal, y mi valor crecía
á par que su violencia... ¡Ah! ¡si los cielos
contemplan esta lucha formidable
los cielos, de Eduardo estan contentos!...

Viol. ¡Yo, señor, me estremezco!

Eduardo. Algunas veces
tú y tu madre, presentes á mis sueños,
consolábais mi afan: ¡ó Dios piadoso,

y tras tanta ilusión, tras tanto tiempo,
mi adorada Violante al fin me envias!
Abrázame otra vez: este consuelo
no puede arrebatarnos el tirano.
Nuestros suspiros cuenten los momentos;
y unidas nuestras lágrimas, nos bañen
en ternura y dolor á un mismo tiempo.

Viol. Mas los instantes vuelan, padre mio,
y de vuestra exístencia el gran secreto,
sabido ya del exêcrable Enrique,
aviva mas nuestro inminente riesgo.
No tardará en venir acompañado
de su ódio y su furor. ¿No habrá remedio?
¿No se halla en estas lóbregas mansiones
salida alguna á que arribar logrémos?

Eduar. Si este es el fuerte en que el feroz Enrique
puso en execucion su atroz intento,
una puerta ha de haber; mas tan lejana,
que mis débiles pies no se atreviéron
á buscarla, en el punto que rompidos
sentí los eslabones de estos hierros.
Sostenme tú, hija mia: acaso ahora
se duele ya de nuestro afan el cielo,
y que escapémos juntos nos permite.

Empiezan á andar por el teatro, y se siente ruido á lo léjos como de gente que baxa.

Viol. Señor, ¿no sentís ruido?

Edua. Sí le siento. *El ruido se acrecienta.*

Viol. ¡Ay! ¿quién nos salvará? ¡Ya á devorarnos se precipita el tigre!

Eduardo. No tu esfuerzo desmaye así, Violante: ¿ántes de ahora no arrostrabas la muerte con aliento?

Viol. ¡Ah! que la muerte entónces á mí sola amagaba, señor: mas yo os entrego á la rabia feroz de vuestro hermano, yo la ocasion de haberos descubierto he sido; y tal desgracia, tal peligro, ni contemplarlos, ni sufrirlos puedo.

Eduardo. Ven, y en aqueste fúnebre recinto algun arbitrio á nuestro bien busquémos. Si el cielo nos le niega, al fin muramos: que ménos triste, y doloroso ménos, es de una vez el fenecer la vida, que ser cautivos, y exîstir sufriendo.

A este punto las gentes y luces se van acercando por la misma puerta por donde salió Aly. Eduardo y Violante se retiran por un lado del teatro.

SCENA IV.

Enrique, Asán y Guardias.

Al tiempo de entrar se detiene; pasa la puerta, y vuelve á detenerse.

Enriq. Ya penetré: las puertas de este alvergue
con voces de terror me rechazaban;
y entregado á sus lóbregos horrores
mi ansioso corazon tiembla y se espanta.
Pero es mas fuerte mi rencor: sigamos.
Pasa adelante, y repara en el poyo donde estaba Eduardo.
Asán, él no está aquí: mira la cama,
la triste cama en que por tantos años
su cuerpo entre cadenas descansaba.
Y en ella, ¡ay Dios! en ella, aunque de piedra,
sobre él el sueño desplegó sus alas
con mas dulzura que los miembros mios
le halláron nunca entre las plumas blandas.
¿Qué os deteneis amigos? derramaos
por esas vastas bóvedas: que salgan
los fugitivos á mi vista al punto.
¿Me entendeis? Mi poder, mi vida y fama

todo peligra, todo, si Eduardo
logra escapar á mi cruel venganza.

Asán y los Guardias se entran por el subterráneo.

SCENA V.

Intenta seguirlos, y se retrae como espantado.

Enr. Quiero andar, y no puedo: ¡ah! ¿quién tan débil
hace mi corazon? ¿quién de mis plantas
la fuerza apoca?... Es el fatal delito,
sin duda, el que me sigue y me acobarda.
¿No tuve aliento un tiempo? ¿Por qué ahora,
para acabarle de cumplir, me falta?...
Estas piedras heridas tantas veces
con sus gemidos que aun por ellas vagan,
á mi atronado y espantado oído
con acentos de horror parece que hablan...
¡Fratricida!... ¡O qué voz! ¿son los espectros
que en mi sueño entendí los que así claman?...
¿De dónde esos cadáveres horribles?...
¿Quién salpica de sangre estas murallas?...
¿Comienza ya mi infierno?... ¡ó cómo tiemblo!
¡de mi ultrajado hermano las miradas
quál caerán sobre mí! ¡cómo su pecho

al ver á su opresor va á arder en saña!...
Y yo trémulo ante él, con voz incierta
la sentencia fatal que le amenaza
pronunciaré, sin que Eduardo tiemble.
El será el juez, yo el reo; y la alta palma
de triunfar sobre mí, siempre los cielos
en vida, en muerte le darán... ¡ó rabia!

SCENA VI.

Asán y Enrique.

Asán. Señor, en esas bóvedas obscuras,
perdidos y perdida la esperanza
de poderlos hallar, ya hácia este sitio
pensábamos volver; quando bien claras
unas palabras de repente oímos
con llanto interrumpidas y plegarias.
Huye, hija mia, huye; yo lo ruego,
yo te lo mando: tu ligera planta
podrá escapar tal vez al gran peligro,
que en su ciego furor á ambos amaga.
Yo no puedo seguirte, y si tardamos
morirémos los dos. Ella lloraba,
mas ella huyó, y obedeció el mandato.
Corrímos: Eduardo se adelanta

á recibirnos, y con frente altiva,
donde la magestad se vé pintada,
aquí teneis á quien buscais, nos dixo:
llevadme al punto á donde Enrique os manda.
Los guardias le cercáron y le traen;
yo adelantéme.

Enriq. Asán, por piedad, anda,
vuela si es tiempo, y ántes que mi vista
sufra el horror de su presencia infausta;
que espire...

SCENA VII.

Dichos, y Eduardo enmedio de los Guardias.

Eduardo. ¡O Dios! conduélete de un padre,
tiende de tu poder las grandes alas
sobre aquella infeliz.

Enriq. Ya está presente:
¡Ah! ¡que la tierra ante sus pies no se abra!

Eduardo. Heme aquí, Enrique: tus feroces ojos
tiemblan de hallar los mios, y se baxan.
Mírame al fin, desconocido hermano,
mira á qué trance me arrastró tu rabia,
y al contemplar los dolorosos males
que amontonaste sobre mí, tu alma,

digno de su maldad, goce un deleyte.
Asesinado con tu misma espada,
y por tu propia mano; sepultado
en esta horrible y cabernosa estancia,
macerando mis miembros las cadenas
que al salvarme á tu cólera inhumana
cargó en mí la piedad ó la inclemencia:
y quando al fin de esclavitud tan larga
en este sitio de dolor te veo,
cercado enmedio de tus fieros guardias,
conozco bien lo que esperar me queda.

Enriq. Dices bien: no te resta otra esperanza
ya que la de morir: eterno objeto
para mí de rencor, de envidia y rabia;
¿qué otro don que la muerte y exterminio
de mi terrible corazon buscáras?
Muere, Eduardo: á mi pesar aun vives:
el vil traidor, que te ocultó á mi saña,
no te librará ya: la tumba sola,
la tumba es la fortísima muralla,
que entre nuestras discordias haber debe.
Muere: tu vista me atormenta y mata,
qual si fuera un suplicio.

Eduardo. Yo lo creo:
siempre la atroz ingratitud se espanta,

si el ofendido bienhechor la mira.
Dos veces de la muerte que ya alzaba
la mano sobre tí, libré tu vida:
tú dos veces, cruel, me la arrebatas.
Yo compasivo contemplarte puedo,
quando me ofendes y feroz me amagas;
miéntras que tú sin palpitar no aciertas
á echar en mí tus horridas miradas.
Acaba, pues: ni tu piedad espero,
ni la imploro tampoco; así en tí haya
igual valor á executar mi muerte,
como yo tengo en recibirla.

Enriq. Basta:
soldados, arrastradle; y que al instante
enmedio de esas lúgubres moradas,
léjos de mí fenezca: yo no quiero
verle espirar.

En el punto de arrastrarle los Guardias sale Violante á detenerlos.

SCENA VIII.

Dichos y Violante.

Viol. Ministros de venganza,
deteneos: sabed que él es mi padre,

ved que es vuestro señor.

Eduardo. ¡O desdichada!
¡Así te obstinas en morir conmigo!

Arrodillándose delante de Enrique.

Viol. ¿Tú, Enrique, aun quieres mas? mira á tus plantas
la hija de Eduardo y de Teodora:
¿no bastan, dime, á tu furor, no bastan
tantos años de angustia y cautiverio,
sin que un segundo parricidio vayas
á cometer? Tu imperio está seguro:
si ambicion de poder tu pecho arrastra,
manda en Viseo, y que Eduardo obscuro
viva conmigo en un rincon de España.
¿No me escuchas, cruel? ¡Ah! si aun tu enojo
en sed de sangre y de dolor se abrasa;
aquí tienes mi cuello, aquí mi vida,
y en ellos solos tu furor apaga.

A los Guardias.

Enriq. Aguardad... ¡Que no pueda el pecho mio
resistir la impresion de sus palabras!
Oye, Eduardo: el único camino
de ser nuestras discordias acabadas,
en tu arbitrio está ya.

Eduardo. ¿Quál es?

Enriq. Que al punto

me consagre Violante ante las aras
la ternura y la fé, que indignamente
el venturoso Oren tiene usurpadas.
Tu vida es á este precio.

Viol. ¡O vil verdugo! *Levantándose.*

Eduar. ¡Y aquesto, Enrique, de Eduardo aguardas!
¡Violante tuya, su inocente mano
enlazada á esa mano sanguinaria!
¡y es tal tu ciega atrocidad que esperas
á mis tormentos añadir la infamia,
y el incesto al horror!... ¡O tú, hija mia!

Viol. ¡Señor!

Eduardo. Ven, y en mis brazos estrechada
jura eterno rencor al monstruo horrible.

Arrojándose hácia él, y abrazándole.

Viol. Yo, señor, se lo juro: aunque se caigan
los cielos con furor sobre nosotros.

Enriq. Soldados, de sus brazos arrancadla.

Viol. ¡O! no podrán.

SCENA IX.

Dichos y Aly.

Aly. Señor, poneos en salvo:
ya con su gente Oren tiene forzadas

las murallas y puertas del castillo:
el fugitivo Atayde le acompaña;
y en voces altas y expresion terrible,
que respira Eduardo á todos clama.
Al nombre de Eduardo se suspenden,
y sin defensa la anchurosa entrada
abren á Oren, y con su gente unidos
todos hácia estas bóvedas se lanzan.

Viol. ¡O cielos! ¡socorrednos!

Enriq. ¿Si el destino *Aparte.*
mandará ya pesar en su balanza
mi suerte irrevocable?... Mas si fieles
vosotros sois, aun conjurar la infausta
nube podrémos, que de sangre y ruina
armada viene, y nuestra frente amaga.
Cercad esas dos víctimas; su vida
mas que su perdicion ahora nos valga.
Tú, Asán, presto á mi voz hunde en su seno,
sin detenerte, la homicida espada.
Todos así perecerémos. *A Eduardo.*

Los Soldados rodean á los dos, y Asán se colocará junto á ellos con la espada desnuda.

SCENA X.

Dichos, Oren, Atayde y Soldados.

Oren. ¿Dónde,
ni quién podrá esconderte á la venganza
que mi encendida cólera fulmina,
ya sobre tí, vil asesino?
Enriq. Calla,
detente, mira, si á mover te atreves
un paso mas la presurosa planta;
mueren los dos.
Deteniendo á Oren.
Atay. Señor, ya la violencia
es aquí por demas, pues que su rabia
ha encontrado el camino á defenderse
con el riesgo de vidas tan sagradas:
A Eduardo.
no las perdais... Y vos á quien mis ojos
no osan volver sus tímidas miradas,
vos que años tantos de prision tan dura
debeis, señor, á mi inclemencia ingrata;
dignaos que en este trance tan terrible,
yo á vuestra salvacion la senda os abra.
Una sola palabra en vuestro nombre,

permitidme que dé, y está embotada
la cuchilla cruel, con que ese monstruo
amaga vuestras míseras gargantas.
¿Puedo darla, señor?

Eduardo. Yo la permito:
mas libre de baldon, pura de infamia.

Dice esto adelantándose un poco, y mirando á Asán.

Atay. Sí lo será. Yo en nombre de Eduardo,
prometo á Asán su libertad, su patria,
si las vidas sagradas que ahora ofende,
con generoso aliento las ampara.
Elija Asán, entre quedar tendido
en esta triste y desigual ballata
con el verdugo bárbaro á quien sirve;
ó ir á buscar en su nativa playa
la dulce esposa, los amados hijos,
y en sus abrazos recrear su alma.
¿Lo escuchaste?

Enriq. ¡Ay Asán!

Despues de una pausa.

Asán. Ya está elegido:
salir de esclavitud... ver á mi patria...
mis cariños gozar... tú eres un blanco:

Se vuelve á Eduardo, y le coge la mano.

¿puede un negro fiar en tu palabra?

Eduardo. ¿Por qué lo dudas, bárbaro?

Diciendo esto coge á Eduardo y Violante, y los entrega á Oren.

Asán. Sed libres.

Enriq. ¡Pese á mi infame suerte!

Asán. Ya acabadas *A Enrique.*
estan tu usurpacion y tiranía;
húndete en el infierno que te aguarda.

Enriq. ¡Con que traidores todos!

Asán. ¿Y qué has sido
tú?

Coge una espada de las manos de un soldado y la da á Enrique.

Oren. ¿Mas qué aguardo ya?... Toma esa espada,
que ofender un contrario desarmado
mi generoso aliento desdeñára.
Defiéndete.

Interponiéndose.

Eduardo. Teneos: ingrato Enrique,
quando mas fiera tu exêcrable saña
irritaba tu brazo, y tu cuchillo
á Violante y á mí nos amagaba;
no quise recordarte el ser tu hermano,
ni abatirme al dolor y á las plegarias:

mas ahora, miserable, que te veo
agonizando entre tu misma rabia,
y que con ciega confusion revuelves
la muerte, la prision, las tristes ansias,
el insufrible horror que en mí cargaste;
yo no puedo olvidar que en las entrañas
donde yo tuve el ser, el ser tuviste,
ni olvidar el amor de nuestra infancia.
Escucha: tras tus crímenes no hay medio
de darte la amistad, la confianza
de un hermano: mas vive; el pecho mio
gustar no puede tan atroz venganza.

Oren. ¿Cómo? ¿y ofensas tantas sin castigo
quedarán?

Viol. Sí, que viva, y que su alma, *A Oren.*
si es capaz de virtud, en vos aprenda
á adorarla, señor. *A Eduardo.*

Enriq. Esto faltaba:
este oprobio cruel que me confunde,
y mi encendido pecho despedaza.
¡Yo deberte la vida!... No, Eduardo,
no me la des: si acaso la aceptára,
llegára un tiempo en que beber tu sangre
para saciar mi furia aun no bastára.
¿No te lo dixe ya? La tumba sola

puede á nuestras discordias ser muralla.
¿Vida de tí?... Ni aun muerte.

Se hiere él mismo, y cae.

Viol. ¡Desdichado!
Su rencorosa condicion le acabá.

Volviendo en sí, y con voz desmayada.

Enriq. Aly, tú solo aquí no me has vendido...
Tal vez mi muerte compasion te causa;
sácame tú de aquí... llevame á donde
sin que lo pueda ver, rinda yo el alma.

Espira.

FIN.

APÉNDICE.

RASGOS Y TROZOS TRAGICOS,

QUE SE HALLAN EN EL DRAMA INGLES INTITULADO *EL ESPECTRO DEL CASTILLO*, TRADUCIDOS DEL EXTRACTO QUE SE HALLA EN EL NUMERO 61 DE LA BIBLIOTECA BRITANICA.

Osmundo.

Ahora la copa del placer se acerca á mis labios, ¡y yo la desecharía! No... Desde el instante espantoso en que me manché con la sangre de aquel que me amaba, y que hundí el puñal en el corazon de la que yo adoraba, ninguna hermosura ha lisonejado mi vista, ni acento ninguno mis oídos. Angela sola ha encontrado el secreto de agradarme. Privado de la que amaba furioso, puesto en la tortura de un deseo que no podia satisfacer, he sufrido los tormentos mas crueles, y mi corazon no ha conocido sino la agitacion de la angustia, y el remordimiento de un crímen inútil, &c.

Osmundo y Angela.

Osm. ¿Y qué? ¿serías insensible á la magnificencia? Estos ricos vestidos, estos muebles exquisitos, este aparato de grandeza...

Ang. El deslumbra mis ojos; pero no llena mi corazon, y yo daría todos los diamantes que adornan mi cabeza por una flor sola de las guirnaldas que mi Eduardo me hacia.

Osm. ¡O furor!

Ang. ¡Ah, qué feliz era yo!... Quando por la noche me dormia, me decia á mí misma: hoy has sido feliz, mañana lo serás tambien, y mi sueño tranquilo me representaba los objetos de mi cariño.

Osm. Escucha, Angela: uno de los mas poderosos varones de la isla te ama, tu mano está destinada á él; y es preciso que le reserves tu corazon.

Ang. Mi corazon es de Eduardo.

Osm. ¡Eduardo! ¡un pobre aldeano!

Ang. Mi Eduardo es pobre; pero su corazon es noble.

Osm. ¡O rabia!

Ang. Estos sentimientos, decís vos, son poco dignos de mi clase: faltándole á la palabra es como

yo me envileciera: Eduardo ha recibido mi fé...

Osm. ¡Infeliz! tú abusas de mi paciencia.

Ang. ¡Ah señor! qué miradas me echais: permitid que me retire.

Osm. ¡Detente, Angela! yo te amo.

Ang. ¡Señor!

Osm. Yo te amo con furor: mi pecho es una hoguera de fuego; y yo muero si este fuego no se apaga en tus brazos: no intentes escaparte: escúchame: yo te ofrezco mi mano; si la aceptas, señora de mis vastos y ricos dominios, pasarás tu vida en los honores, y la felicidad: pero si desprecias la oferta que te hago, obtendré por la violencia...

Ang. ¡La violencia! ¡Ah! no: semejante infamia no se hizo para vos.

Osm. Piénsalo bien, Angela: tú estás en mi poder.

Ang. Y esto es lo que hace mi seguridad: si teneis un alma generosa, vos me protegeréis, Osmundo, porque soy débil y abandonada: yo imploro á vuestras plantas la compasion que se debe á los infelices, &c.

Los dos Esclavos.

Assam. ¡Agradecimiento en un Européo! Busca la

constancia en las tormentas, el calor en los hielos, la obscuridad en el sol, ántes que gratitud en un Européo.

Saib. Si eso es así, ¿por qué á Osmundo? ¿qué estimas en él?

Assam. Sus vicios. ¿Y qué causa mas legítima de inclinacion á su persona podría yo tener? ¿No estoy condenado al desprecio, y á la infamia? Yo era libre, y ya soy esclavo. Yo era amado, ¡y ahora soy un objeto aborrecible y asqueroso! ¿Dónde está el blanco que no desdeñe altivamente la amistad de un negro? ¿Dónde está la muger que no desprecie las pruebas de su cariño? Pues allá en mi pais mi amistad lograba amistad, y mi amor era pagado con amor. Yo tenia padres, hijos y una muger... ¡O pensamiento cruel! un instante me ha privado de todo... ¿Puedo acordarme de lo pasado, sin aborrecer la raza de los blancos? ¿Puedo pensar en el mal que me han hecho, y no regocijarme de sus males? ¡Tú crees que amo á Osmundo, yo le detesto! Pero me complazco contemplando en él el espíritu maligno enviado por el cielo para atormentar los hombres: me agrada verle llenar su exêcrable oficio con sus semejantes, verlos

sufrir por él en este mundo; y cebar la agradable idéa de que él sufrirá en el otro por el mal que les ha hecho.

Saib. Pero nosotros somos del número de los que atormenta: yo estoy resuelto á huir de la caberna del leon, y á buscar algun otro amo que...

Desde dentro.

Osm. ¡Socorro! ¡socorro!

Entra en la escena.

Osm. Salvadme, salvadme: ellos me persiguen, defendedme.

Saib. ¿Qué es esto? Mira cómo tiembla, cómo se estremece, cómo vuelve los ojos.

Assam. Señor mio, hablad, ¿no nos conoceis?

Osm. ¡Ah! ¿qué voz?... ¿Eres tú Assam? ¿y tú tambien Saib? ¿Por fortuna no sería mas que un sueño?... No escuché yo aquellas palabras espantosas que resuenan todavía en mis oídos?... Assan, Assan, el suplicio del fuego y el de la rueda deben ser una delicia comparados con lo que yo he sufrido. Escuchadme y temblad, ó vosotros que fuisteis los instrumentos de mis crímenes: creía yo andar por las bóvedas sombrías

donde reposan las cenizas de mis mayores. El aspecto de los sepulcros me inspiraba terror, y los emblemas que los cubren me hacían volver la vista; quando de repente la figura de una muger se aparece delante de mí. Era Angela, que sonriéndose me hacía señas de que me acercase. Corro al instante, y abro los brazos para cogerla: ¡pero ó prodigio espantoso! Sus facciones se ajan y se alteran: un raudal de sangre brota de su seno: era Evelina...

Assam y Saib. ¡Ah cielos!

Osm. Era Evelina... Tal como la ví espirando á mis pies, quando mi mano desesperada la dió el fatal golpe. Nosotros volvemos á encontrarnos, dixo ella con una voz sepulcral, recibe mis abrazos; pero contempla tu obra: mira lo que hiciste de mí. Ven, estréchame contra tu seno, ya eres mi esposo, y no nos separémos jamas. Miéntras que articulaba estas palabras, su rostro se seca, sus miembros se corrompen, sus carnes se separan de los huesos, sus ojos salen de sus orbitas, y se convierte en un asqueroso esqueleto.

Saib. ¡Horror, horror!

Osm. Ella me apremia en sus brazos, me infesta con su aliento, y me fuerza á recibir sus he-

diondas caricias... Despues repentinamente las paredes de las catatumbas se cubren de llamas azuladas, los sepulcros se hienden; y saliendo de ellos los espectros á bandadas, me amenazan, me cercan, y danzando al rededor de mí, rechinando los dientes, y arrojando gritos terribles: bien venido seas, fratricida, exclamaban todos, bien venido seas entre nosotros. El horror rompió el sueño, yo escapé pidiendo socorro: pero lo que he sufrido, lo que he sentido, ninguna lengua puede explicarlo.

Saib. Señor, ese no es sueño vano, es un aviso del cielo, es vuestro Angel Custodio que os grita: *Osmundo, arrepiéntete, y no cometas nuevos crímenes.* Acordaos, señor mio, que Kenric en esta noche...

Osm. ¡Kenric! Habla, ¿tomó el veneno?

Saib. Yo siguiendo vuestras órdenes se le he presentado; pero la copa se vertió ántes de beberle.

Osm. Gracias al cielo, que así me siento aligerado de un delito. Déxemos vivir á Kenric. ¿Qué puede suceder? ¿que me dexe y me venda? Pero no puede dar pruebas... ¡Angela! ¡ó! ¡cómo á este nombre amado renace el sosiego en mi alma!

Saib. Vos olvidais tambien que su corazon es de

otro: ahora que es tiempo, restituidla á quien ama.

Osm. ¡Infeliz! Pídeme la vida. Mañana, si respiro, Angela será mia... ¿Si respiro? ¿y por qué esta duda? Nosotros nos encontrarémos, dixo el Espectro. Salid de mi memoria, palabras horribles... Assam, yo te confio el cuidado de mi bien; vela, y corre á decirme si algun peligro nos amenaza. Yo vuelvo á ver si puedo conseguir dormirme: sígueme tú, Saib: ten los ojos abiertos sobre mí miéntras duermo. Si me ves agitado, trémulo; si adviertes que mis cabellos se erizan, y que el sudor cubre mi frente, cógeme, despiértame, porque no quiero tener mas sueños, &c.

Angela y Kenric.

Ang. ¿Qué quereis de mí, Kenric? ¿Qué bscauis á esta hora de la noche?

Kenric. Si soy sentido, señora, soy perdido sin arbitrio, y vuestra suerte depende de la mia.

Ang. ¿Qué significa este misterio y esta visita nocturna?

Kenric. Esta visita es de un amigo, de un hombre á quien su arrepentimiento trae á vos. Las llaves del castillo estan en mi poder: yo quiero

EL DUQUE DE VISEO.

TRAGEDIA

EN TRES ACTOS

POR

D. MANUEL JOSEF QUINTANA.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

EDUARDO, Duque de Viseo. *SEÑOR VICENTE GARCIA.*

ENRIQUE, su hermano. *SEÑOR RAFAEL PEREZ.*

VIOLANTE, con el nombre de Matilde: hija de Eduardo. *SEÑORA MARIA GARCIA.*

EL CONDE DE OREN. *SEÑOR BERNARDO GIL.*

ATAYDE, Alcayde del Castillo. *SEÑOR TOMAS LOPEZ.*

ASAN, esclavo negro. *SEÑOR JUAN CARRETERO.*

ALY, esclavo negro. *SEÑOR AGUSTIN ROLDAN.*

GUARDIAS DE ENRIQUE.

SOLDADOS DE OREN.

La accion sucede en Portugal en una fortaleza del Duque de Viseo. La escena representa un salon magnífico en los dos actos primeros: en el tercero un subterráneo con varios ramales de bóvedas.

huir, y os libertaré de vuestro cautiverio poniéndoos en manos del Conde de Perey: pero ántes, señora, me habeis de ofrecer vuestra proteccion para con aquel que me debe diez y seis años de la prision mas dura.

Se pone de rodillas delante de ella.

Ang. Levantaos, Kenric: yo no os entiendo, ¿de qué cautivo hablais?

Kenric. Escuchad, señora, la extraordinaria relacion que voy á haceros. Yo me he criado con Osmundo, y he sido desde mi infancia el confidente de sus placeres y de sus penas. El las debe todas á sus zelos contra su hermano, cuyos derechos y preferencia envidiaba. Sin embargo ocultó su ódio hasta el momento en que Evelina Neville dió su corazon y su mano á Reginaldo: desde este momento el ódio de Osmundo no tuvo límites. El resolvió asesinar á su hermano quando volviese de la guerra de Escocia, y forzar á su viuda á entregarse á él. Dióme parte de su proyecto; empleó las lisonjas, las amenazas, las promesas... en fin me seduxo.

Ang. ¡Desdichado!

Kenric. Escuchadme hasta el fin. Yo le seguí en efecto al teatro de su crímen, pero no manché

mis manos con la sangre. El mismo hirió á Reginaldo, y su puñal fué tambien el que alcanzó á Evelina al tiempo que ella queria apartar el golpe de su esposo.

Ang. ¡O horror! ¡horror!

Kenric. La esperanza de Osmundo burlada, su pasion se trocó en furor. El hizo la señal de muerte, y los que seguian á Reginaldo fuéron todos degollados. Yo pude sin embargo á fuerza de ruegos salvar su sobrina, niña de algunos meses, que su puñal habia herido ya en la garganta. Señora, vos teneis todavía esta señal.

Ang. ¡Yo, cielos! ¿qué decís?

Kenric. La verdad...

Ang. ¡El monstruo! ¡Ah! ¡he aquí por qué quando asía mi mano, mi sangre se helaba en las venas! la naturaleza se estremecia al acercarse el fratricida. Era el espíritu de mi madre, que me decia: ¡aborrece á mi asesino!... ¡Qué no os debo yo, Kenric! ¡y vos me pedís perdon de rodillas! Vos que...

Kenric. Deteneos, señora: suspended la expresion de un agradecimiento que no merezco. Escuchad lo que todavía tengo que deciros. Yo fuí el último que dexó aquel teatro de muerte:

retirábame penetrado de horror quando oí un gemido: volví atras, puse la mano sobre el corazon de Reginaldo, y palpitaba aun...

Ang. ¡Palpitaba aun!... ¡cruel!... y vuestra mano culpable...

Kenric. No: el quitarle la vida hubiera sido un bien para él: yo se la conservé, y le quité la libertad. Reflexioné que si me aseguraba de la persona de Reginaldo, tendria sobre Osmundo un ascendiente muy grande, y resolví salvarle. Llevé, pues, su cuerpo casi sin vida á una mansion desconocida para todos: á fuerza de cuidado logré curar sus heridas, y él vive todavía.

Ang. ¡Mi padre vive todavía!

Kenric. Vive, si es vida una exîstencia tan miserable. Antes que hubiese vuelto en sí, le encadené á la pared de su prision, y luego que sus heridas estuviéron curadas, no volvi á parecer en el calabozo que le encierra. Le he llevado constantemente el alimento por una rejilla, que no le permitia verme. Quando imploraba la piedad de su carcelero cruel, yo me apresuraba á huir. Hace diez y seis años que Reginaldo no ha oído voz humana...

Ang. ¡Ah Dios! ¡Dios!

Kenric. Pero el momento de su libertad se acerca. He descubierto que Osmundo quiere quitarme la vida; y yo me abandono á vos, señora: interceded por mí con vuestro desgraciado padre. ¡Ay! ¿podrá jamas perdonar tanta inhumanidad?

Ang. ¡Ah, Kenric! Vos habeis sido bien culpable y cruel... pero volvedme mi padre, dadnos la libertad, y todo se os perdonará, &c.

Osmundo.

Las bóvedas, sobre las quales marcho ahora, han retumbado por diez y seis años con sus gemidos... Su corazon altivo va á llenarse de rabia á la vista de un hermano usurpador. ¡Ah! ¿De dónde vienen estas oleadas de sangre?... ¡Qué cuerpos mutilados son los que arrastran! ¡Fratricida!... ¡palabra espantosa! &c.

Reginaldo.

El viene (*el carcelero*) á traerme mi sustento, y luego se apresura á escapar, como si mi prision fuera la guarida de una sierpe... Mas de una vez he enxugado lágrimas, nunca las he hecho correr: mas de una vez he aligerado el

ADVERTENCIA.

El asunto de esta Tragedia está sacado de un Drama Inglés intitulado *el Espectro del Castillo*, escrito por Mr. G. Lewis, y representado en Londres con un aplauso extraordinario. Los nombres de los personages, el pais y la época de la accion son diversos; pero los supuestos en que se funda la fábula, los caracterés mas distinguidos, y algunos trozos son enteramente los mismos en la obra Inglesa que en la Española.

Esta conformidad, sin embargo, no bastaba para completar una Tragedia: los que deseen averiguar hasta qué punto se ha separado de su modelo el Autor del Duque de Viseo, pueden consultar el núm. 61. de la Biblioteca Británica, donde se halla un juicioso y extenso análisis de aquel Drama. Allí verán que en él igualmente, que en la Tragedia se trata de pintar las agonías de un malvado, que ardiendo en una pasion incestuosa por la muger de su hermano, y habiendo asesinado á los dos; sus remordientos le sitian en todas partes, y la imágen de sus delitos le martiriza has-

ta en sueños. Enamorado despues de una hija de las dos víctimas, la llama á su castillo, la quiere primero seducir con la ostentacion de sus riquezas, y al fin atropellar con la violencia. Ella despues de haber encontrado á su padre, á quien un criado del opresor habia salvado la vida, es libertada por su amante que acude con su gente á socorrerla, y derriba el poder del tirano.

Pero hallarán al mismo tiempo, que con unos mismos elementos la composicion dramática es diversa. El público de Londres acostumbrado á las mayores extravagancias en las obras sublímes y desatinadas del extraordinario Shakespeare; ha perdonado á Lewis, ó por mejor decir ha aplaudido en él la mezcla absurda de las bellezas mas trágicas y teatrales con las bufonadas mas groseras; la verosimilitud y decencia corrompidas con apariciones y juegos de teatro pueriles; y la verdad y naturalidad de los diálogos rotos con una música inoportuna: este conjunto de incoherencias ha dado lugar á que se diga, que el Espectro del Castillo es un drama lírico-tragi-cómico con algunas puntas de farsa.

Era, pues, forzoso abandonarlas tratando de hacer una obra regular: y por lo mismo dar otra

marcha, á la accion ponerla en movimiento por otros medios; y alterar algunos caracterés que ó no estan bastante bien desenvueltos en la obra inglesa, ó no se presentan con la nobleza y dignidad correspondiente.

Pero si en mi concepto la razon y el buen gusto exîgian estas mudanzas, no por eso creo mi obra superior al exemplar que he tenido delante para hacerla: la energía y novedad que ha sabido dar Lewis á los dos personages de Osmundo y Asán, y el sublíme horror con que está pintado el sueño son bellezas admirables dignas de un talento superior; y yo me creería bastante pagado de mi trabájo si ellas no desmereciesen en él.

Para que nadie me atribuya aciertos que no son mios, ni impute al Escritor Inglés trivialidades que solo serán hijas de mi incapacidad ó inexperiencia; he traducido literalmente y reunido en un apéndice despues de la tragedia todos los rasgos y trozos que exâctamente he sacado del drama; y así los lectores podrán juzgar con todo conocimiento de mis imitaciones.

En quanto al mérito absoluto de la tragedia, considerada en sí misma, y sin relacion á su modelo, el público solo es á quien toca juzgar de él. El

conocimiento que su autor tiene de la grande dificultad del arte; la circunstancia de ser el primer paso que da en él, y la poca aficcion que hay comunmente en España al género trágico, por causas de que sería importuno hablar ahora; pero que todas contribuyen á hacer mas escabroso este camino, podrían tal vez ser motivos de que el Duque de Viseo hallase indulgencia en la crítica, si la crítica pudiese tener indulgencia. Y esto se entiende en el caso de que la obra por algun aspecto sea acreedora á la atencion pública; porque de lo contrario, todas estas consideraciones y plegarias, segun la graciosa expresion de un Escritor, no son otra cosa que *oraciones de difuntos, las quales no los resucitan.*

peso de las cadenas del infeliz cautivo, jamas atenté á la libertad de nadie. ¿Y sin embargo yo lloro en este cautiverio? &c.

Ang. ¡Y así os encuentro, padre mio! ¡cargado de cadenas, privado de todo, respirando un ayre pestilencial!... &c.

Osm. ¡Hele allí tendido sobre un lecho de pajas! El encuentra en ellas un descanso, que yo no puedo gozar sobre plumas.

A Angela.

Regin. Jura en mis manos no ser suya.

Ang. Yo lo juro.

Osm. Separadlos.

Ang. No, no, ¡jamas! &c.

FIN.

LA FULGENCIA.

COMEDIA

EN TRES ACTOS

POR

DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

Don Gerónimo de Barrio. *Señor Francisco Baca.*

Don Matías de Barrio. *Señor Antonio Pinto.*

Don Luis, sobrino de ellos. *Señor Manuel Garcia Parra.*

Don Pedro Avendaño. *Sr. Antonio Ponce.*

Don Francisco Bargas. *Señor Josef Oros.*

Doña Fulgencia de Barrio y Doña Rosa de Barrio, hermanas. *Señora Rita Luna, y Señora Josefa Virg.*

Un Juez. *Señor Joaquin Cabrera.*

Un Mayordomo. *Señor Alexandro Aguilar.*

UN CRIADO. *SENOR JOSEF GARCIA UGALDE.*

UNA CRIADA, que no habla.

RONDA DE ALGUACILES.

ACTO PRIMERO.

Vista corta de alameda, que represente la del prado: salen Don Pedro y Don Francisco con capas, y representan paseándose con inquietud.

Franc. Ya degenera en insulto
silencio tan obstinado:
ó me dices lo que tienes,
ó echo por el otro barrio.
Pedro. Esto es desesperacion:
de mi paciencia me espanto:
no sé cómo no me ahorco.
Franc. Arboles hay en el prado;
y lo que es cordel, no es cosa
dificil proporcionarlo:
pero en suma, ¿qué tenemos?
Pedro. No tener.
Franc. ¿Ese es el caso?
Pedro. ¡Quando mas lo necesito
sucederme este trabajo!
Franc. ¿Con que jugaste?
Pedro. Jugué.
Franc. ¿A la banca?
Pedro. ¿Pues no es claro?

¡Si ese maldecido juego
me tiene precipitado!

Franc. ¿Y dónde fué?

Pedro. En los infiernos.

Franc. Caliente estaría el quarto;
pero si los dos á noche
á las diez nos separamos,
¿á dónde fuiste á tal hora?

Pedro. Al doblar el esquinazo
de la calle de la Greda
para la del Turco, el diablo,
porque no puede ser otro,
me presentó á Don Bernardo
Contreras, le saludé,
y me dixo: ¿tan temprano
os retirais? Respondile:
¿qué he de hacer? Seguid mis pasos,
replicó, porque tenemos
en esa calle del prado
una famosa partida
con que entretener un rato
la pesadez de la noche:
resistime, fué importuno;
él expresivo, y yo blando
de corazon, le seguí
hasta el funesto teatro.

Franc. ¿Y era célebre el concurso?
Pedro. No estaban los maestrazos
de profesion; pero habia
valientísimos lagartos.
Franc. ¿Quién tallaba?
Pedro. Lucifer;
porque semejantes manos
solo suyas ser pudieran:
no he visto mayor gazapo
en los dias de mi vida.
¡Qué fino! ¡qué cortesano!
Y tuerto del ojo izquierdo.
Franc. Pues hombre desalumbrado,
¿cómo querias ganar?
¿Ignoras del castellano
proverbio la certidumbre?
Pedro. Quál es, que yo no lo alcanzo.
Franc. Nunca tengas fé en los coxos,
ni esperanza en corcobados;
y si un tuerto halláres bueno,
atribúyelo á milagro.
Mas vamos á la sesion,
que este es término asentado
de todos los profesores
en el docto diccionario.
¿Qué hubo?

Pedro. Quando llegué
ya el juego habia empezado:
résistime por tres tallas;
pero ví tan declarado
un siete, que sin poder
contenerme á la otra mano
salí con onza por punto
sobre el naype: barajáron,
y se principió la talla
con tan seductor halago,
que el siete vino á la izquierda
al primer golpe tirado:
iba de pároli, como
lo acostumbro en tales casos,
y vino el segundo siete
á perder; con que voláron
mis siete onzas sin remedio:
seguí el tercero y el quarto,
y á la derecha viniéron:
salí luego con un quatro,
y vino á plie; de manera,
que en la talla me sopláron
mis veinte y quatro medallas,
dexándome atolondrado.
Nueva talla, nuevas cartas,
coxo mi naype, barajo;

y me salen á la suerte
una sota y un caballo:
tengo azar con las figuras:
vuelvo á barajar, y saco
un as y un cinco, por señas
que los dos eran de bastos:
puse diez onzas sobre ellos,
y al primer golpe que echáron,
el cinco salió á perder,
y á ganar salió el caballo:
en fin, para no cansarte,
en la talla se ganáron
tres caballos y dos sotas,
y se perdiéron los quatro
cincos, y un as de seguido:
la banca quatriplicáron,
y dexarla no quisiéron
hasta dexarme pelado.
Amaneció quando ya
se hiciéron noche mis quartos:
perdí doscientas medallas,
y al salir echando tacos,
tropecé en un escalon,
y baxé todos rodando;
y ha tres horas que aquí estoy
sin saber lo que me hago,

maldiciendo mi ventura,
al tuerto y á Don Bernardo.
Franc. Pero hombre, dí, tú que has sido
el temeron de los guapos;
el profesor mas sublíme,
mas profundo, y el mas sábio
del código de los naypes,
á cuya flexîble mano
no hay en las quarenta y ocho
una que no salga al lado
que tú quieras, tanto que
por tu finísimo tacto
Don Pedro el desfilador
ha habido quien te ha llamado.
¿Te vas ahora á apuntar?
¿Qué mas hiciera un muchacho,
que de los verdes tapetes
los círculos no ha cursado?
Ahora sí que encaxaba
exclamar en tono alto,
¡que á quien es perro tan viejo
le hayan dado tal gatazo!
Pedro. No me apures la paciencia,
quando yo estoy renegando
de toda mi casta entera,
que qualquiera por mas cauto

que sea, suele meterse
alguna vez.
Franc. Tan de plano
no lo creo; pero en fin,
lo que mas he admirado
es que por doscientas onzas
llegue á resentirse tanto,
que así se pierda el respeto
un Don Pedro de Avendaño,
rico mayorazgo en Chile,
mancebo ilustre y gallardo,
y en vísperas de ser yerno
de Don Matías del Barrio,
cuyas hijas, la que ménos
tiene treinta mil ducados.
Pedro. Tú tienes mas proporcion,
porque yo he hecho reparo,
de que el tio de las niñas
te mira con mucho agrado.
Franc. A tí su padre que es mas;
aunque bien considerando
las cosas, no es maravilla;
porque les seguimos ambos
las manías que á los dos
tienen tan preocupados:
uno caza y otro pinta;

pero con extremo tanto
de aficion, que es menester
verlo para acreditarlo.
No hay mayores ignorantes
en todo el género humano.

Pedro. Fortuna fué no pequeña
el habernos presentado
en la casa, donde tanta
familiaridad logramos,
Don Luis sobrino suyo,
á quien despues de los palos
del alguacil conocimos
en Alcalá retirados,
quando de la gran Sevilla
á la corte nos mudamos.

Franc. Ese es al que yo mas temo.

Pedro. ¿Por qué?

Franc. Por su genio raro;
pues es tan pundonoroso,
que de todo hace un agravio.

Pedro. Pues mas temo yo á la viuda,
porque no he visto mas claro
entendimiento en mi vida,
y yo pretendo su mano
por mas rica, aunque á su hermana
Doña Rosa tambien hago

la corte... pero doscientas
onzas...

Franc. Ea, no volvamos
al tema: ya no hay remedio.

Pedro. Pues por eso mismo rabio.

Franc. Vamos á ver á las niñas.

Pedro. Todavía es muy temprano;
lleguémonos á mi casa
para hacer tiempo.

Franc. Pues vamos.

Pedro. Vamos, señor Don Francisco.

Franc. Vamos, señor Avendaño;
y quiera el cielo que no
tire de la manta el diablo.

Pedro. Buena comision tenemos,
enamorar sin un quarto:
por las doscientas perdidas
merezco doscientos palos. *Vanse.*

Vista de un salon largo de pinturas, en el qual se descubre á un lado Don Gerónimo en un caballete con todos los aderezos necesarios, y al otro Don Matías en acto de lavar una escopeta.

Gerón. Quadro mas original,
mas perfecto y acabado
no le verán, ni le viéron

Zimbros, Godos, ni Lombardos.
Mat. Con escopeta mejor,
y mas cierta, no apuntáron
en las guerras que nos cuentan
los Griegos ni los Romanos;
pero el lavador maldito
de tal modo se ha apretado,
que es imposible sacarle
por mas esfuerzos que hago.
¿Gerónimo?
Gerón. ¿Qué hay? ¿qué dices?
Mat. Tira fuerte de ese mango
del lavador, porque yo
solo no puedo sacarlo.
Gerón. Hombre, ¿estás en tu juicio?
¿Quieres que el pulso alterádo
con el esfuerzo, malogre
tantos meses de trabajo?
¿A mí me vienes con esas?
¿No tienes treinta criados
que te sirvan?
Mat. No te rompo
con la escopeta los cascos,
porque en tan dura cabeza
podia hacerse pedazos.
¿Quándo esa loca manía

de pintar dexarás?
Gerón. Quando
tú dexes la de cazar.
Mat. Por lo ménos yo no gasto
el tiempo en valde, ni corro
tras de una cosa que tantos
grandes principios requiere
como la pintura: salgo
á cazar por habitud,
y el exercicio que hago
me facilita el acierto:
tú en valde te estás matando,
pues careciendo de todo
el estudio necesario,
léjos de pintar, no puedes
ni aun conocer lo pintado.
Gerón. ¿Cómo que no? ¿No fuí yo
el que en el último año
pintó las vicornes bestias,
y lidiadores bizarros,
anunciando los novillos
por todos los esquinazos?
¿No asombré á todo Madrid?
¿No vistes amontonados
los hombres en las esquinas
mis primores alabando?

Y en fin, mira en este lienzo
como Enéas en Cartago
le cuenta á la hermosa Dido
de Troya el terrible caso;
ya pasé del *inde toro*,
y ahora estoy en el *infandum*:
repára bien el Enéas,
¿no parece que está hablando?
¿No está muy propio? ¿qué dices?

Mat. Que mejor Poncio Pilatos
para un quadro de pasion,
nadie le hubiera pintado.

Gerón. Eres un loco.

Mat. Tú un necio.

Gerón. Un cazador rusticazo,
¿qué ha de entender de pinturas?

Mat. Lo mismo que un mentecato
como tú.

Gerón. Déxame en paz.
No quieras que un pincelazo
te dirija hácia los ojos.

Mat. ¿Tú á mí?

Gerón. Yo á tí.

Sale Doña Fulgencia.

Fulg. Cielo santo,
¿qué descompostura es ésta?

¿Siempre han de estar disputando
personas tan allegadas,
como lo son dos hermanos?

Gerón. ¿Me meto yo en sus asuntos?

Mat. No faltaba mas.

Gerón. ¿Acaso
me opongo á sus cacerías?
Pues déxeme con mil santos,
sobre si pinto ó no pinto,
en paz perpétua y descanso.

Fulg. Padre, tio, no haya mas.

Mat. Por mí todo está acabado:
así serenára el tiempo
que me está desesperando,
y creo que ha de impedirme
el poder salir al campo;
mas por *si forte*, me voy
á preparar bien mis trastos.

Gerón. Vea vm. lo que yo digo:
con su caza amancebado,
y reprehende á los demas
sin notar el desacato
que comete, la pintura
con vilipendio tratando.
¿No es así, sobrina?

Fulg. Es cierto.

Gerón. Tú que tienes talentazo,
que cultivó tu marido,
aquel insigne letrado
que en paz descansa, ó no en paz,
que eso no está averiguado:
dime sin adulacion,
¿qué te parece ese quadro?
¿No está propio?
Fulg. Y elegante.
¡Qué maestría! ¡qué rasgos!
A aquella Dido no iguala
ni la Venus del Ticiano:
las gracias de la edad tierna,
¡qué bien puestas en Ascanio!
¡el padre Enéas, qué noble!
Gerón. Y tu padre ignorantazo,
¡qué dixese que el Enéas
se parecia á Pilatos!
Fulg. No todos todo lo entienden.
Gerón. Tampoco han de despreciarlo.
Fulg. Creo que si le acabais,
como le habeis empezado,
no habrá pieza comparable:
no he visto tal mamarracho. *Aparte.*
Gerón. Bendígate Dios mil veces;
no en valde te quiero tanto,

y no en valde tu talento
es en Madrid celebrado:
si te llegas á casar,
como con ansia lo aguardo,
¡qué regalo te he de hacer
de pinturas de mi mano!
Mas voyme á desayunar
para volver al trabajo. *Vase.*

Fulg. ¡Pobre viejo! El se divierte,
y es lástima atormentarlo
en los postrimeros tiempos
de su vida: los ancianos,
aun en sus mismas manías,
deben ser muy contemplados;
preciso es tratarlos siempre
con muchísimo agasajo:
así ellos tienen dulzura,
y así nos autorizamos
para igual correspondencia
quando contemos sus años:
pero mi hermana.

Sale Doña Rosa muy compuesta.

Rosa. ¿Fulgencia?

Fulg. ¿Rosita? ¿tú tan temprano
vestida? ¿qué novedad?

Rosa. Ninguna por cierto.

Fulg. Vamos,
Rosita mia; entre hermanas
nada ha de haber reservado:
muger que tan de mañana
se echa todo el aparato
de conquista, ó sale á ver,
ó espera ser vista... ¿hay algo
de esto?
Rosa. Malicias son tuyas:
á la aurora he despertado:
nada tenia que hacer,
y en vestirme pasé el rato;
y me pesa, pues me dice
el consultor ordinario
de las damas, el espejo,
que no estoy bien.
Fulg. Te ha engañado,
que estás de la primavera
hecha un hermoso traslado;
todo el amor en tus ojos,
toda la gracia en tus labios,
todo lo culto en tu aseo,
y todo el ayre en tu garvo.
Rosa. ¿Me enamoras?
Fulg. ¿Por qué no?
¿Ignoras que yo te amo

con la ternura mas grande?
Rosa. Yo con la mia te pago.
Fulg. Lo creo: y por eso mismo
quisiera que celebrado
fuese tu primor en todo,
y en el inmenso espacio
de la corte, que brilláras
como debes; pero hallo
que te falta mucho, para
figurar en el teatro
de las damas del gran tono:
¿quieres serlo?
Rosa. ¿Podré acaso?
Fulg. Solo con una leccion.
Escúchame, Rosa, un rato.
Para dama del gran tono
es preciso, necesario,
y requisito primero,
que no has de hablar castellano.
Rosa. ¿Cómo he de hablar?
Fulg. En francés.
Rosa. ¿Por qué causa?
Fulg. Eso es muy claro.
Es nuestra lengua muy pobre;
del pobre nadie hace caso.
Rosa. Mas si yo no sé el francés.

Fulg. No has de salir de este quarto
sin saberlo.
Rosa. ¿Cómo?
Fulg. Atiende.
Si alguno te hace agasajo,
y con peregrinas voces,
y gestos de endemoniado
te pinta su amor, fingiendo
que el pobre se está abrasando,
que no puede resistir
la eficacia del flechazo,
y se ha de desesperar
si no consigue tu agrado:
tú entónces, con dulce tono,
dices frunciendo los labios:
vous êtes bien dangereux;
y te vuelves de otro lado:
si insiste, dile *fi donc*:
pero con dexo muy agrio.
Si notas que leen, ó cuentan
cosa que merece aplauso,
dí con todas las demas,
con su palmadita al canto:
á merveillè, ce est charmant.
Pero si por el contrario
merece reprobacion

lo que se lee, ó se ha contado,
dí con todas: ¡*quelle horreur*!
ce est pitoyable; cerrando
esta exclamacion, poniendo
los ojos encarnizados.
Si se refieren desgracias,
tú dirás medio llorando:
¡*quel malheur*! *je suis sensible.*
Si oyes chistes, muy al caso
será que digas: *ce est drol.*
Y con estos breves rasgos,
y otros muy pocos que dexo,
porque el asunto va largo;
á la segunda leccion
te presentas sin empacho,
con insulas de francesa,
en los circos cortesanos.

Rosa. ¿No hay mas que saber?

Fulg. ¿Y es poco?
Yo conozco mas de quatro
que hablan sin cesar francés,
y no saben otro tanto.

Rosa. ¿Y qué haré si en este idioma
alguien me pregunta algo?

Fulg. Dices con semblante adusto
convulsiones figurando:

laisez moi, je suis malade;
y está el negocio acabado.
Rosa. Adelante, que me gustas.
Fulg. Si te inclinares acaso
á tener algun cortejo,
que en el nuevo diccionario
se llama ya el exponente,
lo primero mira al grado;
si puede ser General,
los subalternos abaxo:
no importa que sea viejo,
ni jóven, gordo, ni flaco;
el tono es el figurar,
y está á la clase agregado:
si es extrangero mejor;
gran comida, nuevo plato:
baxo esta suposicion
sea todo tu conato
en materia de cortejos
dexar uno, y tomar quatro.
Si á tus amigas desbancas,
ese es el mayor aplauso;
guerra abierta á todo el mundo:
pues como dice un adagio,
á mas moros mas ganancia,
y á buen hambre no hay pan malo.

Si á los bayles concurrieres,
haz ostentacion del fausto;
y en el modo y el vestido
no consultes al recato.
Viste á lo turco, á lo persa,
á lo griego, á lo romano;
vístete en fin como quieras;
pero nunca á lo christiano.
El deber ya es muy antiguo,
y eso se va reformando
segun dicen malas lenguas;
yo me atengo á lo de antaño.
Si te murmuran, no importa;
de otras dicen otro tanto;
y no ha de haber para tí
privilegios reservados;
y la opinion en el dia
no es cosa de gran reparo;
que con esto y otras cosas
que te irá el tiempo enseñando,
de las damas del gran tono
serás perfecto retrato.

Sale Don Gerónimo, que ha oído el último verso, y dice lo siguiente muy precipitado.

Gerón. ¿Es al olio, ó al pastel?
¿Es miniatura? Veamos:

¿es de Vandik, ó del Vinci,
de Rivera, de Leonardo,
de Pousin, ó de Velazquez,
ó del mismo Diocleciano?
¿Es muy grande? ¿Quánto piden?
¿Está perfecto? ¿Es exâcto?

Rosa. Señor, ¿qué es lo que decís?

Gerón. ¿En dónde está ese retrato?

Fulg. Señor, ¿si esa es una voz
que la produxo el acaso
de nuestra conversacion?

Sale Don Luis con unos papeles.

Luis. ¿Tio?

Gerón. ¿Qué traes, muchacho?

Luis. Al entrar, el mayordomo
estos dos vales me ha dado
para que vos los firmeis,
porque ya estan endorsados.

Gerón. Déxalos sobre esa mesa.

Miéntras Don Luis cruza, dice siempre mirando á Fulgencia.

Luis. ¡Ay bellísimo milagro!
El alma toda te envio
en cada aliento que exhalo.

Fulg. Mucho me mira: él me ama,
ó faltan todos los datos

del entendimiento mio;
no sabe él cómo le pago.
Gerón. Idos ahora las dos,
que tengo que hablar un rato
con vuestro primo.
Fulg. ¿Secretos?
Mas yo sabré averiguarlos,
que este primo es el primero
que se me va apoderando
del corazon: si es el suyo
como me lo he figurado,
ó he de condenarme á necia,
ó yo sabré asegurarlo. *Vanse las dos.*
Gerón. Desde que á Madrid viniste
de Alcalá, como otros años,
á descansar del estudio,
tan diferente te hallo,
quanta diferencia va
de lo vivo á lo pintado:
toda la escuela flamenca
tenias ántes en los labios
y mexillas: tales eran
sus colores soberanos;
y ahora estás tan abatido,
que para sacar un quadro
de un moribundo, serías

el modelo mas exâcto:
¿qué tienes, dime, qué tienes?
Ya sabes quánto te amamos,
tus dos tios, como hijo
de nuestro menor hermano:
si éste disipó sus bienes,
y huérfano te ha dexado,
nosotros enmendarémos
tu suerte: ¿te falta algo?
¿quieres dineros? confia
en mi amor, y háblame claro.

Luis. Tio y señor, solo siento
no poder manifestaros
el fondo de gratitud
con que esas finezas pago;
lo que yo quiero, señor,
vuestro permiso mediando,
es el volverme á Alcalá,
que esta vez no me ha probado
la corte, y esta es la sola
ocasion de mi quebranto.

Gerón. Lo siento; pero si en eso
conoces que está el reparo...

Entran Don Pedro y Don Francisco.

Los dos. Buenos dias, caballeros.

Gerón. Señores, muy bien llegados.

¿Señor Don Francisco Vargas,
tan tarde?

Franc. Estuve ocupado,
á pesar del temporal
recio que hace, mirando
en la almoneda de un Grande,
diez pinturas del Albano,
que en toda mi vida he visto
un primor tan soberano;
no me hallaba con dinero,
y por eso no las traigo.

Gerón. ¿Quánto piden?

Franc. Casi nada;
cien doblones.

Gerón. Vamos, vamos
al punto á mi gabinete,
los llevaréis de contado;
y volved con las pinturas,
porque á comer os aguardo.

Franc. El caso es que para mí
las quisiera, y...

Gerón. Del Albano
yo no tengo nada, amigo;
yo os suplico...

Franc. En ese caso
os serviré.

Gerón. Por la falsa
podréis salir ántes: vamos.
Franc. Ya cayó este tonto.
Gerón. No hay
hombre mas afortunado:
¿por una gran porquería
diez pinturas del Albano?
Vaya que en Madrid hay gangas
para un hombre aprovechado. *Vanse.*
Pedro. ¿En efecto, que os volveis
á Alcalá?
Luis. Tan solo aguardo
de mi tio Don Matías
el permiso; y miéntras le hablo
os suplico... pero Rosa
hácia aquí se va acercando:
con tan buena compañía,
yo ninguna falta os hago;
quedad con Dios. *Vase.*
Pedro. El os guarde
muchos, y felices años.
Ella se llega: yo tengo,
despues del lance pasado,
la cabeza tan caliente,
que no sé lo que me hablo.

Sale Doña Rosa.

Rosa. ¿Pues qué es esto? ¿vos tan solo,
señor Don Pedro Avendaño?
Pedro. Habrá, señora, un momento
que Don Luis entró en el quarto
de vuestro padre, y aunque
solo me dexó, me hallo
de vuestra dulce memoria
siempre tan acompañado,
que no faltais de la mia
ni un indivisible espacio.
Rosa. ¿Lisonjas á mí?
Pedro. ¿Lisonjas,
quando á explicar lo que paso
no cabe en mis sentimientos
poder de manifestarlo?
Rosa. Pase por galantería,
estilo tan cortesano.
Pedro. Pase por verdad, señora,
y será mas acertado.
Rosa. Hay verdades tan comunes,
que del mundo en el teatro
la urbanidad las admite
sin perjuicio del recato,
que el velo de la atencion
encubre en ellas lo usado.

Pedro. No así juzgueis de las mias,
señora, considerando
que son hijas del amor
mas puro y mas acendrado,
que en aras de la fineza
os rinde mil holocaustos.
Rosa. ¿Tanto me amais?
Pedro. Con la duda
me haceis el mayor agravio:
no ama la abrasada tierra
en el ardiente verano
la fresca abundante lluvia,
que es restauracion del campo,
ni las flores el rocío
del alba precioso llanto,
ni la salud el enfermo,
como yo, señora, os amo:
porque si en lugar del cinco,
salgo yo con el caballo,
y juntamente la sota,
de siete levar las gano,
y á pesar de los demonios,
sin duda alguna, desbanco;
y entónces...
Rosa. ¿Estais en vos?
¿qué decís? ¿qué estais hablando?

Pedro. Qué mala pareja que hacen
jugador y enamorado:
perdonadme, Rosa bella,
que me sucedió un acaso
de honor, ayer por la noche,
en que otro y yo nos picamos
sobre accidentes del juego,
que estoy todo transportado;
y así la lengua acudiendo
al sentimiento mas alto,
que es la opionion ofendida.
Rosa. Tened, que llevais errado
de la disculpa el camino,
porque si bien lo miramos,
teneis demasiada flema
para estar tan agraviado;
con que queda descubierto
que un vicio tan vil y baxo
como el juego, puede mas
que ese amor tan ponderado;
yo me alegro de saberlo,
para cortarle los pasos
á un afecto que ya es nada,
si ántes podia ser algo. *Vase.*
Pedro. Esperad, oid, teneos...
¡Que tenga tan malos cascos,

que todo lo eche á perder
al tiempo mas necesario!
Mucho siento su desden,
pero todavía rabio
mas por las doscientas onzas;
dóysela al mas alentado,
que las pierda, y se posea
nadie en el género humano.

Salen Don Luis, y Don Matías con escopeta.

Mat. Hasta ahora no me habia
dicho este gran mentecato,
qué os hallabais vos aquí:
¿ea, salimos al campo?

Pedro. ¿Estais en vuestro juicio?
¿no veis que está diluviando?

Mat. ¿Y qué importa?

Pedro. La salud
vuestra, que yo aprecio tanto:
mañana, queriendo Dios,
si está el tiempo sosegado,
al soto del Arzobispo
nos irémos muy temprano,
(que yo sacaré el permiso)
y cazarémos despacio.

Mat. Y no volveré contento,

si cien tiros no disparo;
á propósito de tiros,
siempre Don Pedro he notado
la diversidad que todos
usan en manifestarlos.

Pedro. Yo no os entiendo.

Mat. Atended:
Está un cazador pintando
un buen dia que ha tenido,
y dice: salí volando,
La accion con los versos.
y ántes de llegar al puesto
una perdiz como un pavo
me salió: *trum*, y cayó:
llegué al sitio, y entrando
arranca un conejo: *paf*,
y quedó pataleando:
luego saltó una gran liebre
á mas de quarenta pasos;
pero: *zas*, cayó redonda:
al atravesar un alto
salió una zorra; y yo *plum*,
y le sembré todo el rabo
de perdigones loberos;
pero escapó como un gamo:
iba cayendo la tarde,

y de entre unos juncos altos
salió una parda cerceta,
disparada como un rayo;
apunto y *craq*, no dió lumbre,
y me retiré cansado
de haber corrido seis leguas
monte arriba, y monte abaxo.

Pedro. Es decir, que los que cazan
usan ciertos dicharachos,
con que de su inclinacion
manifiestan el encanto...
¿pero Don Luis tan absorto
y silencioso?

Durante estos versos y los siguientes, D. Matías se acerca á la mesa, y tomando uno de los vales sin reparar lo rompe, y acomoda un pequeño pedazo doblado entre el rastrillo y fogon.

Mat. Dexadlo,
que está lleno de manías:
no sé por qué ahora ha dado
en querer irse á Alcalá.

Pedro. Para mi intencion no es malo: *Aparte.*
tendrá muy graves motivos
si en su prudencia reparo.

Luis. El procurar mi salud

solamente ha ocasionado
mi resolucion.
Pedro. Y es justa.
Mat. Si cazára, como cazo,
eso que es hipocondría
se le quitára sudando:
ya está enforma la escopeta.
Pedro. ¿Qué famosa de dos caños
vendian ayer?
Mat. ¿En dónde?
Pedro. En casa de un Escribano
amigo mio: ¡qué hermosa!
Toda formada de cascos
de herraduras, y la llave
primorosa, de la mano
de Josterhapsén.
Mat. ¿De quién?
Pedro. De Josterhapsén.
Mat. Extraño
nombre.
Pedro. Es de un Aleman,
el mas célebre de quantos
han fabricado escopetas;
yo me hallaba por acaso
sin dinero, que sino,
sin duda alguna la traigo

para vos.
Mat. ¿Quánto pedian?
Pedro. Treinta doblones.
Mat. Pues vamos
á mi quarto, y al momento
los llevaréis de contado;
de Josterhapsén: el nombre *Aparte.*
es bien duro y revesado;
si así fuere la escopeta
no puede valer un quarto. *Vase.*
Pedro. Ya cayó el pez, ya hay dinero;
trampa adelante, y andallo:
¿á dónde iré yo á buscar
escopeta de dos caños?
Mas no faltará un enredo
con que poder remediarlo. *Vase.*
Luis. Gracias á Dios que se fuéron;
y pues que solo me hallo,
ahora corazon mio,
tierno como enamorado,
gime, siente, llora, sufre,
iras, penas, males, daños:
mas si Fulgencia no sabe
la verdad con que la amo,
y con el silencio encubro
el bolcan en que me abraso;

¿por qué me quejo? Tal vez
admitiera con agrado
las ansias que la dedico,
á atreverme temerario
á explicarla los afectos
de su hechizo soberano;
pero un hombre sin fortuna,
de méritos despojado,
de la suerte desvalido,
¿cómo ha de volar tan alto?
Callémos, que en el que ama
objeto tan soberano,
sino es locura sentirlo,
es delito el publicarlo:
pero crece la pasion
con la vista, alimentando
especies que tal vez pueden
ser precipicio del labio;
huyendo se vence amor:
¿mas de qué sirve, llevando
atravesada la flecha
el querer huir del arco?
Pero la ausencia conviene,
que si del dolor no sano,
sanaré de la ocasion,
que es poderoso contrario:

huyendo iré de mí mismo
mañana quando el sol claro
amanezca de la aurora
entre los cándidos brazos;
huyendo iré de mí mismo,
de mi Fulgencia... ¡O extraño
poder de amor, ser la muerte
remedio de un desdichado!
¿Porque qué muerte mayor
que vivir ausente amando?
¿Y yo podré resistirlo?
¿Yo sin verla? Cielos santos,
esto es desesperacion,
que á resistirla no basto;
yo me muero, yo fallezco;
no es esto amor, es un rayo
que el corazon me traspasa:
piedad, piedad que me abraso;
pero está el alivio léjos,
tanto como cerca el daño.

Sale Fulgencia.

Fulg. Pues Don Luis, ¿de qué dais voces,
tan inquieto y alterado?
¿qué os ha sucedido?

Luis. Esto. *Aparte.*
faltaba á mis sobresaltos.

Fulg. ¿No me respondeis? Creí
que podia con vos algo;
mas veo...
Luis. No prosigais,
que podeis conmigo tanto...
Fulg. ¿Qué? ¿no merezco saber
lo que os obliga á tan raros
extremos? Pues es bastante.
Luis. Perdonad, que delirando
con mi fantasía estaba,
y no se puede hacer caso
de un ciego acoloramiento,
efecto de un mal tirano,
que es forzoso padecerlo
sin poder manifestarlo.
Fulg. ¿Pues qué os duele?
Luis. El corazon.
Fulg. Lo tendréis muy delicado:
¿y os duele mucho?
Luis. A mi muerte
voy aprisa caminando.
Fulg. ¿Sabeis la causa?
Luis. La sé.
Fulg. Decidla, por ver si hallamos
remedio.
Luis. No puede haberle.

Fulg. ¿Ni aun la causa penetrando?
Luis. Es que no puedo decirla.
Fulg. ¿Quién lo estorba?
Luis. Un desengaño.
Fulg. ¿De qué?
Luis. De que es incurable;
y por si mi vida acabo
brevemente, y excusar
del sentimiento los grados
á los que morir me viesen,
á Alcalá mañana parto.
Fulg. Corazon mio, al remedio *Aparte.*
que esto se pone muy malo.
No os vais, y creedme, primo.
Luis. ¿Y por qué?
Fulg. Porque he notado
en vos ciertos accidentes
que estan todos declarando
vuestro mal.
Luis. ¿Le conoceis?
Fulg. Vos estais enamorado,
¿no es verdad? Vaya, decidlo;
primos somos: confiadlo,
que no es delito el amar,
los límites observando
de la razon y el decoro:

decid, ¿me habré equivocado?
Luis. No señora.
Fulg. Resta ahora
saber quién es la que tanto
amais, que será un prodigio,
si por los efectos saco
la causa: vaya, ¿quién es?
Luis. Perdonadme si lo callo.
Fulg. ¿Por qué?
Luis. Porque es un objeto
á que aspirar es en vano;
y para no conseguirlo,
está demas publicarlo.
Fulg. ¿Y ella sabe que la amais?
Luis. Yo no he sido tan osado
que se lo haya dicho.
Fulg. ¿Cómo?
Luis. Media un infinito espacio
entre los dos.
Fulg. Noble sois.
Luis. Sí; pero muy desgraciado.
Fulg. La fortuna se corrige.
Luis. La mia no.
Fulg. Habladme claro:
¿conozco yo á la que amais?
Luis. ¿Qué espero que no declaro *Aparte.*

mi mal? ¿Qué ocasion mejor?
Fulg. Todavía está reacio:
mucho ama quien tanto teme;
yo procuraré obligarlo.
La conozco yo, decid,
que si fuere necesario
sacrificar mi fortuna
toda entera, yo me allano
por veros á vos contento
á hacerlo con gusto tanto,
como si yo misma fuera
la que vos estais amando:
que os quiero mas que pensais.
Luis. No hagais el dolor que paso
mas cruel: Fulgencia hermosa,
ni precipiteis mis labios,
á que de vuestro decoro...
¡Qué iba á decir, cielo santo!
Fulg. El hombre entraba en camino; *Aparte.*
pero se quedó atascado:
qué duro es de boca. En fin,
¿tan poco con vos alcanzo,
que no me haceis confianza
de vuestro amor?
Luis. Mas que agravio
es fineza.

Fulg. No os entiendo.
Luis. Harto digo en lo que callo.
Fulg. Si os obstinais, adelante:
yo ya he cumplido con quanto
era de mi obligacion;
mas quiero dar otro paso
hácia vuestro bien, diciendo
unos versos que á un estado
como el vuestro hizo un amigo.
Luis. Ya los espero.
Fulg. Escucharlos.

Hombre que su inclinacion
recata de una muger,
ó no la teme perder,
ó es de poco corazon:
no hay ninguna que al blason
no aspire de ser amada;
pero por enamorada
y ciega que llegue á estar,
nunca quiere adivinar,
sino ser adivinada.

Como en el crisol el oro
mas sus quilates explica,
la muger se sacrifica
en el fuego del decoro:
guardar debe este tesoro

con cuidados vigilantes;
pero los hombres amantes
aunque hallen un desengaño,
dicen: tal dia hará un año,
y se quedan como ántes.

Consigo mismo es tirano
quien su enfermedad oculta,
y el remedio dificulta
que pudo dexarle sano:
no hay tan hábil diestra mano,
que libertar pueda vida
que está á morir decidida,
por diligencias que haga;
que sin enseñar la llaga
nunca se cura la herida.

Todo lo iguala el amor,
que es rapaz muy atrevido;
pero castiga un descuido
con muchísimo rigor:
quien padezca su dolor,
en declararse no tarde;
haga de su aliento alarde,
que en ocasion oportuna,
la muger ni la fortuua
no quieren hombre cobarde. *Vase.*

Luis. Oid, esperad... ¡ó cielos!

¿qué mas claro, qué mas claro
se ha de explicar? Corazon,
dílatate en el espacio
de mi dolorido pecho:
¡ó Fulgencia! ¡ó dueño amado
de mi vida! No hay ausencia:
á morir entre los rayos
de tus bellísimos ojos
me quedaré, y de tu blanco
pie, besaré las estampas;
y aun con todo esto no pago
la dulcísima esperanza
que me lisonjea tanto:
¡ó amor! ¡ó prima querida!
sedme favorables ambos;
y seré del númen ciego
el mas venturoso esclavo.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion: habrá unas sillas.

Don Matías y Don Gerónimo.

Gerón. Pues Don Pedro y Don Francisco
despues de comer se fuéron;
en tanto que los muchachos
divirtiéndose allá dentro,
cantan ó baylan, ó hacen
lo que hicimos en su tiempo,
quisiera contigo ahora
hablar un rato de sério.
Mat. Pues vamos allá: comienza. *Se sientan.*
Gerón. Pero no has de ser molesto,
ni te has de enfadar.
Mat. ¿Por qué?
Gerón. Como tienes ese genio
tan raro y tan cosquilloso.
Mat. Pues hombre, el tuyo es muy bueno
ciertamente: pero al caso.
Gerón. Pues escucha.
Mat. Estoy atento.
Gerón. Esta muchacha... Fulgencia,
ha enviudado en lo mas bello

de su edad; por consiguiente
es su estado el mas expuesto:
es gallarda, y tanto que
pudiera su talle y cuerpo
en qualesquiera Academia
servir muy bien de modelo,
aunque el mismo Apeles fuera...

Mat. ¡Qué Apeles, ni niño muerto!
¿Ya te vas de tu manía
al delirio sempiterno?
Al caso, señor, al caso;
porque lo que estás diciendo,
es lo mismo que el entrar
cazando por un viñedo,
y en vez de una perdiz gorda,
saltar un flaco mochuelo.

Gerón. ¿Y eso qué es, señor?

Mat. Esto es
lo mismo que esotro.

Gerón. ¡Bueno!
¿y yo he de ser el paciente?

Mat. O me marcho, ó acabémos.

Gerón. Digo, pues, que á esta muchacha
casarla será bienhecho:
y Don Francisco de Vargas
queria fuese su dueño.

Mat. Pues quieres mal.
Gerón. ¿Por qué causa?
Mat. Porque yo tengo dispuesto
el dársela por muger
á su amigo y compañero
Don Pedro.
Gerón. ¡Famosa idéa!
en verdad, ¡gran pensamiento!
¡Buena va la diferencia
de Don Francisco á Don Pedro!
Don Francisco es todo un hombre.
Mat. Don Pedro es un hombre entero.
Gerón. Ese es un chis garavís,
atolondrado y sin seso.
Mat. El otro es un mariquita,
encanijado y enteco.
Gerón. Aquel es hombre profundo,
y dotado de talento:
¡qué bellamente dibuxa!
Mat. Con que me dibuxe nietos,
y á tí te pinte sobrinos,
Don Pedro, estaré contento;
porque no ha de ser letrado
el que marco para yerno.
Gerón. Eso es por contradecirme
nada mas: si lo estoy viendo:

á Don Francisco eligieras,
si yo eligiera á Don Pedro.
Mat. Podría ser.
Se levantan y pasean opuestamente, parándose de quando en quando á decirse algunas razones.
Gerón. Pues podrá
no ser lo que estás creyendo.
Mat. No faltaba otra miseria.
Gerón. Debieras mas miramiento
tener á que soy mayor:
pero no me importa un bledo;
se casará la muchacha.
Mat. ¿Quién lo duda? con Don Pedro.
Gerón. No señor: con Don Francisco,
aunque le pese al infierno.
Mat. Con quien yo quiera será,
y no hablémos mas en ello.
Gerón. Primero rebentaría.
Mat. Yo me ahogaría primero.
Gerón. Hay para patear el gorro.
Mat. El hombre pasa de terco.
Gerón. Soy su tio, y se ha de hacer.
Mat. Soy su padre, y yo no quiero.
Gerón. Pero hombre, atiende á razones;
pues para el caso es lo mesmo,

dexa que con Don Francisco
case Fulgencia, y casémos
con Don Pedro á la Rosita.

Mat. Si tú quieres que troquemos
las parejas, vaya en gracia:
lo demas no lo consiento.

Gerón. ¡Qué cabeza para yunque!

Mat. ¡Qué maldito para suegro!

Gerón. ¿Con que no hay remedio?

Mat. No.

Gerón. Pues señor, si ha se ser eso,
no quiero vivir esclavo
de los caprichos agenos:
venga luego un Escribano,
los bienes dividirémos;
y pues por mayor quedé
mejorado en quinto y tercio,
quédate tú con lo tuyo;
que de lo mio heredero
haré á Don Luis, que tendrá
mayor agradecimiento;
y es tambien como tus hijas
mi sobrino.

Mat. Malo es esto. *Aparte.*
Pero hombre...

Gerón. Pero zambomba.

Mat. Para que veas que tengo
gana de condescender
contigo, me ocurre un medio
fácil de que se conformen
pareceres tan opuestos.
Gerón. ¿Y quál es?
Mat. Venga Fulgencia,
y elija ella al que de ellos
le pareciere mejor.
Gerón. Me acomoda; estoy contento.
Mat. ¡Ola!

Sale un Criado.

Criado. Señor, ¿qué mandais?
Mat. A Fulgencia, que la espero
al instante. *Vase el Criado.*
Gerón. Ella que tiene
tan fino discernimiento
preferirá á Don Francisco,
no tengo el menor rezelo.
Mat. En sabiendo que es mi gusto
que se case con Don Pedro,
le elegirá sin que pueda
dudar siquiera un momento.

Sale Fulgencia.

Fulg. ¿Me han dicho que me llamais?
¿En qué puedo obedeceros?

Mat. Poca cosa: á dos palabras
está reducido el cuento:
rica, hermosa, jóven, viuda,
es estado muy expuesto;
tu tio quiere sobrinos,
yo tambien quisiera nietos:
es decir, que á que te cases
conspiran nuestros deseos;
para lograr este fin,
dos novios te proponémos:
prefiere éste á Don Francisco,
y yo á Don Pedro me atengo;
cada qual es como el otro,
ya conoces nuestros genios,
elige al que tú quisieres,
y no tengamos mas pleytos.

Fulg. La proposicion es rara:
el modo de hacerla encuentro
que es bien extraño; con todo,
parece que satisfechos
quedaréis con tal que yo
me decida.

Los dos. Desde luego.

Fulg. Pues oidme, y á ninguno
veréis que desobedezco.
El marido que yo tome,

si es que casarme resuelvo,
no ha de haber querido á otra:
que sería desacuerdo
de otras cenizas difuntas
venir yo á soplar el fuego:
además he de tener
exâcto conocimiento
de su moral: no hay un hombre
que no tenga algun siniestro;
los hay leves, y otros que
no pueden ser llevaderos;
y para no tolerarlos
mejor es no recogerlos:
sin el trato es imposible
conocer á los sugetos;
y una prision de por vida
no hay para que la fiemos
al capricho de la suerte,
que no tiene entendimiento;
y aun quiera Dios que con él
no se encuentre el desacierto:
si yerro, por mi eleccion
quiero errar; y desde luego
á qualquiera que me engañe
de culpa y pena le absuelvo:
todo el mundo, como dicen,

tiene su flaco; y es cierto
que el que llega á descubrirle
conquista qualquiera afecto;
que á brecha abierta no hay plaza
que resista mucho tiempo:
dígolo porque los dos
novios que me habeis propuesto,
(dexando aparte si son
ricos ó pobres, plebeyos
ó nobles, pues os supongo
informados de todo esto)
á entrambos se os han entrado
por el flaco descubierto:
el uno adula al que pinta,
y el otro al que caza; pero
yo que ni cazo, ni pinto,
tan poco caso hago de ellos,
que solamente me deben
políticos cumplimientos,
que aun sin pasar de civiles
no dexan de ser bien frescos:
ninguno de ellos me gusta,
y á la suerte lo agradezco;
pues no queriendo á ninguno,
os dexo á los dos bien puestos.

Gerón. Don Francisco Vargas es

un hombre en todo completo
por sus prendas personales;
y en quanto á lo caballero,
he visto su executoria,
y tiene entre otros trofeos,
en uno de sus quarteles
dibuxado un cuervo negro.

Mat. Desde que soy cazador
ningun cuervo blanco he muerto.

Gerón. Esas son bachillerías
de estómago: ¿habrá tal necio?
Digo que entre otras divisas
tiene dibuxado un cuervo,
que á una cabeza de un moro
le está picando los sesos,
con tal expresion, que al ver
como el animal sangriento
contra la pobre cabeza
vibra el pico carnicero,
y las cortadoras uñas,
parece que está uno oyendo
quejarse de pena al moro,
y graznar de gusto al cuervo.

Mat. Todo en el mundo es fortuna:
si yo por desgracia llego,
y á ese cuervo que al artista

serviría de modelo,
le doy un escopetazo,
le hago polvo sin remedio,
y se llevan mil demonios
un blason tan estupendo.

Gerón. Esto ya es inaguantable.

En acto de irse, y le detiene el Mayordomo que sale.

Mayord. Señor, que me oigais os ruego.

Gerón. Vamos, despacha, ¿qué quieres?

Mayord. Por aquellos vales vengo
que os envié con Don Luis,
y ahora vienen por ellos.

Gerón. De firmarlos me olvidé;
mas pues hay pluma y tintero

Se sienta para firmar.

ahora lo haré, que aquí
los dexé... ¿pero qué veo?
si este solo es medio vale.
¿Qué diablos puede ser esto?

Fulg. Que el cuervo de aquel escudo
tragaría el otro medio,
pues la cabeza del moro
no le dexó satisfecho.

Gerón. ¿Quién ha entrado aquí?

Mat. Ninguno.

Yo soy un bárbaro, y tengo
la culpa sin duda alguna,
pues como estaba lloviendo,
y no podia salir,
para que estuviese seco
el fogon, ponerle quise
un pápel, y sin acuerdo
cogí de esa mesa uno,
y le rompí para ello.

Gerón. ¿Y esto se ha de tolerar?

Mat. Si ya no tiene remedio.
Yo lo supliré.

Gerón. ¡Paciencia!
por Dios santo... ¿otra te pego?
El otro vale parece
que ha salido del infierno
segun está de tiznado:
tambien yo soy un jumento,
por pintar una figura
de ese quadro con acierto,
hice el borron sobre el vale,
y queda inservible.

Mat. ¡Bueno!
¿Y esto se ha de tolerar?

Gerón. Pues tú, ¿qué pierdes en eso?
Ven, y te daré otro vale. *Vase.*

Mat. Yo tambien: este Don Pedro
no me traxo la escopeta,
y hasta verla estoy inquieto. *Vase.*

Sale Don Luis.

Luis. Esperando á veros sola
he estado, hermoso dueño,
para explicaros las ansias
amorosas que padezco.

Fulgencia mira á todas partes.

¿Pero que es lo qué mirais?

Fulg. Estoy mirando, si veo
á quien podais dirigir
esos amantes acentos,
porque son en vos extraños,
y para mi oído nuevos.

Luis. ¿Qué es lo que me está pasando?
¡todo me ha cubierto un yelo!
Pues vos, señora...

Fulg. Adelante:
proseguid.

Luis. Os tengo miedo.

Fulg. Pues tan horrorosa soy.

Luis. Antes bien sois el portento.

Fulg. ¿De qué?

Luis. De mis confusiones.

Fulg. Explicadlas.

Luis. No me atrevo.
Fulg. ¿Por qué?
Luis. Porque os desconozco.
Fugl. ¿Tan otra soy?
Luis. No os encuentro
la misma yo.
Fulg. ¿Por qué causa?
Luis. Veré si explicarla puedo:
en tempestuosa noche
se extravía el pasagero,
y por las sombras confusas
rige los pasos inciertos,
quando vé á la luz amiga
de un relámpago, un sendero
que sigue muy confiado;
y quando lo piensa ménos,
en un precipicio horrible
encuentra su fin funesto:
corre la nave ligera
por el océano inmenso,
agitada de las olas,
combatida de los vientos,
quando desde la alta cofa,
tierra anuncia el marinero;
y alegremente saluda
el apetecido puerto;

pero turva su alegría,
pirata enemigo leño,
que se interpone, la embiste,
y la lleva á sangre y fuego:
dos símiles de mi suerte
desdichada os he propuesto;
para aplicarlos os sobra
demasiado entendimiento;
y permitid que me ausente
para no volver á veros.

Fulg. Oid, no os vais: ¡pobrecillo!
¡cómo está! le compadezco.
Si el que se perdió en la noche
de aquel temporal tan recio,
se hubiese arrimado á un árbol,
la tolerancia oponiendo
á la tempestad, no habría
seguido el fatal sendero,
excusando el precipicio
á favor del sufrimiento.
Si la combatida nave
no tuvo bastante aliento
para vencer al pirata,
ó resistirle á lo ménos,
no se queje de la suerte,
sino de su poco esfuerzo,

porque el valor crecer debe
á proporcion de los riesgos:
y en fin, ¿de qué sirve andar
con todos esos rodeos?
Vos estais enamorado:
¿no es verdad?

Luis. Yo lo confieso.

Fulg. Os dixe que declaraseis
vuestra pasion á su objeto.

Luis. ¿Pues por qué extrañais, señora,
que siga vuestros consejos?

Fulg. ¿Luego yo soy la dichosa?

Luis. Si lo sentís...

Fulg. No por cierto:
no soy yo de las mugeres
que hacen asco á los requiebros,
y quando no se los dicen,
de rabia fruncen el gesto;
ni de las tontas que tienen
buena cara y lindo cuerpo,
y en el vulgo de las feas
se estan contando y metiendo,
porque las llamen hermosas;
no tengo yo estos defectos,
ni otros muchos: bien conozco
que alguna cosa merezco:

lo que no conozco es,
cómo Don Luis habeis hecho,
viviendo juntos los dos,
para aguantar tanto tiempo,
la insoportable pesada
dura carga de un silencio.

Luis. ¿Cómo podia atreverse
á declararos su afecto,
el que solo tiene una
alma fina que ofreceros?

Fulg. ¿Una alma fina? Ahí es nada:
¿se encuentra por el dinero?
Una alma fina es alhaja
muy comun en ambos sexôs;
todos dicen que la tienen,
todos de ella alarde hacemos;
pero si hubiera contraste
que exâminára su precio,
¡en qué pocas se verían
marcas de merecimiento!
Mas séalo, ó no, la vuestra,
porque en eso no me meto,
y yo jamas á los hombres
los registré tan adentro:
¿es acaso algun pecado
pretender con fin honesto

á una dama, y declararla
su atrevido pensamiento?
¿Perdiais algo en el trato?
¿Qué aventurabais en ello?
Lo que el que da un memorial
solicitando algun puesto:
medio pliego de papel,
y media hora de tiempo;
si pega, llegó la hora;
y si no, se queda fresco.
Don Luis, si á los que nos dicen
sus amorosos deseos,
hubiéramos de sacar
los ojos por el exceso,
pronto quedaría el mundo
hecho un hospital de ciegos.

Luis. Pues pensais de esa manera,
y sabeis mis pensamientos,
decidid de mi destino;
esto solamente espero.

Fulg. Exâminarle conviene *Aparte.*
en el crisol de los zelos,
para conocer á fondo
los quilates de su afecto.

Luis. ¿No me respondeis, señora?

¿Ni un desengaño os merezco?

Fulg. ¿Y pudierais tolerarle?

Luis. Sabría morir al ménos.

Fulg. Ved lo que es el ser corbarde;
pues ha muy pocos momentos
que acaso hubiera premiado
de vuestro amor los extremos;
y ahora...

Luis. ¿Ya es imposible?

Fulg. ¿Qué pensais de los consejos
de un padre y un tio, á quienes
mi vida y fortuna debo?

Luis. Que debeis en todo quanto
pudiéreis obedecerlos.

Fulg. Estimo infinitamente
que me aconsejeis tan cuerdo;
pero os habeis sentenciado.

Luis. ¿Cómo?

Fulg. Como me han propuesto
que elija para mi esposo
á Don Francisco ó Don Pedro.

Luis. ¡Qué esto escucho! A Dios, señora.

Fulg. ¿A dónde vais? Deteneos.
¿qué intentais?

Luis. Morir, morir

á fuerza de un sentimiento,
que es imposible explicarlo
siendo fuerza el padecerlo.

Fulg. Muy precipitado sois.

Luis. No hay desesperados cuerdos.

Fulg. ¿Pues qué os quedaba que hacer
al verme en brazos agenos?

Luis. ¿Y sería yo tan vil,
que me aventurase á verlo?

Fulg. ¿Pues por ventura teneis
á mi mano algun derecho?

Luis. A tenerle, ¿se atreviera
nadie á miraros, ni á veros?

Fulg. Malo erais para casado;
fuerais zeloso en extremo.

Luis. Fuera entónces confianza
todo lo que ahora zelos.

Fulg. Las señales no lo indican.

Luis. Lo dirían los efectos.

Fulg. No estamos en ese caso.

Luis. Eso es lo que yo mas siento;
y así dexadme partir.

Fulg. ¿A dónde?

Luis. Donde ni el eco
escuche de vuestro nombre,

y me acabe mi tormento.
Fulg. Aun no estoy comprometida.
Luis. ¿Con que cabe algun remedio?
Fulg. El de los desesperados.
Luis. ¿Quál es?
Fulg. Sufrir hasta verlo.
Luis. No me expondré yo á esa pena.
Fulg. Pues procederéis muy necio:
muy poco mundo teneis;
muy novicio estais en esto
de interpretar voluntades;
y en un legista es defecto
crasísimo: ¡pobre hombre!
¡Mucha furia, y poco pecho!
Teneis la leche en los labios
todavía, y estoy viendo
que en el tribunal de amor
no ganaréis muchos pleytos. *Vase.*
Luis. Oid, esperad, señora...
¡Con qué de dudas peleo!
Esta muger para mí
es enigma que no entiendo;
ya anima, ya desespera,
ya consuela. ¿Qué de afectos
tan encontrados combaten

mi triste corazon tierno?

Sale Doña Rosa.

Rosa. Expiando la ocasion
de hallaros solo, ha gran tiempo
que estaba, querido primo.

Luis. Ved en qué serviros puedo,
que lo haré con sumo gusto.

Rosa. Decid, ¿á estos caballeros,
que presentasteis en casa
quando de Alcalá viniéron,
los conoceis muy á fondo?

Luis. ¿Muy á fondo? No por cierto:
en Alcalá cinco meses
los dos, señora, viviéron
conmigo en una posada:
este motivo, y el verlos
cortesanos en su trato,
no dados á devanéos,
como en la Universidad
acostumbran los mancebos,
dió principio á esta amistad:
vine á la corte con ellos,
y como me visitáron,
mis tios les ofreciéron
la casa; pero jamas

ha llegado el trato nuestro
á la íntima confianza.
Rosa. ¿Mas no sabeis si Don Pedro
es jugador, ó si tiene
algunos otros defectos?
Luis. No señora; y perdonad
si aquí mas no me detengo,
que me importa el retirarme.
Rosa. Id con Dios.
Luis. Guárdeos el cielo:
¡qué de confusas idéas
perturban mi entendimiento! *Vase.*
Rosa. ¡Que no halle con la verdad!
Mas demasiado la encuentro,
y yo no quiero escucharla,
porque incauta voy huyendo
del desengaño; conozco
que no merece mi afecto
Don Pedro, y la inclinacion...
Sale Don Francisco, y con él un criado que trae unos quadros.
Mas Don Francisco, ¿qué es esto?
Franc. Esta mañana no pude
satisfacer los deseos
de vuestro tio, y ahora

le traía en esos lienzos
varias cosas del Albano,
de mucho merecimiento.
A Don Gerónimo avisa
Vase el Criado.
que estoy aquí: ¿quereis verlos?
Rosa. Las pinturas bien me gustan;
mas como no las entiendo...
Franc. Ved ésta tan solo.
Rosa. ¿Y qué es?
Franc. Venus hermosa, riendo
de ver al amor picado
de una abeja.
Rosa. Con efecto,
está hermosa.
Franc. Lo estaría
mucho mas, si el pincel diestro
os hubiera á vos copiado
en su lugar.
Rosa. Agradezco
la cortesana lisonja.
Franc. Si agradeciérais mi afecto,
veriais que en mis razones
no entra el encarecimiento;
porque mi amor...

Rosa. No me hableis
nada de amores, que tengo
ya los oídos cansados
de escuchar mil rendimientos,
que la ociosidad los dicta
mas que el corazon sincero:
dos dias ha que á mi hermana
le deciais mil requiebros;
relox de repeticion
pareceis, pues segun creo,
ibais ahora á decirme
sin duda alguna lo mesmo:
andad que tan bueno sois
como vuestro compañero. *Vase.*

Franc. No va contenta la niña:
¿si nos irán descubriendo
la maula? Mas viene el tio,
paciencia, y vaya de enredo.

Sale Don Gerónimo.

Ger. ¿Con que al cabo habeis traído
los quadros? ¡Quánto lo aprecio!
veamos, hombre, veámos:
estoy loco de contento.

Enseñándole el quadro.

Franc. No es para ménos la ganga.

A ver, ¿qué tal esa Venus?

Gerón. ¡Hermosísimo prodigio!
¡Qué color! ¡Qué empastamiento!
¡Qué formas tan elegantes!
¡Qué contornos tan bien hechos!
¡Qué expresion! ¿Dónde demonios
hallasteis este portento?

Franc. Por veinte reales en la *Ap.*
calle de Jacometrezo,
en la tienda de un Chalan
que revende trastos viejos.

Gerón. ¡Bendito seais mil veces!
¡Bien empleado dinero!
Si fuese de un santo, ó santa
la pintura, sin remedio
de dia y noche tendria
trescientas velas ardiendo
continuamente delante
de esta imágen.

Dentro voces de Don Pedro y un Criado.

Dentr. Pedro. ¡Ah perverso!

Dent. Criado. Señor, por Dios.

Dent. Pedro. Morirás.

Dent. Criado. ¡Ay de mí!

Gerón. ¿Qué será esto?

Sale Don Matías con escopeta.

Mat. ¿Quién alborota la casa?
¿Son ladrones?
Gerón. Qué sabemos.
Mat. Me alegrára.
Franc. ¿Para qué?
Mat. Para disparar sobre ellos
esta escopeta, que está
cargada hace mucho tiempo.
Sale Don Pedro con dos cañones de escopeta, y una caxa rota.
¿Mas qué es lo que estoy mirando?
¿Qué ha sucedido, Don Pedro?
¿Qué aparato es ese?
Pedro. Amigo,
dexadme por Dios, que vengo
hecho un aspid: no sé cómo
de cólera no reviento.
Mat. Pero decid lo que ha sido.
Pedro. Como no pude traeros
la escopeta esta mañana,
despues de comer fuí á hacerlo;
y como está el piso malo,
á mi criado un Gallego
mas pesado que una deuda,

y mas bruto que un jumento,
se la dí para traerla,
y como no tiene tiento
para nada, resvaló;
y tropezando y cayendo
por todas las escaleras,
hizo tres mil y quinientos
pedazos, llaves y caxas:
pero no se fué riendo,
porque con este cañon
le abrí como palmo y medio
de cabeza.

Mat. ¡Bien por Dios!
Amigo, ¡bravo consuelo!
Si yo pierdo la escopeta,
que se lleven al Gallego,
y á toda su casta entera,
dos mil diablos, ¿qué provecho,
qué negocio es para mí?

Pedro. No os desconsoleis por eso.

Hablan aparte.

Gerón. Aquí ya no harémos nada:

A Don Francisco.

amigo, vamos, y adentro
sin que nadie nos estorve

los quadros registrarémos;

Recoge los quadros.

y además de eso, he de hablaros en un asunto muy sério. *Vase.*

Franc. ¿Qué podrá ser? ¿Mas qué dudo, si luego voy á saberlo? *Vase.*

Pedro. Si digo que nada importa.

Mat. De escucharlo el juicio pierdo: ¿quién diablos componer puede tan desunidos fragmentos?

Pedro. ¿Puede faltar en Madrid quien lo haga? Además de eso no faltará otra escopeta.

Mat. Ni tampoco otro Gallego que la traiga.

Pedro. ¿Pues quereis un trabuco naranjero?

Mat. ¿Y he de andar á trabucazos con las liebres y conejos? será cazar á metralla.

Sale un Criado.

Criado. ¿Señor?

Mat. Vaya, ¿qué tenemos?

Criado. La pólvora que pedisteis han traído, y el dinero

espera el hombre.

Mat. Allá voy: esperad, que pronto vuelvo.

Criado. Bastante húmeda viene.

Mat. ¿Qué ha de hacer, si está lloviendo? pero en la cocina pronto se secará al vaho del fuego. *Vanse.*

Pedro. Ya salimos con bien de ésta. ¡Lo que puede un buen ingenio! Para otra... pero se acerca Doña Fulgencia á este puesto; y valga por lo que valga, la diré dos chicoléos.

Sale Fulgencia.

Fulg. ¿No estaba mi padre aquí?

Pedro. Ahora se fué allá dentro.

Fulg. Está muy bien: Dios os guarde.

Pedro. Pero, señora, ¿tan presto la alegría de mis ojos obscureceis?

Don Luis escuchando.

Luis. ¿Con Don Pedro mi prima? ¿Qué podrá ser?

Fulg. Por quien soy, que no os entiendo.

Pedro. ¿Pues podeis dudar, señora,

de que rendido os venero?
¿Podeis dudar que á las luces
de vuestros ojos me quemo?

Sale D. Luis. Os quemaré yo la lengua,
sino moderais acentos
tan indignos: esta casa...

Fulg. ¿Quién os mete á vos en esto?

Pedro. Esta señora por mí
os ha respondido; pero
por si acaso no quedais
totalmente satisfecho,
sabed que á nadie ofender
puede un galante despejo;
y ninguno mas que yo
guarda el debido respeto
á esta casa; no lleveis
el escrúpulo á un extremo
tan ridículo; y en quanto
á lo que, si bien me acuerdo,
me dixisteis de quemarme
la lengua; sois caballero,
yo os procuraré tratar
como á tal: ya nos veremos. *Vase.*

Luis. Oid: ¿por qué dilatarlo?
No es mejor que ahora...

Fulg. Necio, *Deteniéndole.*
¿qué intentais?
Luis. Darle á entender,
que lo que he dicho sostengo;
pero yo le buscaré.
Fulg. ¿Sabeis que estoy de por medio?
Luis. Buen modo de contenerme,
es presentarme el objeto
que mas mi cólera excita.
Fulg. Luego de aquí inferirémos
que la niña, y no el respeto
de la casa, es lo que os mueve
á desfacer este entuerto.
Luis. Despues de lo que me ha dicho,
¿permitiré que creyendo
esté, si yo no le busco,
que ha sido tenerle miedo?
Fulg. ¿Y reflexîonais, señor
Don Quijote de estos tiempos,
las conseqüencias que puede
producir este suceso?
Luis. Suceda lo que suceda,
solo á mi opinion atiendo.
Fulg. ¿Y la mia no os importa?
Luis. ¿Pues en qué la compromete?

Fulg. Si reñís, se ha de saber
que por mí ha sido este duelo,
y el honor de una muger
no debe quedar expuesto
á los caprichos del vulgo,
que abultando los sucesos
á impulsos de la malicia,
aun á las sombras da cuerpo.
Luis. ¿Y por qué se ha de saber?
Fulg. Asuntos de tanto peso
¿cómo pueden ocultarse?
Y sobre todo, ¿es bien hecho
que seais vos el quejoso,
y el ofendido Don Pedro?
Luis. ¿El ofendido?
Fulg. Cabal:
pues porque, ó por pasatiempo,
ó porque le gusto yo,
que al fin, señor mio, en esto
de gustos cada qual es...
Luis. Que no prosigais os ruego,
pues no puedo tolerar
el que le esteis defendiendo.
Fulg. Yo defiendo la razon:
¿no me amais?

Luis. Con todo extremo.
Fulg. ¿Y por qué? Porque os parece
que me ha concedido el cielo
alguna prerogativa
sobre los demas, ¿no es cierto?
¿Pues por qué causa queréis
que el otro tenga diversos
los ojos, y en mí no vea
lo mismo que estais vos viendo?
Luis. ¿Luego gustais que él os ame?
Fulg. ¿Y por qué no?
Luis. El juicio pierdo.
Fulg. Si me ama, es porque cree
que tengo merecimiento,
y el favor que me dispensa
no he de tratar con desprecio:
si alguna muger os dice
que siente que algun sugeto
la quiera, sea el que fuere,
creed que miente: que en esto
de ser queridas de todos,
todas se chupan los dedos;
que al compas del sacrificio
crece tambien el incienso:
tal vez pudierais quejaros

si yo hiciese algun aprecio
de quantas galanterías
suele decirme Don Pedro,
y otros mil; pero las oigo
como tempestad de truenos,
que se escucha, y no se atiende;
hace ruido, y pasa presto.
En fin, sabeis mi intencion,
no procedais indiscreto,
y no querais conocer
quando no tenga remedio,
que es necedad no seguir
de la muger el consejo,
y de una muger que puede...
esto basta: no sois necio. *Vase.*

Luis. Esta muger me confunde;
no me parece que quedo
bien puesto, sino me aboco
con Don Pedro: mas primero
provoqué yo sus enojos,
y dixo: ya nos verémos;
templaré, pues, mi furor,
hasta que me busque él mesmo;
y con mi dama, con él,
y conmigo cumplo á un tiempo.

ACTO TERCERO.

Calle á media luz: salen Don Pedro y Don Francisco.

Pedro. Esto que te digo pasa.
Franc. ¿Que te injurió?
Pedro. ¡Friolera!
No me dixo, sino que
me quemaria la lengua.
Franc. ¿Y tú qué le contestaste?
Pedro. Me revestí de entereza;
y con enfático tono,
y mucha prosopopeya,
le dixe: ya nos verémos,
y al punto tomé la puerta.
Franc. Pero ahora ¿qué resuelves?
Pedro. ¿Quién, yo? Nada. ¿Pues qué piensas,
que yo he de sacar al otro
á reñir una pendencia,
y exponerme á que me abra
palmo y medio de cabeza,
ó que tirando el demonio
de la manta descubriera
el pastel, y me embiasen

camino de Cartagena?
Franc. Pero si todo pasó
á la vista de Fulgencia,
y callas como un casado
que vive á merced agena,
es preciso, una de dos,
ó que á la casa no vuelvas,
ó renunciar de la viuda,
pues tan mal contigo quedas.
Pedro. ¿Quedaré mejor si el otro
una estocada me espeta?
Yo que jamas he sabido
quál es mi mano derecha
para la espada, que en mí
es estorvo, y no defensa,
y estimo tanto mi cuerpo,
como única y sola prenda
que heredé de mis mayores,
(Dios en descanso los tenga)
¿por dimes y por diretes
lo expondria á contingencias?
Ya pasó ese tiempo, hijo:
allá quando las escuelas
cursábamos de Sevilla
con la turba estudiantesca,

hicimos mil travesuras,
y no ignoras que nos cuesta
bien cara la de ha tres años,
pues nos hace andar alerta:
dexémonos, pues, de historias;
á la viuda le interesa
por su opinion, como dicen,
á todo esto echarle tierra;
y á mí tambien por la mia
por lo de antaño, y por ella.

Franc. Amigo, quando los casos
imprevistos se presentan,
la gracia del hombre es
manejarlos de manera,
que salvando la opinion
se eviten las conseqüencias;
y el tuyo no me parece
que es ningun arco de Iglesia.

Pedro. Pues dime tu parecer.

Franc. Tú has de escribir una esquela
desafiando á Don Luis,
señalando, como es regla,
sitio y hora: yo seré
el portador de las nuevas;
me encontraré con madama,

y la diré si rezela
que entre Don Luis y entre tí
hay asunto de querella;
que yo estoy muy rezeloso
de hallarte con una fiera
agitacion nunca vista;
y que crecen mis sospechas
con el papel que me encargas
entregar á Don Luis. Ella
que es astuta como un diablo,
lo habrá de estorvar por fuerza;
yo me encargo de la culpa,
y tú como un héroe quedas.

Pedro. Y si ella, que es muger,
(y las hay tan indiscretas,
que se sacarán un ojo
solo porque se hable de ellas)
confiada en su primillo,
se le pone en la cabeza
que á mí me zurren el polvo,
¿en qué parará la fiesta?

Franc. No seas tan majadero,
no es muger Doña Fulgencia
de permitir que su nombre
el público traiga en lenguas.

Pedro. Dios de la mejor me libre,
por su piedad sempiterna.
Franc. Y si ella no resistiese,
¿yo tan imprudente fuera
que á Don Luis sin mas, ni mas
iría á darle la esquela?
Pedro. Pues bien, me pongo en tus manos,
quiera Dios que por bien sea:
vamos ahora á escribir
el papel, ó la pamema.
Franc. Supongo que irás allá
como siempre.
Pedro. En mi prudencia,
es excusado el aviso.
Franc. Pues alon: vamos apriesa.
Pedro. Vamos: el papel envio;
voy á la tertulia, cesa
á las diez: voy á la banca,
pierdo lo poco que resta:
mañana me descalabran,
ó me encaxan en la trena;
esto falta para que
sea la funcion completa.

La misma decoracion que al principio: salen Rosa y Fulgencia, y una criada que pone luz en una mesa, y se retira al instante.

Rosa. Triste estás.

Fulg. Te lo parece.

Rosa. Como siempre manifiestas
tan rara jovialidad,
que á todo el mundo embelesas,
un momento que te falte,
ó que reservarla quieras,
se hace extraño, y apareces
poseída de tristeza.

Fulg. Pues hija, no la conozco;
y en verdad que lo sintiera.

Rosa. ¿Por qué?

Fulg. Porque es la alegría
el alma de la belleza.

Fulg. La tuya es tal, que podia
hermosear á una fea,
que es lo peor que hay que ser
en mugeres.

Fulg. No lo creas:
¿quieres oir las ventajas
que la fealdad presenta?
Pues oye para consuelo

de las pobres que lo sean.
La muger con quien anduvo
cruel la naturaleza,
y la hizo mal parecida,
es una muralla excelsa,
á la que el vicio no asalta
ni el deshonor atropella:
no es ingrata ni arrogante,
presumida ni soberbia,
ni á los casados distrae,
ni á los mancebos altera;
no tiene enfados de niña,
ni pesadumbres de vieja;
no da zelos al marido,
ni en su calidad sospecha,
porque es mensagero libre
que corre por donde quiera;
joya que aunque la hallen todos
para su dueño la dexan;
fruta de cercado ageno
que ninguno la desea;
torre que nadie la embiste,
castillo que nadie cerca,
ciudad que nadie combate,
y pozo que nadie ciega:

es imágen soberana
que todo el mundo respeta;
es un alguacil piadoso
que en vez de prendernos, suelta:
no es la Caba para España,
ni para Troya otra Elena,
ni Dido para Cartago,
ni para Roma Lucrecia:
al contrario, la muger
que de hermosura se precia,
es humano basilisco
que mata á quantos encuentra;
el veneno de los ojos,
y del alma franca puerta
por donde el injusto amor
lanza sus mortales flechas:
es á los padres tormento
en guardarla y defenderla,
y condena á los maridos
á perpétua centinela:
es reclamo al poderoso,
escollo de la inocencia:
por ella dió Salomon
culto á deidades agenas,
y á los pies de Yole, Alcides

trocó la clava en la rueca:
por ella el discreto es necio,
la vista mayor mas ciega,
el esforzado cobarde,
y el erudito sin letras:
de esto puedes inferir,
que será cosa muy necia
que las feas desconfien
ni que blasonen las bellas;
pues en riesgos y venturas
creo que corren parejas.

Rosa. ¿Ves todo lo que me has dicho?
pues me parece quimera:
todas esas reflexîones
son muy obvias; las penetra
qualquiera muger; con todo
no nos hacen mucha fuerza;
y al fin lo que mas sentimos
es el que nos llamen feas,
injuria que absolucion
no admite de parte nuestra.

Fulg. Rosita, hablando de sério,
la hermosura verdadera
solo en la virtud consiste;
y para conservar ésta

la fealdad tiene mas
ventajas que la belleza,
pues no la arman asechanzas,
ni la buscan, ni la ruegan.
Vaya un exemplo comun:
Al reir la primavera
nace una rosa lozana,
y junto á ella una violeta;
ésta en la frondosidad
se esconde, y si se presenta,
ninguno la solicita
ni aun hace reparo en ella,
porque la rosa que brilla,
y entre las ramas descuella,
con su seductor halago
toda la atencion se lleva:
bien la cuida el jardinero,
pero tantos la rodean,
que al cabo la pobrecita
cae en manos del que llega
en ocasion oportuna,
el qual luego la desecha,
porque una vez disfrutada,
es flor como otra qualquiera:
¿y por qué no sucedió

lo mismo con la violeta?
Ocioso es el declararlo,
bien notoria es la respuesta:
la virtud que permanece,
y no cede en la pelea,
tiene mérito mayor:
¡pero qué pocas son éstas!
Sí hija mia... pero á Dios,
porque tengo en la cabeza
un duendecillo metido,
que me trae algo supensa:
cuidado que no te olvides
de la rosa y la violeta. *Vase.*

Rosa. Estas viudas aunque queden
en la edad la mas expuesta,
á toda debilidad
de nuestra humana flaqueza,
al punto que quedan libres,
cierta autoridad ostentan,
y se producen lo mismo
que un Filósofo de Grecia:
verdad es que este reparo
no cae sobre Fulgencia,
pues demas de su talento,
y aplicacion á las letras...

pero se acerca mi tio,
armémonos de paciencia.

Sale Don Gerónimo con un candil.

Gerón. Si por el candil de un sábio
muerto... yo no sé en que tierra
diéron... yo no sé qué miles
de... yo no sé qué monedas:
¡quánto dará por el mio
allá en la edad venidera
el que justamente aprecie
tan inestimable prenda!
Si fundára un mayorazgo,
esta es la alhaja primera
que en la lista de mis bienes
habia de ir por cabeza.

Cuelga el candil en el caballete, y se pone á pintar.

Rosa. Tio, pintar á estas horas,
¿no es ociosa diligencia?
¿Y con luz artificial?

Gerón. Estarás muy satisfecha
de que me has hecho un reparo,
y no es sino impertinencia:
¿la pintura y poesía
no son dos hermanas bellas?

¿Los versos hechos á moco
de candil, no se nos cuenta
que son los mejores? Pues
por natural conseqüencia
tambien serán mucho mas
acabadas y perfectas
pinturas hechas á luz
de candil ó candileja.
La pintura y la muger,
dice un refran, á la vela;
que es lo mismo que dicir,
que tienen mas excelencia
vistas con luz de artificio;
por lo qual, siendo mas buenas
á esta luz para miradas,
¿no lo han de ser para hechas?

Rosa. Hablé por boca de ganso,
confieso mi ligereza.

Gerón. Acércate á ver el quadro:
dí, ¿qué tal? Dido es aquella,
la gran Reyna de Cartago.

Rosa. Hermosa está.

Gerón. Este es Eneas.

Rosa. Muy lampiño me parece.

Gerón. Es que aun no tiene puestas

las barbas... ¿mas si será
acertado que las tenga?
¿Si se afeytaría, ó no?
¿Sabes si quando la guerra
de Troya habia barberos?

Rosa. Señor, yo no entiendo de esas
historias.

Gerón. Ni yo tampoco:
vete, y llamame á Fulgencia.

Rosa. Está bien: voy al momento. *Vase.*

Gerón. Véase qué menudencias
se necesita saber
para pintar: ¿quién dixera
que unas barbas mas ó ménos
me dexarían suspensa
la accion? dificultad es
que tiene pelos: Fulgencia
me sacará de la duda,
pues tiene instruccion completa.

Sale Don Pedro.

Pedro. Señor, señor; buenas noches.

Gerón. Yo os las deseo muy buenas.

Pedro. ¿Tanto trabajar?

Gerón. Amigo,
es preciso, el que á la eterna

fama aspira, es necesario
que no perdone tarea;
porque la inmortalidad
no es cosa de friolera.
¿Y dónde está Don Francisco?

Pedro. Yo creí que aquí estuviera.

Gerón. No lo he visto.

Pedro. Puede ser
que haya entrado por la puerta
de la otra calle, y esté
allá dentro.

Gerón. ¡Braba flema!
Quando mas lo necesito...

Pedro. Veré si está... aunque quisiera
ver ese quadro primero,
porque ya su fama vuela,
y tiene en expectacion
mas de treinta mil cabezas.

Gerón. Mas de treinta mil abrazos
por esa noticia os diera,
sino estuviese tan lleno
de aceytes y diablos: ésta,
ésta sí que es obra.

Pedro. Absorto,
y atónito estoy de verla.

Miran divertidos el quadro, y salen Fulgencia y Don Francisco.

Franc. ¿Quedais enterada?

Fulg. Sí.

Franc. Cuidado que nadie sepa,
que yo...

Fulg. Corre de mi cargo;
no temais... ¿Para qué es esta *Se llegan.*
llamada, tio?

Gerón. Ahora á pares
venís, y quando uno encuentra
alguna duda, no halla
á quien preguntarle pueda.

Franc. Dicid, pues, ¿quál es la duda?

Gerón. Hay no es nada: si al Eneas
le he de poner ó no barbas.

Fulg. Es digna de una academia.

Franc. Eso es muy claro, porque
al segundo de la Eneida,
si bien me acuerdo, Virgilio
refiere que en la tremenda
noche de Troya, entre sueños
Hector triste se presenta
á Eneas, y en las señales
con que su pintura ordena,

una es la barba asquerosa,
squalentem barbam, prueba
de que entónces la traían
las gentes de aquella tierra.

Gerón. El ingenio mas profundo
que crió naturaleza
es el vuestro, Don Francisco:
no en valde yo... pero si ésta
es muger...

Fulg. Como son todas,
sin ninguna diferencia.

Franc. Lo que yo extraño, señor,
es que esteis en esta pieza
trabajando, porque todos
entran y salen por ella,
se distrae la atencion,
la vista y pulso se alteran;
vámonos al gabinete,
y allí...

Gerón. Es justa providencia:
llevad ese caballete,
yo llevaré la paleta, *Recoge todo.*
el caxon de los colores,
los pinceles, etcetera...

Franc. Si pintais á un Cirinéo,

esta actitud es muy buena. *Vans.*

Fulg. Pues solos hemos quedado,
señor Don Pedro, quisiera
por el mio, y vuestro honor,
que me hablaseis con franqueza.

Pedro. Nunca negué la verdad.
No sé de qué color sea. *Aparte.*

Fulg. ¿Conservais resentimiento
contra mi primo?

Pedro. ¿No es fuerza?
¿Os olvidais que me dixo
me quemaría la lengua?
¿Qué hariais en mi lugar?

Fulg. Olvidar la ligereza
de un genio pundonoroso...

Pedro. Señora, si solo fueran
efectos del pundonor
sus razones, resistencia
para sufrirlas, tal vez
tendría; pero se agregan
á la injuria recibida
unas crueles sospechas,
que al furor que disimulo,
mayor alimento prestan:
bien me entendeis; sin embargo,

porque veais que respeta
con el extremo mayor
vuestra opinion mi nobleza;
en vuestras manos me pongo;
el corte que en la materia
diéreis, yo le doy por hecho;
y esta es la mayor fineza
que en vuestro obsequio hacer pueden
caballeros de mis prendas:
agradézcalo á mi miedo, *Aparte.*
no á mi amor se lo agradezca:
dadme para entrar á ver
á vuestro padre licencia.

Luis escuhando.

Fulg. Id con Dios, que agradecida
os estaré de manera.

Sale Don Luis.

Luis. Pues la que agradece tanto,
¿qué falta para que quiera?
Fulg. ¿Qué decís? que no os entiendo.
Luis. ¿Y quién habrá que os entienda,
si en vuestro pecho se incluye
el laberinto de Creta,
en donde el entendimiento
mares de sombras navega?

Fulg. ¿Estais en vos?
Luis. Oxalá
que léjos de mí estuviera,
para no ver desengaños
que hasta el alma me penetran!
¿Para qué, muger cruel,
embarazasteis mi ausencia,
dexándome ver las luces
de la esperanza aunque inciertas?
¿Es propio de una alma noble
que de sensible se precia,
fundar las satisfacciones
sobre desdichas agenas?
Dexaraisme en mi silencio;
yo habria llevado esta
pasion triste que fomento
en mi corazon secreta;
el tiempo, ó la dura muerte,
que es lo mas cierto, con ella
sin duda acabado habrian;
mas sacarme con cautela
la confesion de un amor
que ocultaba, por la inmensa
distancia que nos separa,
y abusar de la flaqueza

de mi pasion amorosa,
hasta reducirme á verla
sacrificada á un rival,
es un género de ofensa,
una especie de delito
que en perfidia degenera;
pero no se alabará
ese rival que os encuentra
tan dulce y agradecida
de conseguir lo que intenta:
por eso le defendiais,
por eso de sus finezas
deciais que eran tan solo
galanterías discretas;
pero puesto que vos misma
dais oportuna materia
á la llama que encendió
aquella injuria primera,
vive el cielo que resuelto
á una venganza sangrienta,
ó le he de quitar la vida,
ó yo he de quedar sin ella.

Fulg. Dios mio, ¡qué torbellino!
¡qué lástima de cabeza!
¿Sabeis por qué os he oido

con tantísima paciencia?
Luis. El convencimiento embarga
el exercicio á la lengua.
Fulg. No es eso, sino que os miro
como al que tiene flaqueza
de estómago, y los vapores
que á su celebro se elevan,
mil fantásticas visiones
al pobre le representan;
no es de despreciar un hombre
que un poco zeloso sea;
pero tanto como vos
el diantre que le sufriera:
lástima es no hayais nacido
en los tiempos que nos cuentan
las fábulas de Amadis,
y Don Belianis de Grecia,
para caballero andante
erais alhaja estupenda:
yo no he de satisfacer
esos zelos ó quimeras,
que soy muger que á sí propia
como es justo se respeta,
y yo debo el alma á Dios,
y nada á nadie en la tierra;

sin embargo, por muger,
ó por querida (vaya esta
lisonjilla por empeño)
¿no me haréis una fineza?

Luis. Decid. *Muy serio.*

Fulg. ¡Jesus, y qué adusto!
¿Sabeis lo que yo tan tierna
agradecia á Don Pedro?
Pues era olvidarlo todo
por mi opinion; yo quisiera
que vos hicierais lo mismo,
sin embargo de esta esquela
en que á desafio os llama,
y una rara contingencia
traxo á mi poder, que debo
decirlo así, porque sepa
que no soy muger que quiero
dexar su opinion mal puesta:
¿qué decís?

Quiere irse.

Luis. Que el cielo os guarde.

Deteniéndole.

Fulg. Oid, esperad: ¿qué intenta
vuestro temerario arrojo?

Luis. Morir, ó matar.

Fulg. Ya es esa
loca desesperacion;
quando mi opinion no os mueva,
decidme: ¿dónde aprendisteis
tan perniciosas idéas,
máxîmas tan detestables
y horrorosas?
Luis. En la escuela
del honor.
Fulg. Hombre cobarde;
pues lo es el que profesa
seguir unos sentimientos
tan contra naturaleza,
¿escuela llamais de honor
la que fieramente enseña
máxîmas tan sanguinarias
y opiniones tan perversas?
¿Quién os enseñó el horrible,
el espantoso sistema
de ó bien matar ó morir,
por una expresion ligera,
hija de un aturdimiento,
ó bien de la inconseqüencia?
Porque, no dudeis, un duelo
es una bárbara scena,

en la que el hombre el papel
mas odioso representa,
pues temerario pretende
sostener á viva fuerza
efectos de un loco orgullo,
preocupaciones ciegas,
por un crímen mas horrible
y cruel que todas ellas:
y aunque penseis que me ostento
bachilleramente necia
(bien que no son repugnantes
en las mugeres las letras)
¿quándo los hombres, que mas
enemigos nos presenta
la historia, se provocáron
del duelo á las contingencias?
¿Quándo Cayo Mario y Sila,
el grande Pompeyo y César,
y otros muchos que no cuento,
cometiéron la baxeza
de decidir cuerpo á cuerpo
sus ódios y diferencias?
¿Temeis la opinion del pueblo
sumergido en las tinieblas
de una estúpida ignorancia,

y no la de aquel que pesa
y exâmina las acciones
á la luz de la prudencia?
Por fin, pues mis reflexîones
no ablandan vuestra dureza,
apartaos de mi vista,
no esteis mas en mi presencia,
que si algun tiempo he podido
tener voluntad dispuesta
á pagar de vuestro afecto
las pretendidas finezas,
yo os aborrezco y detesto;
y primero consintiera
mi muerte, que ser esposa
de un hombre, cuya alma llena
de espíritu y de venganza,
sin compasion, sin clemencia,
en el rigor se complace,
en la crueldad se ceba,
sediento de sangre vive,
se forma falsas idéas
del honor, atropellando
la humanidad que desprecia,
es descrédito del hombre
y de la naturaleza.

Quiere irse, y la detiene.

Luis. Esperad.

Fulg. Si os vais.

Luis. Oidme.

Fulg. No puede ser.

Luis. Mis sospechas.

Fulg. Nada.

Luis. Pero...

Fulg. Ea, dexadme.

Luis. Mi respeto.

Fulg. Me molesta.

Luis. Pero atendedme.

Fulg. Es en vano.

Luis. ¿Qué me aborreces?

Fulg. De veras.

Luis. ¿De veras?

Fulg. Con toda el alma.

Luis. ¿Y mi esperanza?

Fulg. Ya es muerta.

Luis. Vive Dios...

Fulg. ¿Me amenazais?

Sale Don Matías.

Mat. Señor, ¿qué voces son estas?
Habeis quedado tan frios
como aquel que va á la espera

en una noche de invierno
á la luna descubierta:
¿qué ha habido? ¿no respondeis?
Vete, sobrino, allá fuera:
¿en qué te detienes? Marcha.

Luis. Respondo con la obediencia.
El ausentarme es preciso,
no hay remedio. ¡O noche! Vuela.

Vase.

Mat. Vaya, hija mia, ¿qué es esto?

Fulg. Esto es, que de una centella
se origina un grande incendio.

Mat. Es verdad: echando yescas
en el campo el otro dia,
se me cayó un poco de ella,
y en ménos de diez minutos
se levantó tal hoguera,
que sino acudo al remedio
con la mayor diligencia,
quarenta leguas de monte
sin duda alguna se queman.
Pero en suma, ¿qué tenemos?

Fulg. Don Pedro, por la licencia
que se le permite en casa,
con la mayor ligereza

me dixo...

Mat. Quatro requiebros,
tiros al ayre: piruetas:
fogonazos sin estar
preparada la escopeta:
prosigue.

Flug. Oyólo mi primo,
y se enojó de manera,
que estan ya para salir
desafiados.

Mat. Fulgencia,
¿qué es lo que dices? Advierte
que eso ya es cosa muy séria:
conviene no descuidarnos,
y atajar las conseqüencias:
dime tu opinon, despacha.

Fulg. Yo pienso que se pudiera...

Mat. Pronto, pronto: al caso, al caso:
no es asunto para treguas.

Sale un Criado.

Criado. Señor, el perro pachon
le ha dado una pataleta,
y el pobre está agonizando
con tanta bocaza abierta.

Mat. Maldito, ¿qué es lo que dices?

¿Y te estás con tanta flema?
Todo el Proto-Medicato
llama al punto: apriesa, apriesa:
vino, romero, aguardiente:
vamos, vamos.

Fulg. No es materia
para dexar un asunto
tan importante...

Mat. Esa es buena:
sane mi perro, y esotros
mas que vivan, ó que mueran.

Vase, y el Criado.

Fulg. ¡Que de una loca manía
arrastre tanto la fuerza!
¿De quién tomaré consejo
en ocasion tan estrecha?
Mas yo observaré á Don Luis;
puede ser que le contengan
mis reflexiones; y en fin,
quando otra cosa no pueda,
me valdré, como es razon,
de la autoridad suprema,
para que cortando el lance,
nada mi opinion padezca.
¿mi opinion? ¿y nada mas?

¿esto solo me interesa?
¿y el primo no entra á la parte?
¿no es algo en esta materia?

Suena dentro estruendo como de haberse prendido fuego á una porcion de pólvora, y de quebrarse maderas y trastos, y dichos los últimos versos de Fulgencia salen todos por diversas partes asustados, ménos un criado.

Mas válgame Dios, ¿qué es esto?
Dentro voces. ¡Socorro, cielos, clemencia!
Fulg. ¡Qué melancólicas voces!...
Gerón. ¡Qué estruendo!...
Mat. ¿Qué bulla es esta?
¿qué ha habido aquí? estoy temblando.

Sale un Criado.

Criado. No haya miedo, y valga flema,
mucho ruido y pocas nueces.
Todo es una friolera.
Gerón. ¿Pero qué ha sido?
Criado. No es nada,
nada, señores.
Mat. ¿Qué apuestas,
á que si gastas mas prosa,
te aplasto yo la cabeza?

Criad. Pues esto es, que junto al fuego
la pólvora estaba puesta
para secarse, y el diablo
que en estas cosas se mezcla,
dispuso que se prendiese:
por fortuna estaban fuera
las criadas, que asustadas
del estrépito se alteran,
y á voces...

Sale el Juez con la ronda, y luego que le ven quedan asustados Don Pedro y Don Francisco procurando ocultar sus rostros.

Juez, El cielo os guarde:
llamado de la extrañeza,
del estruendo y de las voces,
que en aquesta casa suenan;
con la justa obligacion
de mi cargo no cumpliera
sino subiese á informarme
de la causa.

Mat. Una simpleza
es todo: soy cazador,
y con grande inadvertencia
puse á secar junto al fuego

una pólvora muy buena...
Juez. Lo comprehendo. ¿Ha habido daños?
Criado. Toda la cocina queda
destruída, y las criadas
con el susto medio muertas.
Juez. Acudir á remediarlas
es la primer diligencia.
Criado. Voy: no necesitan mas
que vinagre ó agua fresca,
ó un trago de calaguala:
yo, yo basto á socorrerlas. *Vase.*
Juez. Vuestro descuido, señor,
yo castigarlo debiera:
el barrio está alborotado,
y por una contingencia
favorable y bien extraña,
no hay daños: esto me templa,
pero en adelante os pido...
mas sino mienten las señas,
conozco á estos caballeros.
Pedro. Caímos en la ratonera
sin poderlo remediar.
Franc. ¿Si habrá que comer en Ceuta?
Rosa. Parece que estan temblando.
Luis. ¡Qué demudados se muestran!

Gerón. Este es Don Pedro Avendaño.
Juez. Sea muy enhorabuena.
Gerón. Y ese Don Francisco Vargas.
Juez. De respetable nobleza
son entrambos apellidos;
pero no se honran, se afrentan
en esos hombres tan viles:
prendedlos.
Mat. Señor, en esta
casa...
Juez. En ésta, y en todas
en que la justicia encuentra
hombres perdidos é infames
que el órden social alteran,
debe asegurarse de ellos.
Luis. La equivocacion pudiera...
Juez No señor: estoy seguro:
yo esperaba con cautela
á executar su prision
luego que de aquí salieran:
el acaso del estruendo
me obligó á entrar, y á las puertas
dexé una parte de ronda
para que no se me huyeran:
ese es Francisco del Monte,

y el otro Pedro Labriega,
estudiantes en Sevilla,
quando yo de aquella Audiencia
era Ministro: se huyéron
de las vivas diligencias
que para prenderlos hice
por hombres de una perversa
vida, falsarios, taures,
y otros crímenes, que fuera
muy molesto el referirlos,
y de los que darán cuenta
y disculpa si la hallan,
quando conveniente sea.

Pedro. A Dios con la colorada.

Franc. Cayóse la casa acuestas.

Juez. El cielo os guarde, y mirad
qué peligrosa imprudencia
es el admitir las gentes
sin exámen ni reserva.

Vanse llevándoselos atados.

Mat. D. Francisco es todo un hombre.

Burlándose.

Ger. D. Pedro es hombre de prendas.

Mat. El buen Avendaño.

Gerón. El Vargas.
Fulg. Lo peor de toda esta
máquina es, que yo me quedo
en mi viudez lastimera,
y Rosa tambien sin novio.
Ros. ¿No hay mas hombres en la tierra?

A Don Luis.

Fulg. ¿Y vos iréis á la cárcel,
á concluir la pendencia?
Luis. Dexadme, que estoy sin mí.
Mat. Todo esto se concluyera
grandemente...
Gerón. ¿De qué modo?
Mat. Dando la mano Fulgencia
á Don Luis nuestro sobrino,
y todo en casa se queda.
Gerón. Un quadro de desposorios
te he de hacer por esa idéa

A Ella.

tan bien pensada. Supongo...
Fulg. Yo, hija soy de la obediencia...
Esta es mi mano, tomad,
y tened mas mundo.
Luis. Esta

será la mano que guie
mis acciones por la senda
de la vida.

Todos. Y fin dichoso
aquí la comedia tenga.

FIN.

CLEMENTINA

Y DESORMES.

COMEDIA

EN CINCO ACTOS

POR

MONSIEUR MONVEL,

Y TRADUCIDA

POR DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

MONSIEUR DE SIRVAN. *Sr. FRANCISCO BACA.*

VALVILL, hijo de Sirván. *Sr. ANTONIO PONCE.*

MONSIEUR DE FRANVAL, padre. *Señor ANTONIO PINTO.*

MONSIEUR DE FRANVAL, hijo. *Señor ANTONIO ORTIGAS.*

DESORMES, mayordomo de Monsieur Sirván. *Señor MANUEL GARCIA PARRA.*

SAN GERMAN, viejo criado de Valvill. *Señor JOSEF DIAZ CABEZUDO.*

CARLOS Y LUIS. Criados de Sirván.

CLEMENTINA. *Señora RITA LUNA.*

JULIA, muger de alguna edad, criada en casa de Monsieur Sirván. *Señora MARIA VAZQUEZ.*

UN EXENTO.

VARIOS CRIADOS.

La Scena pasa en un castillo cerca de una ciudad.

ACTO PRIMERO.

Salon decentemente adornado: puertas á los dos lados, y otra en el fondo: un buró á la derecha: varias sillas.

SCENA PRIMERA.

Desormes solo sentado junto al buró.

Desorm. ¡Qué poco juicio tengo en quanto hago! *Queda un momento apoyados los codos sobre el buró: oculta su rostro entre sus manos, y despues de un profundo suspiro dice.* No hay remedio... es preciso... Sí, Clementina; es necesario huir de tu presencia, y abandonarte para siempre. *Toma la pluma.* Continuémos... todo esto está arreglado; nada tendrán que reprehenderme... ¡pero yo!... ¡yo! *Dexa la pluma.* ¡Ah! ¡desgraciado! ¿No debias conocerte? Tú, á quien desde la cuna persigue el infortunio... ¿era propio de tí?... No, no; mi corazon se halló comprometido, arrebatado... no lo conocia entónces. Reflexîoné quando ya era tarde...

Despues de un breve silencio se levanta, y dice con viveza.

¿Tarde? todavía es tiempo de arrancarme del peligro que me rodea: todavía es tiempo de restituir, huyendo de esta casa, la paz que he desterrado de ella... y permaneciendo, ¿quál sería mi esperanza? Armar una jóven contra todos sus deberes; hacerla rebelde á las órdenes de su padre; acabar de perderme y de perderla, alimentando el error que nos habia seducido; arrancarla de los brazos paternales, y asociar su destino al de un desventurado, que á pesar de su inocencia, ha sido tratado como criminal; á quien su familia ha arrojado de su seno, su propio padre le ha desterrado léjos de su vista; sus amigos le han olvidado; y para quien el dolor se ha convertido en un sentimiento habitual... Huyamos... es una obligacion.... ¡O padre mio! ¡quánto teneis que reprenderos!

Cierra varios papeles.

Partamos: la libertad es mia... ¡y mi corazon!... ¡terrible es el sacrificio! ¡pero el honor lo hace indispensable!

SCENA II.

Julia y Desormes.

Julia. Señor Desormes, la señorita pregunta si podeis, por un breve rato, pasar á su habitacion... ¡Ah, señor!

Desorm. ¿Qué teneis, Julia?

Julia. Clementina... está desesperada... ¡Ah! su estado despedazaria vuestro corazon.

Desorm. ¡Ay!

Julia. Su padre acaba de salir de su quarto...

Desorm. ¿Y qué?...

Julia. Acaba de anunciarle la llegada de su futuro esposo: hoy mismo llegará el padre del jóven.

Desorm. Sí; esta noche; ya lo sé: son las siete; dentro de una hora estará aquí... el hijo no llegará hasta mañana.

Julia. Monsieur de Sirván ha dexado á Clementina para adelantarse á recibir su antiguo amigo... Las lágrimas de su hija, sus razones contra un enlace que detesta, sus súplicas y su desesperacion, todo ha sido inútil... murió vuestra esperanza, y solo os aguarda una eterna separacion.

Desorm. ¡Eterna! *Suspirando.*

Julia. Bien lo habia previsto... luego que conocí vuestro amor, mi discurso mil veces me ofrecia los peligros que os amenazaban. Estado, fortuna, nacimiento, todo os decia que no podiais aspirar á Clementina; todo debia armarla contra vuestra inclinacion; todo me obligaba á descubrir vuestro secreto... pero lo he guardado: la ternura con que amo á esta niña, sus lágrimas, vuestras instancias, la estimacion que me habiais inspirado y la amistad que os profeso, todo contribuyó á mi ilusion. Los dos os manteniais de vanas esperanzas, y yo abrazaba gustosa una quimera que prometia vuestra felicidad. Todo lo han destruído los accidentes; bien tarde conozco mi error; siempre lo lloraré: vos y Clementina debeis siempre denostármelo: una palabra sola os hubiera contenido sobre la orilla de un abismo que se abre baxo vuestros pies, de lo que solo mi debilidad tiene la culpa.

Desorm. Varias veces os he dicho, Julia, que mi clase no es inferior á la de Clementina. Si el destino hubiera sido ménos tenaz en perseguirme, nunca se hubiera avergonzado de ser mi

esposa... pero no puedo explicarme mas... decís muy bien... todo nos separa... padeceré mi desdicha... ¿mas no sabeis quién es el que viene á recibir su mano?

Julia. Todavía es un misterio: quanto he podido penetrar, y quanto la señorita ha podido descubrir hasta ahora, se reduce á que su prometido esposo es hijo de un Presidente del Parlamento de Grenoble.

Con viveza.

Desorm. ¿De Grenoble decís?

Aparte.

Me expongo á ser reconocido... huyamos: ya no hay que dudar en mi resolucion.

Julia. ¿Cómo?

Turbado.

Desorm. Julia... volved á vuestra señorita... decidla... que yo tendré el honor de hablarla.

Julia. ¡Ah! Señor: ¡mucho temo que las resultas de este suceso le sean funestas! ya conoceis al señor de Sirván: él ama á sus hijos; pero es violento: en el arrebato de su cólera nada conoce, nada le contiene: á la verdad sus ímpetus no son largos, pero los primeros instantes son terribles.

Desorm. Ya lo sé: es violento, pero bueno: tiene un corazon sensible... Julia... no abandoneis á Clementina, que necesita ser consolada.

Julia. Vos podeis todo sobre su corazon. Debeis á su felicidad el sacrificio de un amor que para entrambos solo puede ser un manantial eterno de pesares; habladla... representadla... pero os conozco; y pues imploro vuestra probidad, y ésta sola es de la que puedo alcanzar todo, espero que mis votos se vean realizados.

Desorm. Yo cumpliré con mi obligacion.

Vase Julia.

SCENA III.

Desormes solo: tiene los brazos cruzados, y su semblante pinta la turbacion de su alma: permanece un breve espacio inmóvil, y solo interrumpen su silencio algunos suspiros concentrados: debe haberse arrojado sobre una silla, y despues levantándose con viveza dice.

Desorm. Yo no seré testigo de la dicha de mi rival... esta idéa es espantosa... ¿Quién será el venturoso mortal que me arrebata quanto amo

y amaré hasta mi último suspiro? Grenoble es su patria... su padre le conduce aquí... ¡Mucho debe de amarle! ¡quiere hacerle feliz, pues pidiendo para él la mano de Clementina, le da por esposa la mayor perfeccion de la naturaleza! ¡Ah! ¡padre mio! ¡sin vuestra excesiva condescendencia, sin vuestra debilidad, respecto de una cruel madrastra, yo hubiera podido, como este jóven, aspirar á ser dichoso! ¡hubierais podido anticiparos á mi rival! ¡yo hubiera recibido á Clementina! ¡me hubierais dado mas que la vida, alcanzando para vuestro hijo un bien sin el qual ni tiene, ni tendrá felicidad! ¡Ah! ¡padre mio! ¡qué diferencia! ¡vos me habeis agoviado con el peso de vuestra maldicion! me habeis alejado y proscripto de vuestros ojos... ¡La desgracia es mi única herencia; y llanto y desesperacion quanto me espera! ¡Dios mio! confortadme: bien lo necesito. ¡Gran Dios! ¡no me abandoneis! Si vuestra voz penetrando mi corazon, no hubiera contenido mil veces mi brazo desesperado... ya no exîstiría: se hubieran acabado mis tormentos: ¿qué? ¿No habré recibido la vida, sino como un azote de vuestra cólera, y no me prohibis el quitármela sino para

eternizar sus amarguras?

Queda apoyado sobre la espalda de una silla, y absorto en sus reflexiones.

SCENA IV.

Desormes y Luis.

Luis. Señor Desormes, aquí estan los arrendadores que traen dinero...

Desormes no le oye, y Luis se le acerca, y le grita.

¿Señor?

Con distraccion.

Desorm. ¿Qué ocurre?

Luis. ¡Qué agitado parece!... Aquí están los arrendadores...

Agitado.

Desorm. Sí... y bien... supuesto que han llegado... haced que entren... procuraré vencer mi turbacion.

Aparte.

Luis. Este mozo, hace algun tiempo que trae revuelto el juicio...

Hace que se vá, y vuelve.

¿Sabeis si el señorito ha vuelto á casa? su padre

pregunta por él.

Siempre preocupado.

Desorm. ¿Quién? ¿Valvill, el hermano de Clementina?

Luis. Sí señor: el hermano de la señorita: ¿en qué estará pensando?

Desorm. No le he visto en toda la noche.

Luis. Como este castillo está tan cerca de la ciudad, regularmente habrá ido á ella, y volverá á tiempo de cenar...

Aparte.

Vaya: tiene desconcertado el celebro:

Acercándose á la puerta.

Entrad, señores: el señor Desormes os despachará al instante.

Entran los dos Labradores: Luis se va.

SCENA V.

Desormes y los dos Labradores.

Labr. 1. Dios os guarde, señor Desormes: seguramente os habrémos hecho esperar; pero hasta ayer no habiamos recibido vuestra carta.

Desorm. Tampoco yo, amigos mios, supe hasta ayer la necesidad que mi amo tenia de la can-

tidad que os he pedido de su parte.

Labr. 2. Aquí la traemos.

Desorm. Creo que os corresponde traer cinco mil francos.

Labr. 1. Y con los siete que á mí pertenecen y traigo, se completa la suma: bien necesitábamos alguna rebaxa, ó á lo ménos alguna espera, pues el año ha sido infeliz.

Labr. 2. Y á no ser por algunos amigos, no hubiéramos podido cumplir.

Desorm. Vivid seguros de que si en mí hubiera consistido, os habría concedido el tiempo necesario.

Labr. 1. ¡O! no lo ignoramos: sois muy bueno y compasivo: si llegais á ser rico, y poseeis tierras, serán felices los que sean vuestros colonos: os interesaréis en sus penas; distinguiréis los accidentes; conoceréis que el trabajo es siempre el mismo, que siempre nuestro sudor riega la tierra; pero que ésta engaña muchas veces nuestras esperanzas: no exîgiréis de los que la cultivan que os paguen mucho quando nada hayan cogido: seréis su padre, y ellos os llenarán de bendiciones: ¡ah! ¿por qué no se os parecen todos los poderosos?

Desorm. Os agradezco tan lisonjera pintura, que verdaderamente es el retrato de mi amo: vuestra desgracia ha sido que éste no pudiese pasar sin este dinero, del qual necesita, no para sí, sino para servir á un amigo.

Labr. 2. En este supuesto, no me queda sentimiento alguno.

Desormes, durante esta scena, ha hecho los recibos, y se los entrega.

Desorm. Tomad el recibo... sí, él es: este otro es el vuestro.

Labr. 1. Mil gracias.

Labr. 2. Hemos pagado para bastante tiempo.

Desorm. Creo que no partiréis esta noche.

Labr. 1. Está ya muy adelantado: mañana al amanecer partirémos.

Labr. 2. Pero os detenemos demasiado, y tendréis acaso mucho que hacer. A Dios, señor Desormes.

Labr. 1. No os olvideis de protegernos.

Desorm. A Dios, mis buenos amigos, pasadlo bien.

SCENA VI.

Desormes solo.

Dexa los sacos sobre el buró abierto, y despues de un breve momento de reflexion, dice.

Desorm. No: no iré á hablar á Clementina... ella ignora que debo partir esta noche... ¿pero tendría valor para encubrírselo?... lo conocería en mis ojos, en mi corazon... y su dulzura, sus lágrimas... no es posible que la hable... acabaría de perderme: esta carta la instruirá mejor que quanto yo pueda decirle; no veré su llanto, ni ella será testigo de mi desesperacion... pero alguno viene...

Mirando adentro.

¡Cielos! ella es... ¡con que todavía tendré la precision de verla!

SCENA VII.

Clementina y Desormes.

Este se adelanta á recibirla; y ella desvía el rostro para ocultarle su llanto.

Desorm. ¡Clementina! ¡gran Dios! ¡en qué estado os miro! por Dios que os sereneis, pues vuestro dolor me despedaza el corazon.

Se ha sentado.

Clem. ¡Ah, Desormes! ¡vos me abandonais, me dexais sola, y entregada á mis mortales sentimientos!... permitís que me sacrifiquen... y me habiais dicho que vuestra clase no era inferior á la mia.

Desorm. Y es cierto: mi padre ocupa un estado distinguido en una de las primeras ciudades del reyno: mi sangre es ilustre; y conocido con alguna distincion el nombre de mis abuelos... pero eso mismo me hace mas desventurado.

Clem. ¿Y por qué siempre me habeis ocultado el orígen de vuestras penas? ¿por qué no os habeis descubierto á mi padre, el qual, sin duda, os hubiera servido?

Dosorm. Me ha sido preciso callar, padecer, y no revelar un secreto, cuyo descubrimiento hubiera llenado de confusion á quien me dió el ser: una madrastra ha sido la causa de todas mis desventuras: mi padre adoraba en ella, y me sacrificó á su tranquilidad personal, sin mas motivo que algunas inconseqüencias bien disimulables en mis pocos años: mi madrastra, por adelantar un hijo, único fruto de su matrimonio, emponzoñó mi conducta á los ojos de mi padre: dióla crédito: y yo, demasiado firme para ceder á la sinrazon, defendí mi inocencia y mis derechos con demasiada energía: me supusiéron los designios mas detestables: no hubo horror que no se me imputase; y mi padre irritado por las sujestiones de su esposa, y continuamente enardecido contra mí, me desterró de su presencia, agoviándome con el peso de su maldicion.

Clem. ¡Qué padre tan cruel!

Desorm. Conocí, por especies indirectas, que trataban de aprisionarme: huyo léjos de mi patria, y despues de haber vagado largo tiempo, llego en fin á este sitio: os veo, os amo, y doy todos mis males al olvido. El estado de mayor-

domo, tan poco conforme á mi clase, se ennoblece á mis ojos, pues me acerca á vuestra hermasura. Presentado al señor de Sirván, por un antiguo militar que conocia bastante para abonarme, me recibe en su casa... y en vano he esperado del tiempo y la fortuna una mutacion que me permitiese aspirar á vuestra mano.

Clem. ¿Pero por qué no habeis procurado justificaros con vuestro padre?

Desorm. Mis cartas han sido interceptadas: las mediaciones de mis amigos infructuosas: esto me desanimó, y no hice mas tentativas: siete años ha que nada sé de mi familia, y pronto hará once que ella misma me arrojó de su seno.

Clem. ¡Desgraciado! ¡con tantas virtudes!

Desorm. Si la virtud no hallase dentro de sí misma su recompensa, ¿qué serviría el ser virtuoso? Solo vuestro dolor es un tormento que no puedo sobrellevar: ¿me perdonaréis haberos causado unos pesares?...

Clem. ¡Qué no acabarán sino quando acabe mi vida!... pero de nada os culpo.

Desorm. ¡Ah! ¡por compasion, no me hagais pedazos el corazon! ¡ah! ¡jamas, jamas podré ser vuestro!

Clem. ¿Y sois vos quien me lo decís?... ¿vos? cruel... teneis razon: repetidme que nunca seré vuestra... ¿pero qué error nos había seducido? ¿no debiamos preveerlo?... ¡Ah! de nada os acuso: mi corazon se anticipó al vuestro, y yo soy la única culpable... mi padre ha resuelto que dentro de tres dias... Desormes, yo necesito que un amigo me alargue una mano protectora: la vuestra es la que imploro: fortaleced mi razon que se extravía; sed mi protector, mi único apoyo... dadme armas contra vos mismo... yo no puedo ser vuestra: sanad mi corazon de un amor que hacia toda su ventura: hablad: en vos tengo puestas todas mis esperanzas: volvedme á mí misma: vuestra fortaleza debe ser alma de la mia.

Con el esfuerzo mas penoso.

Desorm. ¡Clementina! la ausencia, el tiempo y la reflexîon os exîmirán de unos sentimientos que convertirá hácia otro la fuerza de la obligacion: cada dia aumentará vuestros esfuerzos: conoceréis los progresos; os aplaudiréis de ellos, y la razon apresurará la victoria.

Mirándole fixamente.

Clem. Supuesto que os persuadís á que el tiempo triunfará de mi ternura, yo no dudo que él mismo apagará vuestro amor.

Desorm. ¿Yo cesar de amaros? nunca, jamas... pero me olvido... Señorita, dentro de tres dias otro tendrá derechos sobre vuestro corazon...

Con viveza.

Clem. ¡Derechos! ¿puede producirlos la fuerza?

Desorm. No: el alma es libre; pero debe sacrificar su libertad á unas obligaciones de convencion, quando en estas se interesa la dicha de la sociedad. Vencer y sujetar sus pasiones es su continuo empleo; debe y puede hacerlo. Si el empeño es penoso, es muy dulce tambien decirse uno á sí mismo: estoy rodeado de gentes, cuya felicidad consiste en mí; mucho me ha costado el adquirírsela; pero he combatido, he triunfado, son felices, y á mí me deben la felicidad que disfrutan: esto es lo que dirá Clementina viendo á su esposo, sus hijos y á su padre: se tranquilizará: se acordará de mí, y siempre con un sentimiento de estimacion.

Clem. ¡Ah! ¡amigo mio! no habeis acertado á confortarme; pues confirmando la opinion en que

os tenia, no habeis debilitado mi amor.

Desorm. Señorita...

Clem. Yo haré todo lo posible por vencerme... desespero de alcanzarlo... pero emplearé todos mis esfuerzos... mas... ¡ó Dios mio! ¿qué será de vos? ¿quál será vuestra suerte?

Desorm. El hombre honrado siempre tiene medios lícitos para preservarse de la indigencia: la guerra está encendida: ya he servido ántes; volveré á servir: bien sé que la fortuna que se adquiere por medio de las armas es lenta, y á veces mas brillante que sólida, y que el valor continuamente queda sepultado en el olvido; pero es glorioso servir á la patria, por mas que algun dia pueda argüírsele de ingrata.

Clem. Pues bien: ausentaos; huid de mí; servid á vuestra patria, pero no os expongais demasiado, pues siempre me será apreciable vuestra vida. Acordaos de Clementina, en cuya memoria viviréis eternamente... A Dios.. Desormes, á Dios... vuestra clase es igual á la mia; pudiera habernos unido un vínculo sagrado; un padre ciego y cruel os destierra, os agovia baxo el peso de su cólera... ¡Ah! ¡ya no volverémos nunca á vernos!... yo os amo, sí... yo os amo...

y en brevísimo tiempo voy á ser esposa de otro... A Dios... á Dios para siempre.

Se aleja lentamente siempre mirando á Desormes, que no la pierde de vista: ambos hacen una accion que manifiesta su desesperacion, y Clementina entra en su quarto.

SCENA VIII.

Desormes solo.

Desorm. ¡O virtud! ¡ó virtud! ¿estás ya satisfecha? ¿puede ser mas completo el sacrificio? esto es hecho; acabo de despedirme para siempre: entregaré esta carta á Julia para que se la dé á Clementina, quando yo me halle léjos de aquí... esta noche misma será... Esta es la vez postrera, ó Clementina, que oirás hablar del desdichado Desormes. Mis cuentas estan arregladas, y puedo ahora... ¿pero qué ruido?... ¿si esto será?...

Se acerca á la derecha, y mira adentro.

una silla de posta... ya no hay remedio: es el padre del que ha de ser esposo de Clementina... partamos sin dilacion... pero me olvidaba... ¡ah! huyamos, y evitemos preguntas que pudieran...

sí; mis efectos me serán devueltos... ¡Ah! ¡si la tranquilidad de mi querida estuviese asegurada!... llevaré este dinero á la caxa, y enviaré la llave al señor de Sirván quando...

SCENA IX.

Julia y Desormes.

Desorm. El Presidente acaba de apearse de la silla: este es el quarto que se le destina, y adonde acaso vendrá al momento... vos le veréis, y sabréis...

Quando entra Julia, Desormes está en pie con dos saquillos de dinero baxo el brazo, y en actitud de coger otros: luego que oye á Julia dexa caer los saquillos en el buró que estará abierto; lo empuja, y dexa la llave; y lleno de turbacion la dice lo siguiente, presentándole la carta.

Desorm. ¡O Dios! no... yo no puedo... Julia... hacedme el gusto de entregar esta carta á la señorita.

Julia. ¿De vuestra parte?

Desorm. Sí.

Julia. ¿Al instante?

Muy turbado.

Desorm. No, no... ¡ah Julia!... yo os lo pido por favor... esta noche... sí... esta noche... pero no; no se la entregueis hasta mañana.

Julia. ¿Mañana? está muy bien.

Desorm. A Dios, Julia.

Julia. Pues qué, ¿no os volverémos á ver?

Desorm. No os apartéis de ella ni un instante... Compadecedla... consoladla... nunca olvidaré las infinitas obligaciones que os debo... decidla, que jamas se apartará un momento de mi corazon... que hasta la muerte... ¡ah Julia!... á Dios... mis lágrimas os dicen demasiado... pero es forzoso... á Dios... á Dios, amable Julia.

SCENA X.

Julia sola.

Julia. ¡Ah desventurada Clementina! su llanto me ha descubierto todo... ¡y que nunca volverán á verse!

SCENA XI.

Julia y San German.

S. Germ. Julia, ¿no me diréis dónde está el se-

ñorito? Una hora hace que su padre está preguntando por él.

Julia. Yo no lo sé: ya va para muchas veces que no vuelve á casa sino muy tarde: esto no era en él regular; y yo pienso, San German, que vuestro amo jóven se extravía.

S. Germ. Si su padre lo supiera, con la dureza de su genio, habria un alboroto en la casa... no digais nada; puede que esto sea alguna travesura, efecto de sus años juveniles... qué diablos... vé aquí lo que es el no conceder á los jóvenes una prudente libertad... El exceso de severidad les es tan perjudicial como la demasiada indulgencia.

Julia. ¿Qué le quiere su padre?

S. Germ. Que parta conmigo á las cinco de la mañana, para recibir á su cuñado futuro el señor de Franval el hijo; porque al cabo ya sabemos el nombre de este esposo tanto tiempo encubierto. Un asunto de honor le precisaba á ocultarse; pero se ha compuesto, y en adelante ya es inútil todo misterio...

Una campana.

Pero suena la campana: señal de que quieren cenar: agur, Julia, hasta la vista.

Julia. A Dios, San German: voy á buscar la señorita; manejaré con la posible delicadeza su corazon sensible y desgraciado, preparándola por grados al terrible golpe que tengo de darla.

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

Clementina y Julia.

Julia. ¿Es posible que huyais de mí?

Clem. ¡Ah! dexadme... dexadme.

Julia. Todos en la mesa han conocido vuestro dolor, ¿qué juicio formarán?

Clem. ¿Qué me importan la opinion, ni los juicios?... me sacrifican, me despedazan el corazon, ¿y no me ha de ser lícito el llorar?

Julia. Pero os puede ser muy perjudicial un estado tan violento.

Clem. Muera yo... ¡ah!... muera yo de una vez.

Julia. Vivid, vivid para los que os aman: para Julia que tanto se interesa en vuestra suerte: que os ha cuidado desde vuestra infancia: que os mira como hija suya, y que por vos sacrificaria su vida. ¿No soy yo aquella á quien tan repetidas

veces dísteis el dulce nombre de madre, honrándome con este dictado desde el momento en que la muerte os arrebató la vuestra? ¿es esta la recompensa que esperaba? ¿en pago de tantos desvelos me reducís á la mas espantosa desesperacion?

Abrazándola.

Clem. ¡Mi amiga!... ¡mi tierna amiga!...

Baxando la voz, y con cierta timidez.

¿No ha cenado en casa? ¿no sabeis dónde está?

Julia. No.

Clementina debe hacer todas estas preguntas como temblando de saber lo mismo que desea.

Clem. ¿Le habeis hablado?

Julia. Sí señora.

Clem. ¿No os ha dicho á dónde iba?

Julia. No se lo he preguntado.

Clem. ¿Creeis que se habrá ausentado?

Julia. Me parece que no.

Clementina se para un poco: mira fixamente á Julia, y dice con expresion del mayor sentimiento.

¡Ah! ¡Julia! ya jamas volveré á verle.

Se arroja en los brazos de Julia, y ésta la abraza con ternura.

Julia. Señorita...

Comienza á estar fuera de sí.

Clem. Quieren que sea esposa de Franval... mañana llega... y exîgen que dentro de tres dias le siga á los altares...

Julia. Es forzoso que os resolvais á obedecer.

Resuelta.

Clem. ¡Nunca! ¡jamas! estoy desesperada...

Suave.

Desormes me habia tranquilizado... ¡la virtud tiene tanto ascendente sobre las almas que la siguen... y la mia nada tiene de que acusarse... yo no sé lo que ahora pasa en mi corazon... cada instante agrava mis pesares.

Julia. Sosegaos Clementina, y pueda la razon tener bastante imperio, á lo ménos para que...

Clementina se levanta, y dice con la mayor fuerza, y la expresion mas rápida lo siguiente.

Clem. ¿Para qué viene este Franval? ¿qué es lo que le autoriza para pedir mi mano? El amor no puede servirle de excusa: yo no le conozco: jamas me ha visto. ¿Qué derecho tiene á mi ternura? ¿mira mi consentimiento como inútil para tan sagrado vínculo? Mis sentimientos ¿no son nada para su delicadeza?... ¿Pero qué placer tan bárbaro es el oprimir un ente débil, que no tiene

mas defensa que sus ruegos y sus lágrimas? ¿por qué se ha de hacer pedazos un corazon que ya no puede enternecerse? ¿por qué llevar arrastrando hasta las aras á una desventurada, que á toda la naturaleza y al cielo pone por testigos de la violencia que hacen á su voluntad? ¿con que piensan que una muger no es sino una desgraciada víctima que se puede sacrificar sin compasion? ¿con que nada interesa á los hombres nuestra felicidad, y erigiéndose en tiranos, hemos de ser por fuerza sus esclavas?

Julia. El hijo del Señor de Franval, sin duda, no querrá abusar de la autoridad de vuestro padre, ni del apoyo que hallan en éste sus pretensiones: hay hombres generosos, y muy bien puede ser éste uno de ellos.

Algo serena.

Clem. Muy bien: me lisonjeo de que compadecerá mi desesperacion: que alcanzará de mi padre el rompimiento, ó á lo ménos la dilacion de un enlace que miro con tanto horror. Mi hermano es su íntimo amigo: él me lo acaba de decir... se conocen desde sus mas tiernos años... ¡Ay! Valvill ignoraba que me destinaban para esposa de tan tierno amigo: él hubiera empleado, sin duda,

todos los resortes de la amistad para disuadirle de esta alianza... mi hermano me servirá: yo le suplicaré: le rogaré que haga de manera que su amigo se compadezca de mi fatal destino... ¿Está todavía en la mesa?

Julia. Creo que sí; y aun me ha parecido que estaba muy triste.

Clem. ¡Mi padre es tan severo! á pesar de la bondad de su corazon y ternura para con nosotros, ¡se arrebata algunas veces tan rigurosamente!... su violencia es tan terrible, que siempre nos ha inspirado temor mas que confianza... ¡Ay! si hubiese tenido compasion de su hija; si mis lágrimas le hubieran conmovido, no me veria en el horrible estado en que me veo!. porque en efecto, mi situacion es muy funesta y espantosa. El cielo me dió un carácter naturalmente propenso á la melancolía: dotada de un corazon demasiado sensible, quantas impresiones recibe, nunca pueden borrarse. Ya me conoceis, Julia: bien veis que en mí no cabe mudanza; y que no es posible que vea con indiferencia lo que para mí fué objeto de la mas tierna inclinacion. Juzgad si es posible que olvide á Desormes: que otro ocupe su lugar en mi corazon; y si cabe en mí

á contraer el vínculo más respetable, quando me abrasa un fuego tan opuesto á sus obligaciones.

Julia. No: os hago justicia; pero ya conoceis la extension de los deberes que os imponen el título de hija, y el de esposa, del qual vais á revestiros... pero han dexado la mesa... y alguno viene á este quarto.

Clem. Mi padre es... oigo su voz... yo me estremezco... nunca su acento me ha hecho semejante impresion.

SCENA II.

Los dichos, y Monsieur de Sirvan con Monsieur de Franval, padre.

Sirv. ¿Nadie ha visto á Desormes, ni se sabe dónde está?

Julia. No señor.

A Franval.

Sirv. Es mi mayordomo: creo que no necesitais el dinero precisamente esta noche: mañana recibiréis toda la cantidad: Desormes os la entregará; pues hoy mismo habrá recibido una parte para complemento de la suma.

Franv. Nada urge, amigo mio: mañana, ó despues de mañana, es lo mismo: nada os altere: verdad es que la adquisicion de unas posesiones tan inmediatas á las vuestras me interesa; pero por unos dias mas ó ménos, no dexaré de obtenerla. ¿Qué teneis, señorita? ¿me parece que estais incomodada?

Sirv. No es nada; nada: vete á tu quarto.

Franv. Solo su aspecto inspira el mas vivo interés.

Clementina mira á su padre como fuera de sí: hace un gesto, que significa la turbacion de su juicio: se acerca á su padre, le toma la mano, se la besa, le mira, suspira, y vase con Julia.

SCENA III.

Sirvan y Franval, padre.

Franv. Muy bien decíais, amigo mio: Clementina tiene mil gracias: mi hijo es de apacible condicion; tiene bellas qualidades, hará feliz á vuestra hija, y estoy seguro de que él tambien lo será con ella.

Sirv. La mudanza de estado la amedrenta, pero

con la amabilidad de vuestro hijo se le hará soportable.

Franv. Me lisonjeo de que sabrá complacerla: precisado á ir á dar gracias al Ministro, y hacer alguna otra diligencia, no ha sido posible que viniera juntamente conmigo.

Sirv. Espero que mañana tendré la satisfaccion de abrazarlo; pero estais cansado: franqueza entera: ese es vuestro quarto: entrad á descansar.

Franv. Pues me lo permitís, usaré de una absoluta libertad.

Sirv. Aquí es: seguidme.

SCENA IV.

Los dichos, Valvill y San German.

Sirv. S. German, tomad luces.

A Valvill.

Mañana á las cinco estaréis á caballo tú y S. German: cuidado con que no haya pereza.

Valv. Os obedeceré puntualmente.

Sirv. Venid, amigo mio.

Franv. Felices noches, amado Valvill.

Valvill le hace una cortesía.

SCENA V.

Valvill solo.

Se pasea algunos instantes agitado, y luego dice.

Valv. Nada encuentro... ningun recurso se me ofrece... sin embargo, no es posible dilatar el asunto; mi palabra de honor está empeñada... ¿pero por qué fatalidad yo, que jamás tuve tan funesta pasion, me he dexado arrebatar... un momento de ociosidad... compañías que debiera evitar... ¡ah! en nosotros está el contener á los principios el vicio; pero despues del primer paso nos arrastra, nos domina, y nos impide el retroceder... si llego á salir de este abismo, jamas volveré á incurrir en semejante falta... y es preciso partir mañana... ¡ó cielos! ¿qué partido he de tomar? ¿á qué arbitrio puedo recurrir?

SCENA VI.

Valvill y San German.

Este con una luz.

S. Germ. ¿Todavía estais aquí, señor?

Valv. ¿No lo ves?

S. Germ. ¿Cómo no vais á dormir? Mañana á las cinco es preciso que marchemos.

Paseándose inquieto.

Valv. Ya lo sé.

S. Germ. ¿Qué es lo que teneis?

Valv. Nada.

S. Germ. Nada... nada... á fé que por lo regular no estais tan triste: no habeis cenado... vaya, no puede ménos: teneis alguna cosa que no quereis confiarme...

Valv. Nada tengo, hombre: yo te lo repito: estoy muy sosegado.

Siempre paseándose turbado, y hablando consigo.

Cada instante aumenta mi confusion... sin embargo es forzoso cumplir con mi palabra, ó quedar deshonrado.

Dexa prontamente la luz sobre una mesa, y se acerca á Valvill.

S. Germ. ¡Deshonrado!... ¡Señor! explicaos.

Mirando á San German con deseo y temor de explicarse, le toma la mano, y suspirando dice.

Valv. Amigo mio...

S. Germ. ¿Señor?

Valv. Me hallo en la mas terrible situacion.

S. Germ. Me estremezco al oiros... ¿pero qué os sucede? ¿habeis salido, ó teneis que salir á algun desafio? Hablad por Dios: hablad.

Valv. He jugado... y he perdido.

S. Germ. ¿Mucho?

Valv. Mil luises.

S. Germ. ¡Ah señor!

Valv. No tenia conmigo sino ciento; y el resto he perdido baxo mi palabra.

S. Germ. ¡Mil luises!... y si vuestro padre lo supiera...

Valv. ¡Ah San German!... por Dios que no me descubras... bien conoces el carácter de mi padre.

S. Germ. Yo callaré... pero él, que mira el juego como uno de los mas funestos vicios... nunca os lo perdonaria... ¿pero es posible que os atrevieseis á aventurar tan considerable cantidad? ¿está

en vuestro arbitrio satisfacerla? ¿no dependeis de un hombre severo é intratable sobre todas las locuras de la juventud?

Valv. Me hallé comprometido.. pierde uno, se obstina; y quanto mas adversa le es la fortuna, mas se empeña en contrarestarla: la esperanza de reparar la pérdida primera le arrastra y conduce á una ruina total... esto es lo que me ha pasado.

S. Germ. ¿Y habeis empeñado vuestra palabra de honor?

Valv. Y no puedo faltar á ella sin cubrirme de infamia.

S. Germ. ¿Y quién es vuestro acreedor?

Valv. Un oficial extrangero que se pone en camino á las quatro de la mañana; y á quien he prometido que ántes de las tres tendria el dinero en su casa.

S. Germ. ¿Y no hay medio de obtener alguna tregua?

Valv. ¿Cómo obtenerla de un hombre que se ausenta, de un extrangero á quien acaso no volveré á ver jamas?

S. Germ. ¿Pero dónde se ha de hallar semejante cantidad?... yo tengo como unos cien luises; es

todo quanto poseo, y os lo ofrezco con todo mi corazon.

Valv. ¡Ah! amigo mio... de nada me sirve tan corta suma.

S. Germ. Ya se vé que no.

Valv. ¡Qué será de mí!

S. Germ. En verdad, señor, que yo no hallo sino un recurso, que es hacer frente á la tempestad: todavía no estará dormido vuestro padre; entrad en su quarto, y confesadle todo.

Con mucha viveza.

Valv. ¡Cielos! ¿decírselo á mi padre? ¿y quién sabe hasta dónde le conduciria su furor?

S. Germ. ¿Pues qué habeis de hacer?

Valv. ¿Conociendo á mi padre me propones semejante resolucion? En los primeros impulsos de su cólera se arrebataria hasta los extremos mas violentos... no, no: temo demasiado su enojo.

S. Germ. Por mas que atormento mi imaginacion, nada me ofrece que os pueda sacar de tan penosa situacion.

Toda esta scena, que pasa junto al quarto de Franval, padre, se representa á media voz, y quando es preciso esforzarla, los actores deben manifestar el temor que tienen de ser escuchados.

Valv. ¡O Dios! ¡qué estado el mio tan lastimoso! si he cometido una falta ¡qué terriblemente soy castigado!

Diciendo esto se dexa caer sobre la silla colocada enfrente del buró: toca involuntariamente la llave: la mira: abre: vé los sacos del dinero: los contempla con ansia: cierra precipitadamente el buró: se aparta: vuelve; y despues de una breve pausa, dice con la mayor agitacion á San German, que todo este tiempo ha estado pensativo.

¿S. German?

S. Germ. ¿Señor?

Valv. ¿Puedo contar contigo?

S. Germ. La duda sola me ofende.

Valv. Dame palabra de que á nadie revelarás nada de lo que voy á decirte, sea lo que fuere.

S. Germ. Yo os lo prometo.

Valv. Pues escucha... tiemblo al decírtelo... en este buró hay...

Retirándose horrorizado.

S. Germ. ¡Ah señor! ¿qué es lo que pensais?

Con mucha viveza.

Valv. Escúchame ántes que me condenes; yo te lo suplico. Mi padre no abre este buró sino muy rara vez: Desormes no trabaja aquí sino por las noches: con el dinero que en él se encuentra pagaré mi deuda al oficial: partirémos inmediatamente; recibirémos al jóven Franval, á quien haré relacion del caso: acaba de heredar los bienes de su madre: el designio que tiene de fixarse aquí, y la adquisicion que cuenta hacer en estas proxîmidades, segun nos ha dicho su padre, es fuerza le precisen á traer consigo el dinero suficiente: es demasiado amigo mio para negarme quanto necesite en situacion tan urgente: estoy seguro de que me dará quanto quiera: volveré á poner la cantidad en el buró mañana despues de comer, y quedará el caso oculto y remediado.

S. Germ. Jamas consentiré en ello... os debierais avergonzar solo de pensarlo.

Valv. Pero la estrechez en que me veo, y la severidad de mi padre, parece que me disculpan.

S. Germ. No señor; nada puede justificaros: hi-

císteis mal en dar vuestra palabra; no debíais hacerlo... un hombre honrado jamas empeña su palabra de honor, si no está seguro de cumplirla; os hallais en este caso: habeis hecho mal, malísimamente.

Valv. Convengo en ello; pero ya no hay otro remedio.

S. Germ. Haced lo que quisiereis: yo me voy: de ningun modo seré vuestro cómplice; soy un miserable criado, pero muy hombre de bien.

Hace que se va.

Deteniéndole.

Valv. S. German: amigo mio: no me abandones.

S. Germ. No señor: de ningun modo: sois muy dueño de vuestras acciones; pero yo no os ayudaré, ántes bien voy á avisar á vuestro padre.

Con mucho fuego.

Valv. S. German... guárdate de reducirme á una desesperacion... tiembla.., soy capaz de...

S. Germ. Matadme... sois dueño de hacerlo... matadme... pero nunca me obligaréis á envilecerme.

Valv. Si me descubres... no temas por tu vida: no soy un monstruo; pero soy un hombre perdido, desesperado... si me vendieses... ¡ó Dios! tiem-

bla... no respondo de mí... soy capaz de arrojarme al mayor extremo... tendrias que acusarte de mi muerte.

Espantado.

S. Germ. ¡O cielos!... ¡ah!... Señor, señor... ¿qué es lo que os atreveis á pronunciar?

Valv. El tiempo vuela... la noche se adelanta... puedes salvarme ó perderme.

S. Germ. Vedme á vuestros pies: señor mio... mi amado señor: por quantos desvelos y fatigas me ha costado vuestra infancia, os ruego que tengais compasion de vos mismo: mirad que os perdeis, y os deshonrais.

Dando un paso para salir.

Valv. ¿No quieres?...

Levantando la voz, y siempre de rodillas.

S. Germ. ¡Mi querido señor!...

Valv. Calla... calla... si levantas la voz, adelantarás mi perdicion.

Del mismo modo.

S. Germ. ¡Mi amado señor!...

Desprendiéndose de S. German.

Valv. Déxame.

S. Germ. ¿A dónde vais?

Valv. A que la muerte me preserve del crímen que me rodea.

Abrazando por el cuerpo á Valvill, y sollozando.

S. Germ. ¡O Dios! pues bien... ¿qué es lo que he de hacer ya que os perdeis, y á mí tambien?

Valv. ¡O amigo mio! yo te precipito conmigo en el abismo... pero la desgracia... la fatalidad...

Le arrastra hácia el buró, y él resiste de algun modo.

S. Germ. ¡Con qué violencia late mi corazon!... ¡Ah señor! ¿qué es lo que hacemos?

La mano sobre la llave, y detenido en abrir.

Valv. ¡O espantosa conseqüencia del error primero!

Abre: se retira, y oculta el rostro entre sus manos.

Con la una mano alumbra, y con la otra contiene á Valvill.

S. Germ. ¡Ya está abierto! no tomeis nada... por Dios no tomeis nada.

Valv. Calla... calla...

S. Germ. Me dexais perdido para siempre.

Apoyado sobre el buró, trémulo, y con voz apagada.

Valv. La respiracion me falta... mi estado es tan horrible como el tuyo.

Se dexa caer sobre una silla.

S. Germ. ¡Ah! ¡señor! si tanto cuesta el cometer un crímen, ¿cómo se encuentran tantos malvados?

Valvill pone varios saquillos baxo los brazos de S. German: toma él otros, y algunos cartuchos de moneda, y cierra el buró dexando la llave.

Valv. Esto será muy bastante .. retirémonos.. partamos al instante... voy á cumplir mi palabra. Mañana, gracias á Franval, todo quedará reparado... pero no la vergüenza consiguiente á un crímen, que por mas oculto que quede, eternamente estará oprimiendo mi desconsolado corazon.

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Comparecen sentadas Julia y Clementina: ésta tiene la carta de Desormes en la mano: es de dia.

Julia. ¿Es posible que á nada pueda reduciros mi cariño? habeis pasado toda la noche llorando; y el dia nos ha sorprehendido, á vos, resistiendo obstinada los cuidados de mi ternura; y á mí, recordándoos inutilmente lo que debeis á vuestro padre y á vos misma... señorita...

Clem. ¡Ya nunca volveré á verle!...

Julia. ¡Ah! ¿por qué os he entregado esa carta?

Clem. Esto es hecho... todo se ha acabado para mí.

Julia. Volvamos á vuestro quarto... aquí todo el mundo puede hacer reparo en el desórden terrible de vuestra alma...

Clem. Esta carta es la sentencia de mi muerte... se despide de mí para siempre, y no es posible que yo pueda sobrevivir á esta desgracia.

Julia. Esta es la hora en que vuestro padre ven-

drá sin duda á ver al señor de Franval... pasará por aquí: ¿qué pensará de vuestra situacion... señorita...

Se arroja en los brazos de Julia.

Clem. ¡O tierna amiga mia! tú eres lo único que me ha quedado en el universo: Desormes me ha dexado para siempre... mi padre es inflexîble... sino es el tuyo, Julia, todos los corazones se han cerrado para mí: yo me arrojo en tu seno... ¡ah! ¡no tengas, como todo quanto me rodea, la barbarie de insultar mi dolor! pocos momentos tendré que padecer: el espectáculo de mis males muy poco tiempo fatigará tus miradas... si tú me dexas, ¿quién recibirá mis últimos suspiros?... Si tú me abandonas, ¿quién cerrará mis ojos moribundos? Julia.... Julia...

Con mucha ternura.

Julia. ¿Qué decís? ¿yo abandonaros? ¿yo no interesarme en vuestras penas? ¿á mí me manifestais semejantes aprehensiones?... pero Clementina, ¿qué desesperacion se apodera de vuestro corazon? ¡Cómo! los principios mas seguros, vuestra reflexîon, y el imperio que siempre habeis tenido sobre vos misma, ¿todo cede á la

fuerza de una pasion insensata? Pensad que os separa todo de Desormes, á quien jamas volveréis á ver.

Clem. Nunca... nunca...

Julia. Reflexîonad que en breve tendrá otro derecho para acusaros de unos sentimientos injuriosos respecto de él, y criminales en vos.

Clem. Bien veo la suerte que me espera..... pero mi eleccion es tal, que no puedo avergonzarme de mis amores, desaprobarlos, ni extinguirlos.

Julia. Alguno se acerca... es vuestro padre... ¡ah! si es posible, ocultadle vuestras lágrimas.

SCENA II.

Clementina, Julia, Sirván y Luis.

Sirv. ¡Enviarme la llave de la caxa!... sin motivo... sin explicarse... es cosa bien extraña... ¿no ha estado en casa esta noche?

Luis. Nadie le ha visto.

A Julia.

Clem. Hablan de Desormes.

Julia. Moderaos.

Sirv. Confieso que esto me sorprehende: á lo ménos debiera avisarme que se iba al campo, en

donde es regular que se halle.

Luis. Nadie sabe dónde está.

Sirv. ¿Pero dónde está el dinero que ayer recibió?

Luis. Sin duda lo habrá depositado en este buró, sobre el qual trabajaba, quando los labradores viniéron á traérsele. Yo no sé lo que ayer tenia el señor Desormes; pero estaba muy triste, distraído y sumamente agitado.

Sirv. Hace algunos dias que su conducta es extravagante... ¿á qué hora salió mi hijo?

Luis. El y San German estaban ya á caballo ántes de las quatro.

Sirv. ¿Ha despertado el señor de Franval?

Luis. Sí señor.

Sirv. Voy á su quarto.

SCENA III.

Los dichos y Cárlos.

Cárl. Vengo á participaros, que el señor Desormes se ha ausentado.

Sirv. ¿Cómo?

A Julia, que con sus acciones procura contenerla.

Clem. ¡Ah! ¿por qué estoy aquí?...

Cárl. Sí señor: yo lo he visto partir.

Clem. ¡Le ha visto!

Cárl. Pero se ha ido para no volver: así lo ha dicho, y yo lo he oído.

Sirv. ¡Para no volver! es imposible... sin verme... sin prevenirme... ¿se ha llevado sus efectos?

Luis. Todavía estan en su quarto.

Cárl. Digo, señor, que acabo de verle: yo salia de la ciudad al mismo tiempo que él; se despedia de un amigo: parecia loco, y estaba tan desfigurado, que con dificultad le he conocido.

Apoyándose en Julia.

Clem. ¡Ah!

Cárl. Atónito de verle así, me oculté en un sitio de donde podia oir todo sin ser visto: su amigo le decia... ¿Pero por qué temeis que os reconozcan? Despues de once años estan vuestras facciones tan mudadas, que ni vuestro mismo padre os podria conocer: por lo que hace á la causa de vuestra ausencia, las medidas que habeis tomado, os ponen á cubierto de todo: no os vais: creedme. No, amigo mio, ha respondido Desormes: es preciso que huya del peligro que me rodéa... á Dios... ya no me volverán á ver nunca... una mirada, una sola pa-

labrà me perderia sin remedio. Dicho esto, abraza á su amigo, monta, y le pierdo de vista.

Clem. ¡Ah, Julia! ¡qué cruel es mi tormento!

Sirv. ¿Qué puedo inferir de esto? un hombre de bien no procede de este modo; no huye; no se oculta... Quiera Dios que mis sospechas sean injustas...

Llega al burò, le abre, y dice.

¡Me han robado!... ¡ah! ¡malvado!

Clementina cae sobre una silla, queda con la cabeza baxa, en actitud de quien reflexîona profundamente.

Cárl. Es necesario ir en su seguimiento; no hay que perder un instante... vamos todos corriendo.

Sirv. No, no; dexad, dexad á ese miserable que busque en otra parte el castigo debido á su baxeza: puedo sobrellevar esta pérdida, pero no resolverme á conducirle al cadahalso... no podrá evitarlo... pero corra á cargo de otro mi venganza...

A su hija.

¡Desormes, á quien todos mirábamos como el mas virtuoso de los hombres, á quien yo amaba, y en quien habia puesto toda mi confianza!...

En la misma actitud, hablando consigo sin atender á nada.

Clem. No... no le conocen bien... los malvados que le acusan verán caer sobre sí mismos todos los tiros de su calumnia... yo iré á buscar á mi padre...

Sirv. ¿Qué es lo que dice?

Clem. La expresion de la verdad es muy persuasiva...

Mirándola atónito, y acercándose á ella.

Sirv. ¡Clementina!

Se vuelve con viveza, y como sorprehendida.

Clem. ¡Ah! ¡padre mio!... ¿vos sois?... es imposible que formeis sospechas de Desormes... no le acuseis... no... yo lo conozco en vuestros ojos: el crímen que se le imputa es el mas infame de todos; y él incapaz de cometerle; no precipiteis el juicio contra él... los dos merecémos vuestra estimacion... nadie es mas digno que él... y yo juro á vuestros pies que abrazo...

Sirv. ¡Qué trastorno de cabeza!...

En su delirio da la carta á su padre.

Clem. Mirad, mirad la carta que me ha escrito... leedla... es un hombre lleno de virtud... no tengo de que avergonzarme.

Siro. ¿Qué papel es éste?

Julia. ¡O cielos!

Volviendo un poco en sí, hace un movimiento para volver á tomar la carta.

Clem. ¡Mi amado padre!...

En tanto que él lee la carta, ella está de rodillas sostenida por Julia.

Siro. ¡O Dios! ¡qué es lo que leo! ¡y qué es lo que descubro!...

Lee.

"Yo me alejo para siempre de vuestros ojos: »debo hacerlo, mi amada Clementina...

La mira con terrible ceño.

»á Dios para siempre: olvidadme: de este es- »fuerzo depende vuestra felicidad"...

Se interrumpe, y dice con voz sofocada.

Bien podia aspirar á ella; pero despues de vileza semejante...

Lee.

"Por todas partes me seguirá vuestra imágen, »ésta adorada imágen que me hará respetar una »miserable vida, que queréis que conserve: os »amaré hasta mi último suspiro... poco puedo »tardar en exhalarle: me amais, y os pierdo: »mi corazon se deshace, y mis lágrimas bañan

»estas líneas: á Dios, amada Clementina: á »Dios eternamente.

Se retira un poco, y Clementina, siempre de rodillas, se dexa caer hácia atrás sobre Julia. Los criados se han alejado miéntras la lectura.

Cárlos, Luis... corred todos detras de ese malvado... muerto ó vivo, traedmele; yo os lo mando.

Vanse los Criados.

SCENA IV.

Clementina, Julia y Sirván.

Sirv. Si yo atendiese á mi cólera, y á mi honor ultrajado, en tu sangre sería donde apagase tan despreciables amores.

De rodillas siempre, y alargándole los brazos.

Clem. ¡O padre mio!

Sirv. ¿Yo tu padre? no, no lo soy: no es posible que yo haya dado el ser á quien ha elegido el objeto de su amor entre estos entes envilecidos, y destinados á perecer un dia con oprobio.

Se levanta con viveza, y se paséa como fuera de sí diciendo.

Clem. ¿Dónde está? ¿dónde se halla? que se pre-

sente; que se justifique: yo le amo, y no puede ser indigno de mi afecto.

Enfurecido.

Sirv. ¿Cómo? ¿delante de mí tu boca se atreve á pronunciar?...

Conteniéndole.

Julia. ¡Ah, señor! ¿no veis que no está en su juicio? por Dios, que moderéis vuestro furor.

Cae sobre una silla.

Sirv. Yo no puedo soportar tan bárbara desesperacion.

Delirando, y con la mayor energía.

Clem. El vendrá; se justificará: pongo al cielo por testigo de la pureza de su corazon: nunca, nunca se alvergó la virtud en alma mas hermosa... yo le llevaré á presencia de mi padre... sí... vuelo con él... ¡crueles! ¿por qué me lo impedís?... ¿temeis que escuche los gritos de una hija perdida, que ceda á la compasion, que no atienda á Desormes, y no le vuelva el honor que pretendeis arrebatarle?... en vano, en vano me conteneis, y á pesar vuestro hallaré á mi padre...

Repara en su padre, y desembarazándose de Julia, se arroja hácia él.

¡Ah! ¡Dios!... ¿yo os vuelvo á ver? ¿sois vos?

los inhumanos querian impedir que llegase á vuestros ojos... pero puedo desafiarlos entre los brazos de un padre querido: defendedme en ellos contra unos bárbaros que solicitan mi muerte, y la ignominia de Desormes... Cumplid con la obligacion mas sagrada, que es el apoyo de la inocencia oprimida.

Cae en el pecho de su padre, el qual la recibe, llora y la traslada dulcemente á los brazos de Julia.

Sirv. Tú me arrancas el corazon.

SCENA V.

Los dichos y Luis.

Luis. Señor, algunos aldeanos de las cercanías acaban de ver pasar á Desormes por delante del castillo, habrá quando mas un quarto de hora.

Sirv. ¿Cómo? despues de tan horroroso crímen, ¿todavía tendría atrevimiento?...

Clem. ¿Qué tratan? ¿qué es lo que decís?

Luis. Cárlos y mis compañeros han corrido en su seguimiento; y es imposible que pueda escaparse.

Clem. ¿Pero quién?

A Julia.

Sirv. Apartadla de mi vista... arrastradla hasta su quarto.

Resistiendo.

Clem. No, no: ya conozco lo que queréis... ¡ay de mí!... yo soy perdida.

SCENA VI.

Los dichos y Franval padre.

Franv. ¿Qué es lo que sucede? ¿qué significa tan terrible tumulto en toda la casa?

Con ímpetu.

Sirv. Un monstruo, un malvado... Desormes... ha violado todos los vínculos y todas las leyes de la honradez... no puede haber padre mas digno de compasion que yo... ni hombre tan cruelmente engañado.

Clem. El está inocente... yo no soy criminal.

Julia. Venid, venid conmigo.

Resistiendo á Julia, y hablando á su padre.

Clem. Quitadme una vida que aborrezco.

Arrojándose en los brazos de Franval.

Sirv. No me abandoneis, amigo... pronto sabréis...

Franv. ¿Pero qué he de saber?...

Alargando los brazos á su padre.

Clem. ¡O padre mio!

Julia. ¡Dios de bondad!

Franval lleva á Sirvan á su quarto, y Luis y Julia llevan por fuerza á Clementina miéntras dice.

Clem. ¡Bárbaro! ¿por qué desatiendes mis sentimientos?... pero ten por cierto que si Desormes muere, baxará con él Clementina á la horrorosa noche del sepulcro.

ACTO QUARTO.

SCENA PRIMERA.

Franval padre y Sirvan.

Franv. No le entregueis á la justicia, sin estar enteramente convencido de su delito: pensad que una equivocacion os podría hacer víctima de agudos y eternos remordimientos.

Sirv. Aunque todo depone contra él, me conformaré con vuestro dictámen; pero aunque manifieste su inocencia, ¿cómo podrá justificarse de la seduccion?

Franv. Vos mismo confesais que siempre ha observado una conducta irreprehensible: ¿tan pronto ha podido pasar al extremo opuesto? amigo, se puede diferir la venganza; pero una vez executada, ¿cómo es posible repararla?

SCENA II.

Los dichos, y Julia muy agitada.

Julia. ¡Ah! ¡señor!... ¡Clementina!... son inútiles todos mis esfuerzos para con ella... ¡la desesperacion mas horrorosa se ha apoderado de su corazon!... á nadie conoce... á nada atiende... ha perdido el juicio enteramente: venid, venid: sola vuestra presencia podrá hacerla entrar en sí misma.

Sirv. ¡Mi hija!... ¡justo Dios!... ¡ó amigo mio!

Franv. No me apartaré de vuestro lado.

Entran por un lado, en tanto que los criados salen por la puerta del fondo: traen á Desormes con el cabello descompuesto, los vestidos despedazados, y en el estado mas lastimoso.

SCENA III.

Cárlos, Luis y Desormes.

Cárl. Aquí... aquí... traedle aquí mismo, que el amo vendrá luego.

Luis. Su estado me compadece.

Desorm. A lo ménos respetad mi desdicha.

Cárl. Sois un malvado... no esperéis compasion.

Los criados dexan libre á Desormes, el qual se dexa caer en una silla.

Desorm. ¡Ah! ¡gran Dios!

Luis. ¿Vos, señor? ¿vos?...

Cárl. ¿Quién lo hubiera creído?

Desorm. Apénas puedo respirar... ni veo ni entiendo nada... amigos mios, ¿en qué os he ofendido? ¿qué es lo que he hecho?

Cárl. ¿Qué es lo que habeis hecho?

Desorm. ¿Por qué me tratais con tanta inhumanidad?

Cárl. Bueno por mi vida, ¿qué es lo que habeis hecho?

Luis. Acabad de una vez, y dexadle en paz... ya es demasiada crueldad; pues aunque sea culpa-

ble, es desgraciado, y como tal, muy digno de compasion.

Desorm. ¡Qué estado el mio! ¡cómo me han tratado!... ¿pero qué crímen he cometido?

Cárl. Un crímen del que cada uno de nosotros podia ser acusado, siendo incapaces de cometerlo: confesadlo, señor, confesadlo: si estais convencido, ¿para qué serviría el negarlo?

Desorm. Por Dios, que si os queda algun sentimiento de humanidad, dispongais que yo hable al señor de Sirvan: se me imputan crímenes... ignoro... no puedo comprehender... me confundo en el horror de mi situacion... ¿dónde está el amo?

Luis. Está en el quarto de su hija, la qual, tal vez ahora mismo, espira entre sus brazos.

Exclama desesperadamente.

Desorm. ¡Santo Dios!

SCENA IV.

Los dichos, Sirván y Julia.

A Julia.

Sirv. Dexadme... yo no puedo presenciar un es-

pectáculo que me mata... volved, volved... no la dexeis un instante. *Vase Julia.*

Corriendo hácia Sirván.

Desorm. ¡Señor!...

Sirv. Moustruo, respóndeme: ¿qué te hecho para haber introducido en mi familia la desesperacion y la vergüenza? No, no te hablo de la vileza con que te has infamado...

Sorprehendido.

Desorm. Señor, ¿vos tambien?... ¿tambien vos me acusais?

Sirv. El vergonzoso exceso de tu baxeza, no es lo que me irrita, ¡pluguiera al cielo que éste solo fuera tu crímen! te olvidaría, te miraría con desprecio, dexando á otro la obligacion de conducirte al suplicio que mereces.

Levantando los brazos.

Desorm. ¡Cielo santo!

Sirv. Pero tú me has arrebatado mi hija... tu seduccion la ha revelado contra mí, y ha dispuesto de su corazon á favor del objeto mas abominable... perderá el juicio, y tal vez la vida... esto es lo que nunca te perdonaré, y lo que haré castigar. La vergüenza, los tormentos y el

suplicio mas infame me vengarán de la desesperacion en que me confundes, de la desgracia que me agovia, y de la pérdida irreparable que ocasionas, y que me costará la vida.

Confundido.

Desorm. ¡Justo Dios!

Sirv. Declara tus cómplices: es forzoso: ¿quién era el hombre á quien hablaste ántes de partir?... ¿en qué criminales manos has depositado el robo que me has hecho? él servirá de motivo á mi venganza: habla, habla... y muere luego cubierto de la ignominia que tienes merecida.

Con mucha firmeza.

Desorm. La ignominia solo la merecen los malhechores: yo estoy inocente.

Sirv. ¿Inocente?...

Desorm. Sí; lo soy: podrán quitarme la vida, mas no seré por eso delinqüente: los dias del malvado, y los del hombre virtuoso estan igualmente en manos de los hombres: pero la virtud depende solo de Dios: no está á discrecion de ellos: ¿pero dónde estan los que me acusan? ¿qué pruebas hay contra mí?

Sirv. Todo está averiguado: todo te convence: en vano has querido eludir las sospechas, dexando

abierto este buró, y en él puesta la llave: tu agitacion, tus palabras, tu fuga, tus falsas precauciones... ¡ó Dios! ¡con quánta inconseqüencia se conducen los malvados! en vano la noche los encubre; ellos mismos llevan consigo la espantosa luz que manifiesta sus atentados.

Desorm. Mi corazon es puro; y el que juzga todas nuestras acciones, nunca me verá avergonzarme de las mias. Mas si el amar á Clementina lo reputais por delito, y para expiarlo es necesario el sacrificio de mi vida, estoy pronto á ofrecerla: mucho tiempo ha que me sirve de peso... pero tengo padre... ¡ah Dios!... tengo padre... no lleveis su hijo al cadahalso... estoy inocente, y mi padre deshonrado baxaría al sepulcro maldiciendo mis desgraciadas cenizas.

Sirv. ¡Que las maldiga! ¡que tu nombre sea abominado! yo pierdo la hija mas querida... la pierdo solo por tí, y para tí: no podré sobrevivirla; pero á lo ménos moriré vengado.

Andando muy agitado.

Desorm. ¡Clementina!... ¡ó tormento insufrible!... ¿en dónde está?... conducidme hácia ella, y exhale yo á sus pies mi último aliento.

Sirv. ¿Tú presentarte delante de mi hija? retírate, bárbaro; yo detestaré eternamente el primer instante que te ofreció á sus ojos.

SCENA V.

Los precedentes, Clementina, Julia y Franval padre.

Pálida, descompuesto el cabello, y arrancándose de los brazos de Julia y Franval.

Clem. Inútiles son todos vuestros esfuerzos: los dos morirémos juntos...

Encontrando á su padre, y con mucha resolucion.

Padre mio, ¿habeis ya consumado vuestra venganza?... pues todavía os falta la víctima que teneis á vuestra vista.

Sirv. ¡Crueles! ¿por qué la habeis dexado sola? ¿tambien vosotros conspirais contra mí?

Desesperadamente.

Desorm. ¡Clementina!

Mirando á todas partes.

Clem. ¿Qué acentos han llegado á mis oídos? me parece su voz...

Le advierte, da un grito, y cae en los brazos de su padre.

¡Ah!... él es.

Desormes quiere acercarse, y se lo impide Sirván.

Sirv. ¡Apártate bárbaro!... ¿solicitas que espire entre los brazos de su padre?

Coge á Desormes del brazo, y le dice.

Franv. Alejaos; respetad los males que originais.

Herido de esta voz, se vuelve, le reconoce, y exclama ocultando el rostro entre sus manos.

Desorm. ¿Quién me habla?... ¿qué queréis?... ¡ó Dios! él es sin duda alguna.

Franv. ¿Qué dice este hombre? ¿y por qué se sorprehende al mirarme?

Fuera de sí: con energía y andando.

Clem. No: á pesar de quanto depone contra él... Desormes no puede ser culpable... nada temas... dí, que no eres delinqüente... el cielo apoyará las voces de la inocencia... y vosotros, á quienes la crueldad del destino autoriza para que seais sus jueces, dexadle hablar: es preciso escuchar al hombre justo acusado, y que con sola una palabra puede justificarse... ¿pero de

qué sirve?... ellos han resuelto su ruina... porque le amo... este es todo su delito... ¿y por qué ha de hacerle reo mi ternura?... ¡como si el amor dependiera de nosotros, y no fuese un sentimiento que inspira la naturaleza!

Se dexa caer abatida sobre una silla.

Durante esta scena, Desormes manifiesta su desesperacion. Franval no aparta de él su vista; la suya se fixa en Franval, y Clementina expresando la diversidad de sentimientos que le agitan, y al fin con dolorosa voz dice.

Desorm. Esta es demasiada crueldad... esto es prolongar demasiado un suplicio muy superior á mis fuerzas;

A Franval.

y vos cuyos ojos fixos en mí, parece que manifiestan el horror de mi suerte, agradeced el misterio que os oculta en parte la extension de mis desgracias. Yo pido la muerte como un beneficio... interesaos para que se me cumpla este deseo, ¿qué os puede costar el solicitar mi muerte? ¡Ah! no me expongais á maldecir el instante de mi nacimiento, y los primeros autores de mis males, ni á quejarme del cielo porque sus

rayos no me confunden: preservadme de la rabia, la desesperacion y el sacrilegio.

Franv. ¡Insensato! ¿qué es lo que os atreveis á pronunciar? Arrepentíos, arrepentíos.

A Clementina muy dolorido.

Sirv. ¡Clementina!... hija mia... vuelve en tí... mira como te estrecho entre mis brazos.

Vuelve en sí Clementina; pero extremadamente debilitada por la violenta crisis que acaba de experimentar, dice con voz débil que por puntos se va degradando.

Clem. Padre mio, escuchadme: y vosotros que me ois, juzgadme con relacion á mi desventura, y no por lo que he dicho... la virtud y verdad viven en mi corazon... pero he perdido el juicio... un débil resto conservo solo para deciros que Desormes en nada es culpable... no os expongais á manchar vuestras manos en la sangre del inocente... un tardío y vano arrepentimiento no le restituiría una vida perdida enmedio de los tormentos...

Quiere esforzarse para arrodillarse ante su padre, y vuelve á caer en los brazos de Julia.

Sobre todo, y principalmente á vos os suplico...

las fuerzas me abandonan... llevadme de aquí... que yo no muera en su presencia.

Fuera de sí, y ayudándola con Julia á salir.

Sirv. ¡Clementina!... ¡Clementina!... ¡hija mia!...

Corriendo hácia ella, y detenido por los criados.

Desorm. Dexad, dexad que yo la acompañe al sepulcro.

Desesperado, y alargando los brazos á Franval.

Sirv. ¡Se muere!... ¡ó Dios!... ¡yo la he perdido!

Franv. ¡O amigo demasiado infeliz!

Sirv. ¡Lo soy sin duda alguna! pero me queda un consuelo.

Franv. ¿A dónde vais precipitado?

Sirv. Dexadme.

Franv. Venid hácia vuestra hija.

Sirv. ¿Para verla espirar? ya á nada atiendo...

A los Criados.

Velad sobre este malvado; si se huye, vosotros seréis responsables.

A Desormes con rabia.

Todo, todo lo he perdido... monstruo... tú eres

la causa... pero sobre tí va á caer todo el furor de mi venganza.

Franv. ¿Qué vais hacer?

Sirv. Entregarle á todo el rigor de las leyes: vengarme y morir.

Vase sin poderlo contener.

Franv. Deteneos... esperad...

Mirando á Desormes.

ya es en vano, ¡desventurado jóven!... ¡ah! á pesar mio, su triste suerte...

A los criados.

amigos, dexad que le hable á solas: apartaos por un breve tiempo.

Los criados entran por la puerta del fondo que queda abierta, y á la que se asoman de quando en quando.

SCENA VII.

Franval padre y Desormes.

Este está reclinado en una silla entregado enteramente á su dolor.

Aparte.

Franv. Mi corazon se halla penetrado...

A él.

Estamos solos, y cedo al afecto poderoso que á pesar mio, me habeis inspirado: no os pido que me digais la verdad: inocente ó culpable, no puedo abandonaros á la suerte que os amenaza.

Se adelanta á la puerta dol fondo: nadie comparece: observa si puede ser oído; vuelve, y en voz baxa dice á Desormes.

Entrad en este quarto: sus ventanas caen al jardin, por el qual no será dificil vuestra fuga.

Desormes no responde; sus acciones manifiestan su desesperacion.

¿No me respondeis? pensad que los momentos son preciosos, y que un solo instante que se pierda puede poneros en unas manos, de las que me será imposible libertaros...

Desormes le mira.

¡Qué sombrío silencio! ¿de este modo pagais lo que hago en favor vuestro?

Desormes mira á Franval; suspira profundamente, y levanta las manos al cielo.

¡Que no esté en mi poder el acreditar vuestra inocencia! Todo os acusa, y yo no puedo resolverme á dexaros perecer.

Los criados se han dexado ver un instante, y luego se ocultan.

Venid: seguidme.

Le coge del brazo, y Desormes mirándole fixamente se levanta, se suelta, vuelve á quedar cómo ántes, y da á entender que no quiere huir.

Reflexîonad pues... advertid que os exponeis al último suplicio.

Hace un gesto de desesperacion, se levanta con ímpetu, y vuelve á caer.

Si no temeis la muerte... si desprecias la ignominia... debeis á lo ménos atender al honor de vuestra familia: ¿por ventura teneis padres?

Desormes llorando y ocultando el rostro en sus manos.

Sin duda los teneis; y su memoria os arranca esas lágrimas: ¡ah! ¡qué será de ellos!... ¡quedaran deshonrados!

Desormes se levanta con vivacidad: anda como fuera de sí: luego queda inmóvil mirando al suelo, y despues se arroja al pecho de Franval.

¿Llorais?... ¡llorais!... ¡ah Desormes! hay ciertos crímenes que no se reparan con las lágri-

mas, ni con un tardío arrepentimiento. La seguridad pública cierra todos los corazones á la compasion... pero vos enterneceis el mio... le penetrais de dolor: huid, huid; yo os lo suplico.

Desormes da á entender que no quiere huir.

¿Con que quereis morir? Vivid, jóven desdichado: en nombre de vuestro padre, si le teneis...

Desormes cae á los pies de Franval.

¿Qué es esto? ¿os postrais á mis pies?... ya os lo he dicho... un sentimiento involuntario... la ternura mas grande habla á mi corazon en vuestro favor.

Desormes toma la mano á Franval, y se la besa muchas veces.

¿Vive todavía vuestro padre?

Sollozando.

Desorm. El cielo, que me abandona, me lo ha conservado.

Franv. ¿Os ama?

Desorm. Bien tarde me lo ha manifestado; pero al fin muero contento, sabiendo que no me aborrece.

Franv. ¿Quién sois?

Desorm. No me conozcais.

Franv. ¿Me negais esta declaracion?

Desorm. Debo hacerlo.

Franv. ¿Conozco yo vuestros padres?

Desorm. Sí señor.

Franv. ¿Dónde estan?

Desorm. Por compasion...

Franv. Respondedme: ¿de dónde sois?

Desorm. De Grenoble.

Franv. ¡Cómo!...

Desorm. Dexadme morir; dexadme...

Franv. Respondedme, Desormes: ¿vive todavía vuestro padre?... ¿por qué le habeis dexado?

Desorm. Porque me aborrecia.

Franv. ¿Por qué causa?

Desorm. Porque defendí mis derechos contra una madrastra implacable.

Franv. ¡Qué oigo, cielos! Mírame... tus facciones....

Desorm. El tiempo y la desesperacion las han desfigurado.

Franv. ¿Sería posible?... ¿Franval?... ¿cómo?... ¿serías tú?... ¡ah!... habla... respóndeme.

Desorm. ¿Qué quereis saber?

Franv. Si soy el mas desventurado de los padres.

A sus pies.

Desorm. ¿Me lo perdonaréis?...

Con fuerza.

Franv. ¿Qué dudo?... él es.

Desorm. Ved aquí vuestra víctima.

Le abraza.

Franv. ¡Hijo mio!... ¿cómo?... ¿eres tú á quien estrecho entre mis brazos?

Desorm. ¡Ah! ¡padre mio!

Franv. ¿Qué?... quando el arrepentimiento de tu madrastra en su última hora acaba de disculparte, y quando reconozco mi injusticia para contigo, ¿te se prepara el suplicio, y te espera la infamia?

Desorm. ¡Ah! yo no la merezco mas que merecí vuestro aborrecimiento y la cruel maldicion con que en otro tiempo me cargasteis.

Descompuesto y desesperado.

Franv. Tú despedazas mi corazon... ¡ó hijo mio!... ¡hijo mio!... pero en este instante... ¡gran Dios!... te acusan; disponen tu ruina... si tardo un instante... quédate aquí... vuelo tras de Sirván... él ignora... ¡ó mi amado hijo!... yo soy solo quien te sepulta en tan horrible abismo.

Desorm. ¡O padre mio!

Franval corre á los criados que estan en el fondo; les hace entrar, les habla enérgicamente y sollozando.

Franv. Venid, amigos mios... este desgraciado jóven... es mi hijo... no le maltrateis... compadeceos de mí y de él... yo voy... corro... ¡Dios santo! tu bondad permita que pueda llegar á tiempo oportuno.

ACTO QUINTO.

SCENA PRIMERA.

Luis y Julia.

Luis. Y bien, Julia, ¿cómo está la señorita?

Julia. Todavía no se debe desesperar de su vida.

Luis. ¡Quánto perderíamos si este golpe nos la arrebatase!

Julia. Ha recobrado el conocimiento, y su espíritu parece mas tranquilo: puede juzgarse que esta última crisis la ha vuelto en su acuerdo; pero se niega á todo alivio... llora: llama á Desormes, y de repente se secan sus lágrimas; cae en una profunda distraccion de la que no sale

sino para volver á pronunciar el nombre de su amante.

Luis. El señor de Franval ha ido como una exhalacion tras del amo: estaba sumamente descompuesto y alterado: nosotros nos habiamos separado por consideracion de él y de Desormes: despues nos hizo acercar, y nos ha dicho: "amigos mios, éste es mi hijo, está inocente: „no le maltrateis: tened compasion de él y de „mí:" dicho esto, salió bañado en lágrimas; é ignoramos qué significa esto.

Julia. ¡Su hijo! ¡Desormes hijo suyo!

Luis. Así lo ha dicho.

Julia. ¡Gran Dios! ¡si habrémos llegado al término de tantos males!... pero San German.

SCENA II.

Los dichos, y San German vestido de camino.

Julia. ¿De vuelta ya, San German?

S. Germ. Sí: mi amo jóven, y el hijo del señor de Franval, llegarán muy en breve; y yo me he querido anticipar á prevenirlo.

Julia. Desde que os fuisteis han pasado en el castillo cosas muy extraordinarias: Clementina

ha estado á punto de perder la vida.

S. Germ. ¡Cielos!...

Julia. ¿Pero cómo podriais creer que Desormes...

S. Germ. ¿Qué?

Julia. Habia en este buró una suma muy considerable, y durante la noche ha desaparecido Desormes llevándose el dinero que acababa de recibir.

S. Germ. ¿Cómo?

Julia. Todo depone contra él: todo le condena, y nadie puede dudar...

S. Germ. ¿Y le acusan de ello?

Julia. Y luego le van á entregar en manos de la justicia.

Exclamando fuertemente.

S. Germ. ¡Ah Dios! ¡ah justo Dios!

Vase corriendo.

SCENA III.

Julia y Luis.

Julia. ¿Qué será esto?... ¿á dónde irá con tanta precipitacion?

Luis. Bueno fuera que saliésemos ahora con que Desormes se halla inocente.

Julia. Yo no se qué pensar... lo que me habeis dicho, la exclamacion, la sorpresa y salida precipitada de San German... todo me confunde; todo aumenta mi incertidumbre: voy á ver á Clementina; pues si Desormes se justifica, ella debe saberlo ántes que todos.

Comparece Desormes en el fondo.

Luis. Vedle allí.

Julia. Calmad, si fuere posible su dolor: animadle á no omitir nada en órden á su justificacion, que nos es tan necesaria á todos como á sí mismo.

Vase Julia. Desormes se adelanta poco á poco: está pálido y desfigurado: algunos criados comparecen en el fondo, y manifiestan su consternacion.

SCENA IV.

Desormes y Luis.

Luis. ¿Señor Desormes?... ¿señor?

Desorm. ¡Amigo mio!... no me atrevo á informarme de vos... ¡ay amigo!

Luis. Hablad; nada temais: no creais que yo soy uno de vuestros acusadores: no; nunca he creido que pudieseis hacer cosa opuesta á la probidad.

Desorm. Mil cosas son las que ahora ménos me interesan .. pero no me ocultéis nada... decidme... ¿hay alguna esperanza? ¿habré perdido todo? ¿Clementina?...

Luis. Vivé todavía.

Desorm. ¡O Dios! yo os doy las gracias mas rendidas... con tal que ella me sobreviva, muero contento.

Luis. ¿Morir? No señor: quedaréis justificado: el cielo no permitirá que seais condenado por unas simples apariencias: todos os respetamos, y nos debeis á todos entrañable amor: nadie hay que no os deba mil beneficios; y tanta bondad y humanidad no nacen de un corazon envilecido.

Desorm. Vuestra estimacion me es muy apreciable: verdaderamente no soy indigno de ella: si Clementina no existiese, vuestro corazon seria el único que me hubiese hecho justicia.

SCENA V.

Los dichos, Clementina y Julia.

Habla con Julia Clementina, la qual, durante la scena, va recobrando por grados sus fuerzas.

Clem. No; no son falsas tus conjeturas: no, Julia mia; creo vuestra relacion y mis presentimientos... ¡Ah Desormes! yo os buscaba.

Desorm. ¿Todavía os dignais de ver á un desventurado?

Clem. ¿No está mi vida unida á la vuestra? ¿pensais que yo podria sobrevivir á vuestra pérdida?... ¿pero qué es lo que me ha dicho Julia?... Ella me ha hablado del señor de Franval, de vuestro padre... ¡ay!... ¿mis ideas han llegado á tal extremo de confusion?... ¿qué relacion hay entre vuestro padre y el señor de Franval?

Desorm. Mi destino es el hacer desgraciados á todos quantos amo: aquel padre que tanto tiempo me aborreció, y que ya desengañado me abre su seno, y me vuelve toda su ternura... es el señor de Franval.

A Julia.

Clem. No, no perecerá: vuestra suerte va á mudar de semblante: un padre nunca abandonó á su hijo, por culpable que fuese, pudiendo salvarle.

Desorm. ¿Y estará eso en su arbitrio? Es cierto que ha ido en seguimiento de vuestro padre... pero no vuelve... ya me habrán denunciado... los indicios me condenan... y soy perdido si el cielo no toma á su cargo mi defensa.

Con mucha fuerza.

Clem. No: mi corazon se ha reanimado: ya no estoy fuera de mí: acaba de renacer en mi alma la esperanza: no pueden engañarme los presentimientos: el infortunio ha llegado á su término: el cielo os experimentaba: vais á triunfar.

Espantado.

Desorm. ¿Pero qué ruido es el que se percibe?

Con la mayor energía.

Clem. Nada receleis: nuestras desdichas se han acabado.

SCENA VI.

Sirván por un lado con un Exênto: Franval, padre por medio corriendo: Valvill, S. German, y Franval, hijo, por otra parte con precipitacion: Clementina y Julia estan á un lado: Desormes enmedio, y los criados en el fondo.

Al Exênto.

Sirv. Vedle aquí, señor: este es.

Por Desormes.

Cae en los brazos de Julia, y tiende los suyos á su padre.

Clem. Deteneos.

Se abraza á su padre.

Desorm. ¿Padre mio?...

Franv. padre. ¿Qué es lo que vais á hacer?... es mi hijo... venid á degollarle entre mis brazos.

Sirv. ¡Su hijo!

Con la espada en la mano cubriendo á Desormes.

Franv. hijo. Sí: es mi hermano, y no es delinqüente.

Arrodíllase á Sirván.

S. Germ. Por Dios, señor... por Dios... escuchadme.

Del mismo modo.

Valv. Yo soy, padre mio... yo... Desormes está inocente.

Sirv. ¿Qué oigo?

Franv. padre. ¿Qué es lo que decís?

Valv. y S. Germ. Yo soy la causa de todo.

Valv. Atended, padre mio... el único culpable es vuestro hijo.

Sirv. ¿Mi hijo?

Valv. Esta noche, quando todos descansaban... yo solo...

S. Germ. ¡Ah! yo soy mucho mas reo.

Sirv. Hablad de una vez: declaraos.

Valv. Ayer perdí una cantidad considerable baxo mi palabra de honor: os temo demasiado, y no sabía cómo desempeñarme: amenazando con mi muerte á este hombre honrado, le precisé á ser mi cómplice: todo reposaba: este buró estaba abierto: tomé el dinero que contenia: salí ántes de las quatro á cumplir mi palabra: monté á caballo, y fuí á recibir á Franval; á quien referí mi pérdida, mi pesar, mi vergüenza, y mi crímen: su generosa amistad iba á repararlo todo:

llego, y me cuentan que Desormes... ¡ah! él va á perecer inocente, siendo yo el único delinqüente: ¡padre mio! castigadme; nada excuseis á un hijo que os deshonra: penetrad, traspasad un corazon devorado de los remordimientos: no tengais compasion: ve aquí mi pecho: traspasadlo, que yo moriré llenándoos de bendiciones.

Atónito, despues de una breve pausa.

Sirv. ¡Infeliz! ¡miserable! ¡á qué peligro has expuesto á tu padre!...

A Desormes.

y vos á quien he hecho la mas odiosa injusticia...

Como fuera de sí.

Desorm. ¡O Señor!... ¡ó padre mio!... y vos Clementina... ¡mi amada Clementina!

Hace señas de que no puede hablar.

Franv. padre. ¡Hijo mio! este imprevisto suceso embarga el exercicio de su lengua.

Franv. hijo. Vuelve en tí, hermano mio, y permite tus brazos á mi cariño.

Sirv. Amigo mio, perdóname los males que te he causado.

Confuso de quanto le pasa.

Desorm. Clementina... bien me lo habia pronosticado... vedla, padre mio, vedla... casi ha per-

dido la vida por mi causa.

Sirv. ¡Mi sinrazon es horrorosa!...

A su hijo.

mira el abismo en que ibas á sepultarme: ¡jóven inconsiderado! ¡el hombre de bien se ha visto por tí tratado como criminal! ¿concibes las conseqüencias de una falta, por desgracia, demasiado comun, y cuya trascendencia es inaccesible á la poca reflexîon de tu edad? Si quieres que la olvide, tú mismo debes hacerla pública... yo exîjo, para que á lo ménos tu exemplo y tus remordimientos hagan temblar, y contengan á quantos se hallen propensos á imitarte: y vos San German, ¡vos! ¡habeis tenido la debilidad...

Llorando.

S. Germ. ¡Le he visto nacer!

Sirv. No dudo de vuestra probidad: veo vuestro dolor, y lo tengo por sincero: á vos mismo os diréis quanto yo puedo deciros.

Abrazando las rodillas del señor Sirván.

S. Germ. ¡O señor mio!

A su hijo.

Sirv. Levantaos; yo os perdono: esta leccion es terrible; aprovéchate de ella.

Valv. ¡O padre mio! ¡ó Desormes! Nada puede

igualar mi vergüenza y arrepentimiento sino el mortal dolor de haber hecho sospechosa un instante la probidad del hombre que mas estimo.

Desorm. Pues esa falta que sentís con tanta amargura, es á la que debo la felicidad de haber vuelto á hallar mi padre, y á Clementina... pero dexemos pasados males, que ya no me parecen sino un sueño.

A Franval, padre.

Sirv. Amigo mio, yo te vuelvo tu hijo.

Franv. padre. ¡Qué culpable he sido para con él! ¡quántas injusticias tengo que reparar!

Desorm. Una vez que no me aborreceis, todo queda olvidado.

Sirv. Amigo mio, con mucha crueldad te he perseguido... la posesion de Clementina ¿bastaria á desempeñarme?

Desorm. ¡O señor!

A Franval, padre.

Sirv. Supongo que la aprobais;

Al hijo.

y que vos no os daréis por ofendido: yo ignoraba su recíproco amor, y os tengo por demasiado generoso...

Franv. padre. Mi hijo sabe lo que debe á su hermano.

Franv. hijo. Decid á mi amigo, que este sentimiento aumente los vínculos de la naturaleza. ¡O hermano mio! disfruta una felicidad que tanto has merecido: señorita, amad en mí al amigo de vuestro esposo: nada excusaré para merecer vuestra estimacion y su ternura: haceos mutuamente dichosos, y vuestra felicidad será la mia.

Desorm. Hermano mio: mis lágrimas te respondan.

Sirván une á los esposos.

Clem. ¡Ah Desormes!

Desorm. ¡O Clementina mia! ¡quánto se ha mudado nuestra suerte!

Clem. ¡Bien empleados pesares!

Sirv. Vamos queridos hijos: este dia ha sido terrible... pero sean felices los que le sucedan: no me apartaré nunca de vosotros: vivirémos juntos; y mi ternura hará que se confunda en el olvido quanto hemos padecido.

FIN.

LOS AMANTES GENEROSOS.

COMEDIA

EN CINCO ACTOS:

COMPUESTA EN FRANCES, SOBRE UN MODELO ALEMAN, POR MONSIEUR ROCHON DE CHABANNES.

Y TRADUCIDA

POR

D. G. F. R.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

El Conde de Bruxhal. *Señor Vicente Garcia.*

Teleim, Mayor de un Regimiento Prusiano, y amante de Minna. *Señor Juan Carretero.*

Verner, Aposentador del propio Regimiento. *Señor Rafael Perez.*

Un Fondista. *Señor Juan Antolin Miguel.*

Justino, criado del Mayor. *Sr. Ramon Perez.*

Otro criado del Conde. *Señor Santiago Casanova.*

La Condesa Minna de Barleim, sobrina del Conde. *Señora Maria Garcia.*

FANCHETA, camarera de Minna. *SEÑORA JOAQUINA BRIONES.*

MOZOS DE LA FONDA, que no hablan.

COMITIVA DEL CONDE, que no hablan.

La escena se representa en Berlin, en una Fonda de las mas principales.

ACTO PRIMERO.

Salon decentemente amueblado, que da paso á diferentes quartos de la fonda.

SCENA PRIMERA.

El Fondista, un Criado de libréa, y otros del Conde, y del Fondista que no hablan.

Preséntase el Fondista con algunos de sus mozos, vestidos en chupa, con gorros y mandiles, y algunos lacayos cargados con maletas.

A sus mozos.

Fond. Vamos volando: y que el cocinero, repostero y demas oficios, estén prontos para recibir las órdenes de los ilustres extrangeros que aguardamos.

A un lacayo.

¿No me diréis, amigo, quiénes son estos señores?

Lac. ¡O! ¡son grandes sugetos!

Fond. ¿Grandes sugetos? malo: mucho ruido, y poco gasto. Tened, tened:

A los lacayos.

no descargueis aquí; sino pasad adelante, porque pienso dar á vuestros amos la habitacion de un Oficial desgraciado, que hace tiempo se aloja aquí, y que le vendrá muy ancho otro aposento allá arriba; pero en compensacion merece que cuidémos de sus alhajas, que á buen seguro que ustedes no responderían de ellas.

Lac. Y sino, haced la prueba perdiendo alguna, donde podamos nosotros encontrarla.

Fond. Ya me guardaré... Digo...

A sus criados.

á estos perillanes ponedles malas camas, y buen vino, con eso se divertirán mas en beber que en dormir.

A los lacayos.

Vuestros amos, amiguitos, estarán aquí famosamente: tendrán camas ostentosas, y quartos muy cómodos. No hay fonda semejante en Berlin. En ella posan todos los Príncipes de Alemania; y aun he tenido el honor de hospedar en ella á los Ministros del Emperador, y del Rey de Francia.

Lac. Pues en recibiendo al señor Conde, ya habeis completado vuestra fortuna.

Fond. Sea enhorabuena. Supongo que será explén-
dido, y amante del buen trato...

Lac. Come y bebe á lo aleman, y paga á lo inglés.

Fond. ¡Grandemente! pues si él gasta con garbo,
le trataré aunque sea de Alteza, porque eso
no cuesta un bledo, y aquí estamos acostum-
brados á llamar Monsieur ó Milor á qualquier
viajante que llega, con tal que derrame plata,
y mas que por otra parte nos hayan informa-
do sus dependientes, que es un mercader de Pa-
rís ó Londres.

Lac. Bien hecho.

Fond. Ola, ola. ¿Con que el señor Conde es un
gran sugeto, que gasta mucho, y paga pronto?
Me alegro de saberlo. Y pregunto: ¿esta niña
que viaja con él, es su muger, su hija, ó su...
v. gr., su amiga? que debe de ser linda.

Lac. Es su sobrina: que él jamas ha querido ca-
sarse, á causa de que en toda Alemania no ha
encontrado un partido que corresponda á su
nobleza.

Fond. ¡Qué lástima para su posteridad!

Lac. Pero volviendo al Conde; hay pocos que le
ganen á hombre de bien. El es verdad que ado-
lece un poco de locura, de precipitacion, y de

ferocidad; pero qué importa, si al mismo tiempo que os da un pescozon, ó un puntapie, os regala con oro.

Fond. Pescozones á precio de oro, cierto que es bello comercio. ¿Y la sobrina da tambien monises y puntapies?

Lac. La sobrina da dineros y buenas razones. La sobrina es la muger mas amable, mas dócil, mas modesta, y mas cabal del mundo.

Fond. ¿Y cómo, siendo una señora de estas calidades, vive en compañía de semejante tio?

Lac. Como que de él pende su bien estar. Pero helos aquí.

Retíranse los criados.

SCENA II.

El Conde, Condesa, Fancheta, el Fondista y criados de librea.

Enfurecido.

Conde. ¿Dónde diablos está este quarto, que hace una hora que aguardamos? ¿qué vá que se burla de nosotros el seo huésped?

Fond. Señor, V. E. perdone la tardanza, procedida de que para acomodarle con la decencia

que corresponde á su carácter, he tenido que desalojar á un oficial...

Minna. Habeis hecho una cosa muy á disgusto mio; que no quisiera que mi comodidad le costase la suya á este caballero.

Fond. Los militares, señora, estan acostumbrados á campar y descampar con freqüencia: además de que su satisfaccion es negocio mio.

Conde. Dice bien el huésped, sobrina: ese es negocio suyo, y no tuyo, para que le tomes por tu cuenta.

Fond. El oficial se enojará si quiere; pero yo no me afligiré por eso: apuradamente no le he dicho ya que se vaya, por puro miramiento; pero lo cierto es que desacredita mi casa, y que me haría mucha merced en que se despidiese de ella.

Conde. ¿Cómo así?

Fond. ¡O! ese es cuento largo... es historia de á folio. Pero si la curiosidad de V. E. se interesa en saberla...

Conde. ¿Qué? ¿lance de honor?

Fond. No señor, porque él tiene la gracia de desagraviarse á pendencias: lo que hay de malo es que guarda demasiado la bolsa; bien que nada

tiene de extraño con lo que le ha sucedido, porque en fuerza de ser un hombre sincero y bondadoso, se ha dexado vender y engañar. De aquí proviene su desgracia; que ha escandalizado de manera á sus amigos y camaradas, que los unos le han vuelto la espalda, y los otros se han mudado de mi fonda, por no encontrarse con él, y verse en la necesidad de saludarle.

A Minna aparte.

Conde. Qué tal, sobrina, ¿no os parece que ha sido ligereza el venirnos á casa de este hombre?

Minna. Eso tiene remedio todavía: darle una excusa para que no lleve á mal nuestra mudanza, y hacerla á otra parte: ¿por ventura puede haber inconveniente en este paso?

Conde. ¿Pues no? ¿pensais que no deben preveerse las resultas? Yo temo que este oficial ha de ser del Regimiento del Mayor: y en tal caso es menester que á qualquier costa...

Fond. En lo demas es un mozo muy urbano, y que sabe vivir.

Conde. Claro está: á costa de otro.

Minna. Tio y señor, el exemplo del sugeto mas respetable nos enseña á fiar poco de los juicios

de los hombres: éste de quien se nos informa con tan poca recomendacion, es muy posible que sea tan desgraciado como el Mayor Teleim.

Con viveza.

Fond. ¿El Mayor Teleim? ese mismo...

Aparte.

¿pero qué voy á decir?

Minna. ¿Y qué sabemos si el propio Teleim...

Conde. ¿Qué pronuncias? ¿has perdido el juicio? ¿Pues hubiera osado este bellaco hablar así de semejante persona, sin que le hubiera muerto á palos?

Aparte.

Fond. ¡Cáscaras! lo que me esperaba si digo que es él. ¡Buena la habíamos hecho!

Conde. Vaya, acortémos discursos, y acabad de despojar á vuestro oficial, ó vuestro calabaza, arrojando por la ventana, si no basta la puerta, quanto pueda pertenecer á ese bribon.

Aparte.

Fond. Ya me guardaré bien de dexar ni aun rastro por donde vuelva á acordarse de él, á trueque de que no continúe las glorias de mi panegírico.

Conde. Cuidado que no quede cosa aquí que pue-

da venir despues ese hombre reclamando, y que ni aun espere tenernos que agradecer, quanto mas pagar los cumplidos ordinarios. ¿Lo entiendes?

Fond. Sí señor, sí: yo haré de modo, que hasta el oir hablar de él no os incomode. Vosotros venid conmigo.

Vase con los lacayos.

SCENA III.

Fancheta, Minna, y el Conde.

Conde. Lo que yo estoy viendo ya, es que no podrémos excusar una visita de este oficial.

Minna. ¿Hay mas de no recibirla?

Conde. Por lo que á mí hace, ántes quisiera recibir al diablo, que á un hombre de la traza con que nos le han pintado. Pero mudando de conversacion: tú, sobrina, ¿no has podido hallar la menor noticia de Teleim? Me pesa mucho y es menester no acobardarnos: prosigue tus pequisas por todos los medios imaginables, y no dudes de mi asistencia, y mi ayuda.

Minna. En eso estoy; pero este oficial: este oficial...

Conde. Este oficial: este oficial es un pícaro. No me le tienes que nombrar otra vez. Te se figurará á tí que no hay otro por donde adquirir nuevas de Teleim. ¡Bravo! hoy mismo ¿qué digo hoy mismo? en el instante te las he de traer. Luego parto á saber qué se ha hecho en la corte: tú en tanto queda advertida de dar á ese maldito oficial, si se presenta, con la puerta en los hocicos, que yo voy á servir á Teleim. El viage que he hecho desde Saxonia no ha tenido otro objeto; con que, sin que me oigan á lo ménos, no me he de volver: que por falta de voces no ha de quedar.

Aparte.

Fanch. Eso yo lo fio.

Cond. Sí señora. Teleim exîge estos oficios, y yo no se los tengo de negar. Veré al Ministro de Guerra, y si es menester al Rey mismo, y le diré: "Señor, V. M. no tiene en todo su reyno »un hombre tan honrado como Teleim: es un »vasallo fiel, y un enemigo generoso. Ya podeis »restituirle sus bienes, su honor, su empleo; y »aun no haréis mucho en colocarle á vuestro »lado, habiendo tanta escasez de hombres de »bien, y mas en la corte."

Minna. Bueno, tio; pero con otro estilo.

Conde. ¿Con otro estilo? no ha de ser sino con este, y aun le añadiré: "sepa V. M. que le han »engañado, y que ha dado demasiado crédito »á los acusadores, ó por mejor decir, á los ému»los de Teleim. Ellos le han persuadido que su »conducta de nada ha tenido ménos que de pura »y fiel en la exâccion de contribuciones que nos »hizo en la última guerra, y por prueba daban »los papeles que se le encontrarian de inteligen»cias y acuerdos con nosotros. En su virtud »mandó V. M. ocupar todo su escritorio, y le ha »condenado por solo un documento que no acre»dita sino su beneficencia y humanidad. Sí señor: »V. M. habia dexado á su arbitrio la quota á »que debian ascender quando nuestra situacion »no las consintiese mayores. Teleim ha executa»do puntualísimamente vuestras órdenes, que»riéndolas cumplir en toda su extension; pero ya »que el conocimiento práctico é indubitado de »nuestra miseria le reduxo á imponernos la carga »más ligera (aunque siempre insoportable á nues»tras fuerzas) importa que V. M. sepa cómo se »conduxo para qué pudiésemos sufrirla. Le ha»bian nuestros Bailiages representado inutilmen-

»te la imposibilidad de satisfaceros, á pesar de »la execucion militar con que Teleim los habia »amenazado: todos nuestros conciudadanos con »las manos juntas, y levantadas al cielo, cla»mando por el ser supremo, por la humanidad, »y por vos mismo, aguardaban afligidos la suerte »que les preparaba el zeloso executor, bien fue»se el incendio, el pillage, ó la muerte, que »aquel no dexaba de retardar; pero que ellos no »obstante miraban inevitable. Teleim corre la cor»tina á esta scena tan patética y triste: llena aque»llas abatidas almas de consuelo y alegría; y dan»do libertad á las lágrimas que la autoridad y el »decoro habian tenido reprimidas, abre su propio »bolsillo para completar la suma que ellos de»bian, y V. M. demandaba. Esta es la deuda de »los Saxones, y el delito de Teleim. Este el »reconocimiento que todo un pueblo postrado »en tierra le ha tributado, y no como se ha que»rido persuadir el precio de sus pérfidas condes»cendencias hácia los Bailiages. Dígnese, pues, »V. M. reparar los perjuicios que padece, como »un rasgo el mas característico de la soberanía; »pues en su defecto tomarémos á nuestro cargo »esa incumbencia. Reserve V. M. enhorabuena

»el vale que hemos hecho á Teleim, y que la »calumnia y la ruindad han llevado hasta los »pies del trono; que no por eso dexarémos de »pagar á este heróico oficial los dos mil doblo»nes que nos ha adelantado, quedando despues »acreedor á nuestro eterno agradecimiento."

Minna. ¡Ay tio y señor! ¡qué corazon teneis tan noble y generoso! Bien mostrais quánto la virtud os inflama, pues temeis tan poco irritar al que la ha de juzgar. ¿No veis que para hablar á los Reyes es necesario mucho tiento y circunspeccion?

Conde. Lo veo: pero no veo que esta circunspeccion y ese tiento me arrastren á prostituir la verdad; porque en mi concepto tiene ménos vergüenza el que se retrae de mirarla desnuda, que el que mendíga disfraces para cubrirla.

Minna. Teneis razon; mas el amor que mostrais á Teleim os debe abstener de comprometerle, quando tratais de servirle.

Conde. ¿Cómo es eso de comprometerle quando trato de servirle? ¿pues me crees tú algun tonto, ó algun bestia? Si digo yo que los niños quieren apostárselas á los viejos. Ahora bien, tú que tanto sabes, dirige este negocio como te pa-

reciere, que yo ni entro, ni salgo. *Siéntase.*

Aparte.

Fanch. Poco perderíamos en eso.

Minna. Pero señor, si no me habeis entendido. ¿Es posible que una reflexîon?...

Conde. ¿Pues no sé yo tambien reflexîonar? El mal está en que sea tan majadero, que me quiera tomar estos cuidados.

Minna. Vos quereis obligar. ¿No es así?

Conde. Como que ese es mi flaco; pero deseo que se me dexe obrar.

Aparte.

Fanch. Estamos ya tan escarmentados...

Conde. Que se tenga confianza en mis operaciones.

Minna. Es muy justo.

Conde. Que se me dexe reflexîonar á mí solo.

Aparte.

Fanch. ¡Para el alma que se opusiera!...

Conde. Y que nadie presuma tener mas entendimiento que yo.

Minna. Jamas he tenido semejante idea.

Aparte.

Fanch. ¿Pues no sería un gran pecado de vanidad?

Minna. Tio mio: mi querido tio, estad cierto...

Conde. Basta: no haya mas: calla, y déxame ha-

cer. Ya te prometí correr al alivio de Teleim, y lo he cumplido, á pesar de la gota, porque te interesa, y á mí tambien; pero enmedio de eso es menester admirar su extravagancia. ¿Reusar tu mano porque eres rica? El diablo lo ha imaginado; y ciertamente que me pica su galantería. Sin embargo ya estoy empeñado en servirle.

Minna. Y yo muy obligada de esa fineza.

Conde. No, no: bien me la puedes agradecer; pues maldito si tenia gana de presentarme al Rey de Prusia, porque ignoro el recibimiento que me hará. Este Príncipe no gusta sino de militares ó literatos: yo no soy lo uno, ni pienso ser nunca lo otro; que no he de desairar los diez y seis quarteles de mi escudo de armas, ni hacerme sabio por complacerle. Harto estoy de ver á los Algarotis, los Mopertuis, y los Voltaires en su coche con él: pero ¿qué substancia sacaban de eso?

Minna. Teleim, no obstante, os ha hecho confesar que la ciencia...

Conde. Teleim no me ha hecho á mí confesar nada. El es un menguado; yo me enfadaba, y le precisaba á darme la razon.

Fanch. Siquiera por no oirte. *Aparte.*

Conde. El está un poco preocupado por la litera-

tura; pero es menester disimulárselo, porque al fin me lee las gazetas, y en verdad que contienen cosas curiosas; pues dicen las promociones que hacen los soberanos, los nombres de sus empleados, los casamientos y muertes de los xefes de las casas; y últimamente todo lo que hay que saber de mas importante.

Aparte.

Fanch. Para los diez y seis quarteles.

Conde. Voy, voy á ver á quantos estamos de comida y camas, y despues á visitar á los Ministros, á los Comisarios, y á la corte entera, y hacerles entender nuestra justicia, si es que quieren entenderla. *Vase.*

SCENA IV.

Fancheta y Minna.

Minna. Mi tio me hace temblar.

Fanch. Pues no me parece que hay por qué; pues el señor Conde ama tanto á Teleim como vos misma, y le llevan toda la atencion sus alivios.

Minna. Es verdad.

Fanch. Además de que él ha hecho lo que sin ayuda no hubiérais podido hacer vos.

Minna. Tambien es cierto.

Fanch. Ha dexado su casa y su tierra por venirle á defender.

Minna. En todo convengo... él es el mas benéfico del mundo ; pero su humor perjudica comunmente á los que quiere favorecer.

Fanch. Eso es en lo que tambien convengo yo.

Minna. Es capaz de enojarse con los criados, si le detienen un momento en la antecámara ; y mas adentro, con los Ministros, si no le satisfacen sobre esta detencion ; y reconvendrá á unos y á otros con que si no le conocen, habiendo de ellos quien ni aun haya oído su nombre : mas lo peor no está en eso, sino en que á la menor réplica que le hagan en el negocio de Teleim, los dexará con la palabra en la boca, y saldrá echando pestes contra los Ministros y Comisarios, tratándolos de tontos, de malévolos y envidiosos, con que se perderá todo.

Fanch. Sus arranques son esos, pero se le pasan pronto.

Minna. ¿Y al ofendido se le pasará tan pronto su agravio? Otra cosa. Si por desgracia Teleim no resultase plenamente justificado, ¿quál vendría á ser su suerte?... Pero no sé cómo me tomo por

él estos cuidados, siendo así que en tanta ausencia no le he merecido una carta. Acordándome de esta tibieza, apénas hay instante que no me vea tentada de aborrecerle.

Fanch. ¡Pero qué cortos son por fortuna!

Minna. Tienes razon, Fancheta: pero díme ingenuamente, ¿no debo yo perdonarle este impertinente miramiento con que me trata en obsequio de la finura y de la heroicidad que envuelve? Sí amiga; yo me figuro en Teleim una criatura tan distinguida y privilegiada, que hace sombra á todo el género humano... pero mi entusiasmo y mi indiscrecion es quien da sér á estas quimeras.

Fanch. Con todo, es menester confesar lo que no se puede encubrir.

Minna. Y lo que no se debe encubrir. Yo amo á Teleim; pero no como se ama á los demas hombres, es decir, con aquella cautela y aquella desconfianza, efectos del desprecio con que miramos á nuestros semejantes, y de las preocupaciones de nuestra educacion. Yo le amo con seguridad; yo se lo declaro con franqueza, y la misma tengo con todos; porque ni temo al público, ni á mi amante, ni á mi propia, quando

contemplo que hay pasiones tan nobles que exigen respetos aun de las personas mas corrompidas; y si no ¿en quién pudiera yo haber colocado mi aficion que la mereciese mejor? ¿ó quién responderia mas adequadamente al público de la delicadeza de mis sentimientos?

Fanch. El discurrir así procede de que os veis huérfana, de diez y nueve años, y sin tener atencion que guardar.

Minna. Aun quando subsistiese baxo la patria potestad, pensaria lo mismo. Diria á mis padres: "este es el hombre que puede solo hacerme fe»liz en el mundo: este es el que yo prefiero á »todos por la ventaja que á todos lleva su vir»tud; por tanto le elijo, le quiero, y le amo »para esposo mio."

Fanch. Eso es ser de golpe y porrazo.

Minna. Los que deben avergonzarse de su conducta son aquellos que se casan sin respetar el matrimonio, ó que se mantienen celibatos para pervertir el órden de la sociedad, y no por virtud, sino por un efecto natural de sus desarreglos, y se avergüenzan por un remordimiento de su conciencia; pero yo ¿por qué he de avergonzarme de querer á Teleim: mi in-

clinacion me llama á ser madre tierna, esposa fiel; y de ello es fiador mi corazon, á quien he consultado para asegurar mi virtud: quanto mas, que esta propension á amar nace con nosotros, ¿y qué pasion hay tan loable y tan honesta quando no da márgen á la censura de las gentes, ni nuestro propio pundonor encuentra por donde afearla? Yo amo á Teleim, y despues de haber tenido la complacencia de dárselo á entender, no me resta otra sino que nadie lo ignore.

Fanch. Haceis bien, señora; pero no me sucede á mí así con Pablo Verner; pues quando se me habla de nuestros amores, me pongo mas colorada que una grana, y con todo eso...

Minna. Ya te entiendo; pero tú estás demasiado bien criada para tener el falso pudor de que yo hablo, y que suele ser consiguiente á tu corta edad en que se trasciende poco.

Fanch. Ese es favor que me haceis; pero en verdad que yo demasiado trasciendo.

Minna. Calla... y vamos á otra cosa. Ridern, á quien he mandado que vea á este oficial del regimiento de Teleim, no vuelve aun, y no sé á qué atribuirlo. Es tanta la impaciencia que tengo por saber...

Fanch. Despacio, señora; que Ridern acaba de partir.

Minna. Pero para excusarme con este caballero, á quien hemos desalojado, ¿es menester tanto tiempo?

Fanch. Y para preguntarle donde está Teleim; lo que sabe de sus negocios, &c. ¿es menester tan poco?

Minna. Yo no le he dado ese encargo, Fancheta; pues solo le he prevenido que pida ese oficial...

Fanch. Yo no acertaré á decir lo que le habeis prevenido; pues lo cierto es que le habeis hecho ir y venir diez veces para darle de otros tantos modos el recado; y yo me llevaria un chasco si él lo hubiese entendido solo una.

Minna. ¿Eso hay? pues á buena hora lo avisas. ¿Por qué no lo dixiste ántes, te hubiera enviado á tí?

Fanch. ¿A mí, señora? ¿una criada vuestra ir en busca de un oficial? ¿pues creeis que son todos como Teleim?

Minna. Tienes razon, Fancheta mia. Díme, ¿conoces tú otro que tenga mejores qualidades que Teleim?

Fanch. Verner tambien tiene su mérito.

Minna. ¿Que sea mas generoso y bizarro?

Fanch. Así tuviera con qué.

Minna. ¿Que se presente con mas garbo?

Fanch. El no hace mas que el exercicio; pero es con una gracia...

Minna. ¿Que tenga mas agrado, mas amabilidad?

Fanch. De quando en quando arroja un juramento, pero sin hacer mal á nadie.

Minna. ¿Pues qué, jura?

Fanch. Alguna vez; pero de un modo que me hace desternillar de risa.

Minna. ¡Qué ingenio!

Fanch. Es muy chistoso y divertido.

Minna. Pero cómo, que dice las cosas con un donaire sin igual.

Fanch. ¿Luego le habeis oído alguna vez?

Minna. ¿A quién? ¿á Teleim?

Fanch. Si creí que hablabais de Verner.

Minna. Anda, que tan locas estamos una como otra.

Fanch. ¿Qué quereis, señora? Cada qual tenemos nuestra manía, y la mia se va pareciendo á la vuestra en que me impacienta ya la tardanza de Ridern, porque le encargué que de camino se informase de Verner.

Minna. ¿Esto mas? ¿y qué hace ese informe á mi propósito? Ya no extraño que tarde si ha llevado esa nueva comision, que no dexará de evacuar, aunque sea con perjuicio de la mia. ¿No te parece que es de mucha importancia el saber de Pablo Verner? ¿y á quién quieres tú que le pregunte? ¿al oficial? ¡Ahí estará él para dar razon de un aposentador! Bueno será que no le haya despedido á empellones.

Fanch. Con eso volverá mas pronto.

Minna. Basta ya de chanza; y baxa luego á preguntar al Fondista y á mis criados dónde está Ridern, y qué es de ese oficial, trayéndome al momento la respuesta. *Vase.*

SCENA V.

Fancheta sola.

Fanch. Voy volando; pero si tropiezo por fortuna con Verner, se llevó el diablo la comision.

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

Justino y el Fondista.

Just. Esto es hecho. El señor Mayor no quiere el quarto donde has pasado sus alhajas, ni otro alguno. Tú nos has mudado sin contar con nadie; y así vé aquí tu dinero, que nosotros nos vamos: marcha.

SCENA II.

Justino, Verner y el Fondista.

Vern. ¿Qué hace el seo Justino con este canalla?

Just. Le pagaba, y decia que se me quitase delante.

Vern. ¿Y qué todavía se hace de pencas? Por vida de, que si no te vas, he de pagarte yo como mereces.

Fond. No, no: sino pido nada.

Vase corriendo.

SCENA III.

Justino y Verner.

Vern. Amigo Justino, yo vengo determinado á entregar mi pequeño caudal al Mayor; y luego me parto á hacer la guerra á los Tártaros, á los Cosacos, y á los Calmucos.

Just. ¿Y qué animales son esos?

Vern. Vos sois un pobre hombre. ¿Pues no habeis oído hablar de Pugast-Chew?

Just. No: ¿quién es ese Pugast-Chew?

Vern. Es el xefe de ciertos revoltosos, á quien tengo terrible ojeriza: y así pienso agregarme á los Rusos para cascarle las liendres. Gracias á Dios que hay guerra, aunque sea en un rincon del mundo: que yo esperaba que se volviese á encender en Alemania; pero no veo traza de campamentos, ni revistas; y no puedo vivir sin batallas. Cabal: soldado nací, y soldado he de morir, que para eso tienen los Rusos guerra con los Calmucos, y los Tártaros. Veamos si estos señores son tan bravos como los Européos, como los Alemanes, y sobre todo como el soldado Prusiano.

Just. No creo que seais tan loco, que abandoneis vuestra hacienda.

Vern. Para eso la llevo conmigo, que la he hecho quartos.

Just. ¿La habeis vendido?

Vern. Como suena: ayer me diéron por ella doscientos ducados, que le traigo al Mayor en buena moneda.

Just. ¿Para qué?

Vern. Para que se los coma, para que se los beba, y para que se los juegue: que un hombre como él no debe estar sin dinero: y es harta superchería por mi vida, que se le retenga hace tanto tiempo lo que se le debe, y que se trate al hombre mas honrado del exército con tanta barbarie é injusticia. ¡Ah! si yo estuviese en su pellejo, ya echaría noramala el servicio, y me mondaría con Pablo Verner.

Just. Amigo Verner, vos sois bueno hasta no mas; pero guardaos vuestro dinero, que nosotros no le querémos; y aun podeis recoger el que disteis en depósito á mi amo, porque me ha encargado os diga le quiteis ese cuidado.

Vern. Antes me habeis de decir á cómo está de caudal propio.

Just. A ninguno.

Vern. ¿Pues de qué os manteneis?

Just. De las reliquias de nuestra fortuna.

Vern. ¿Y reusa tomar mi bolsillo en semejante estrechez?

Just. Sí, y aun acaba de reñirme asperamente porque le dí á entender que estábamos de acuerdo en que podia disponer de él á su arbitrio.

Vern. Pues hemos de ver quién puede mas.

Just. Os cansaréis en valde; y para que lo creais, os he de contar una accion suya muy reciente, que me acaba de confundir, y os debe quitar toda esperanza de que acepte vuestro agasajo.

Vern. ¿Y quál es?

Just. Ya conoces á la Condesa de Marlof.

Vern. Sí: es la viuda de uno de sus antiguos camaradas, señora muy respetable, y muy desgraciada, tan sobrada de familia, como falta de bienes.

Just. Pues en este instante ha salido de aquí.

Vern. Su marido debia mucho dinero al Mayor.

Just. Ya no le debe un quarto, y por eso no está mas rico mi amo.

Vern. ¿Cómo?

Just. Yo estaba oculto en su aposento sin que él

lo supiese, y he presenciado una escena la mas extraordinaria que he visto en mi vida. Entró Madama Marlof, y le dixo que venia á pagarle las deudas de su marido, y recoger sus vales. El Mayor se hizo el desentendido de tales deudas, y tales vales: la obligó á volverse con su dinero, y en quanto puso el pie fuera de la estancia los hizo pedazos.

Vern, ¿Y son estos los hombres á quien se persigue? ¿y hay camaradas tan infames, que quando debieran besar donde pisa, le vuelven la espalda? Vaya, es menester que yo huya de esta tierra: ¡sí, Justino, no hay remedio! porque al acordarme de esto, faltaría á la subordinacion, y temo que me volvería contra el mismo Coronel.

Just. Y ya que os vais, ¿por qué no es hácia Saxonia?

Vern. Amigo, porque no puedo. El exemplo del Mayor lo repugna. El se ha dexado allí, como yo, una dama sumamente amable, y á pesar de eso, no piensa volverla á ver: con que es forzoso irse á matar enemigos. Fancheta y la gloria, son las dos señoras únicas que reconozco. Pero en todo caso no me la traigais á la memoria,

porque se me angustia el corazon.

Just. ¿Pues Fancheta, no os corresponde?

Vern. Qué sé yo.

Just. ¿No lo sabeis?

Vern. No: pero qué mucho si ya me habeis visto en la campaña, y no creo me tengais por corto, ni perezoso; y no obstante, jamas he tenido valor para mirarla cara á cara, y preguntarla si me queria.

Just. ¡Qué flaqueza!

Vern. Mas con todo, yo estoy en que ella me ama, porque esos secretos mas se suelen fiar á los ojos, que á la lengua.

Just. Sea enhorabuena, amigo Verner: y con esto, á Dios, que voy á buscar posada para esta noche. *Vase.*

Vern. Allá voy tambien...

SCENA IV.

Minna y Verner.

Mirando adentro.

Minna. Avisadme luego que vuelva Fancheta.

Repara en Verner.

¡Pero qué veo! ¡podré dar crédito á mis ojos! ¿No sois vos Pablo Verner?

Con admiracion.

Vern. Señora... ¿qué miro? ¿si me engañaré? ¿sois por dicha Madama la Condesa?

Minna. Sí soy: y apénas creo tan venturoso encuentro.

Vern. ¿Pues quién habia de daros aquí? ¿ó qué puede haberos traido?

Minna. El deseo de proporcionar algun consuelo á vuestro Mayor.

Vern. ¡Ah, señora! quánta es vuestra generosidad, y qué superior sois á todos los bienes de la tierra! Por fortuna nuestro regimiento está aquí de guarnicion. ¿Pero podréis creer que no habiendo oficial en el cuerpo á quien el Mayor no tenga en obligaciones, todos desde su desgracia huyen de él con la mas fea ingratitud?

Minna. ¡O qué golpe para su sensibilidad!

Vern. Pero él los paga en la misma flor: de ninguno hace caso. Bien es verdad que su alma está herida, y no hay sino vos que se la podais sanar.

Minna. ¿Ha dudado acaso de mi ternura?

Vern. Ahora le ocupan todo sus infortunios.

Minna. Yo no los creo tan irreparables, que no baste el testimonio de nuestros estados...

Vern. No señora, no basta, porque no quiere reclamarle, diciendo que sus enemigos le argüirán de haberle mendigado, y sacarían nuevas ventajas contra él.

Minna. Sin embargo, á venir nuestra primera nobleza en su demanda...

Vern. Aunque viniera toda la Saxonia, adelantaría muy poco: y eso que ya se le han empezado á dar pruebas de la precipitacion con que ha sido tratado; pero no será él tan generoso que admita de gracia estos oficios. Por exemplo, se le habia prohibido salir de Berlin, y ahora se le ha alzado el entredicho: ¿pero qué tenemos? él ha respondido que no ha de poner el pie fuera de la ciudad hasta haber confundido á sus contrarios, aunque le costára dexar la cabeza en un cadahalso. Esto se llama bizarría.

Minna. Como suya.

Vern. El Director de la caxa militar, su enemigo secreto, le acaba de insinuar que dentro de una hora se presente en su posada. Yo temo que

sea para prevenirle que se retire, ó acaso para ofrecerle algun favor.

Minna. Que desechará.

Vern. Sin duda. El ha quedado en ir; pero estoy seguro de que el acusado confundirá al acusador. Ahora bien, madama, su verdadero consuelo estriva en vuestra venida, y yo cuento con él para entrambos. El Mayor tiene quanto ha menester en una dama sin par, que le adora, en un Aposentador que se dexará desquartizar por servirle, y en su propia conciencia que le salva. ¡Qué bienes para no vivir alegre! Yo voy á anunciarle vuestra llegada... ¡pero santos cielos! ¿no es Fancheta?

Al irse á partir, columbra á Fancheta, y con la sorpresa se va retirando para dar lugar á que ésta hable con la Condesa, sin reparar en él.

SCENA V.

Fancheta, Minna y Verner.

Fanch. ¡Ay señora! albricias, que acabo de ver á Teleim. Se ha arrojado á mis brazos. Fancheta, mi amada Fancheta, me dixo arrebatado, ¿á

qué ha venido tu ama? Yo no debería ponerme á su vista: sí, yo no debería parecer en su presencia; pero no tengo valor para reusarla: ya te sigo.

Minna. ¿Qué dices, Fancheta? ¿Yo estoy próxima á verle? ¿Mis ojos van á recobrar su objeto? Pero, ¿qué? ¿dice que debería huirme? ¿que no debería verme? ¿Por qué no le has traído contigo? Yo tiemblo...

Fanch. Pasito, señora: que es menester dar lugar á que llegue, pues está el pobre mozo tan abatido y acabado, que no puede andar á mi paso. Además de que (ya lo sabeis) los hombres son muy vanos, y conviene que se enxugue los ojos, y afecte entereza. Pero haced este obsequio á vuestra impaciencia, y salidle al encuentro, si ya no es que se ha zabullido en vuestro quarto.

Minna. Salgo volando á recibirle; pero ántes he de pagarte beneficio por beneficio. Tú me traes á Teleim, y yo te dexo con Verner.

Vase señalándola á Verner, con cuya vista queda tan sorprehendida como él.

SCENA VI.

Fancheta y Verner.

Fanch. ¿Verner?

Vern. ¿Fancheta?

Fanch. Yo estoy turbada. *Aparte.*

Aparte.

Vern. Yo no sé qué decirla.
Yo te daba cien leguas de aquí.

Fanch. Pues yo no te daba tan cerca.

Vern. No porque me pese del hallazgo.

Fanch. Ni á mí tampoco, á fé mia.

Vern. Por señas de que he admirado tu buena voluntad hácia el Mayor, y el regocijo con que anunciabas su venida á la Condesa.

Fanch. Es que me consta lo grata que habia de serle esta nueva: porque es de tanto gusto el hacer saber su dicha á otro...

Aparte.

Vern. Ya se vé. Y no se acuerda de la suya.

Fanch. ¿Hace mucho que está por acá Monsieur Teleim?

Vern. Dos años, tres meses, diez y ocho dias, y doce horas.

Fanch. Cabal: la misma es mi cuenta. Y nuestra reunion, Verner, ¿será muy duradera?

Vern. Pluguiese á Dios que nunca se acabase.

Fanch. ¡Oxalá! Que á todos nos estaría bien, incluso mi ama.

Vern. ¿Quiere tanto al Mayor todavía?

Fanch. ¿Pues tienes tú por tan fácil el olvidar lo que una vez se quiso?

Vern. ¿Cómo fácil? ni posible. Si yo te dixera lo que hacíamos para acordarnos de vosotras....

Fanch. Para eso nosotras no necesitábamos de artificios que excitasen vuestro recuerdo, porque se nos ofrecia naturalmente en quanto hacíamos.

Vern. Lo mismo á nosotros.

Fanch. Enmedio de la mayor concurrencia...

Vern. Siempre que estábamos solos...

Fanch. Me decía la Condesa: ¿Ves tú aquí alguna persona comparable con Teleim?

Vern. Nosotros decíamos: Nadie merezca nuestra vista, no viendo á Madama la Condesa... y á Madamita Fancheta.

Fanch. Si la referian una accion heroica, ó la alababan un personage benemérito, prorrumpia... se parecerá á Teleim.

Vern. ¿Y á Verner no, Fanchetita?

Fanch. Eso lo decia yo en mis adentros. Otras veces tomábamos un mapa...

Vern. ¿Mapa? ¿Y para qué, Fancheta?

Fanch. Para buscar el sitio donde os hallabais. y seguiros siquiera mentalmente. La Condesa me decía. "Ahora estan aquí: ahora estan allí: »los Austriacos estan acampados en aquel lugar, »los Prusianos en este: hoy ó mañana se debe »dar aquí una batalla: el Mayor Teleim cargará »á la frente de su regimiento..."

Vern. Y Verner, ¿qué hacia?

Fanch. Yo no osaba mirar, ni aun atender á semejantes descripciones, porque temblaba como un niño, aguardando quando era la hora de que se descargaba un fusil, y te levantaba la tapa de los sesos.

Vern. Muchas gracias, hija mia. Pues nosotros quando íbamos destacados, quando embestíamos, quando forzábamos las líneas enemigas, decíamos: vea usted aquí si ellas no tuviesen miedo, ¿qué placer no sentiríamos de combatir á sus ojos? Y viendo yo que no habia otro remedio, me proponia contaros á mi vuelta las proezas que yo habia hecho por la gloria, y por vos, señora Fancheta.

Turbada.

Fanch. ¿Cómo por mí?

Sobrecogido.

Vern. Perdonad, que...

Fanch. No hay de qué.

Aparte.

¡Que no me atreva á escucharle!

Aparte.

Vern. ¡Que no tenga yo valor para hablarla mas claro!

Fanch. La pasion de Teleim á la Condesa me tiene toda ocupada.

Vern. La ternura de la Condesa hácia Teleim me lleva toda la atencion...

Fanch. Y así, voy á noticiarla su fortuna.

Vern. Y yo á él la suya.

Vanse cada uno por su lado, y ántes de entrar vuelven á mirarse, y dicen como cortados.

Fanch. Monsieur, besoos las manos.

Vern. Madama, besoos los pies.

Entrase Fancheta apresuradamente despues de haberle hecho una ligera reverencia, y él queda confuso en ademan de haberse dexado algo por decir.

SCENA VII.

Verner solo.

Vern. Ya partió, y mi secreto se ha quedado en el buche: corro á alcanzarla... ¿pero seré mas determinado quando vuelva á verla?

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Minna y Fancheta.

Minna. ¿Ves, Fancheta, qué bien te seguía? ¡Ah, cómo te ha burlado! ¡Y cómo habrá torcido el camino hácia la casa del Ministro que le aguardaba, siendo lo peor que regularmente no se habrá prevenido de aquel fondo de moderacion que le es tan preciso, y que tal vez hubiera yo podido inspirarle!

Fanch. No, no, señora: que me dixo que me seguía... Pero tened, que si no me engaño él viene aquí... Con efecto él es...

Minna. Pues disimulemos, y hagamos frente á su desesperacion, con un ayre festivo é indife-

rente, que si es posible le haga dudar de su desgracia, al paso que le advierta de la parte que me tomo en repararla.

SCENA II.

Fancheta, Minna y Teleim.

La actriz que represente el papel de Minna debe esmerarse en esta escena, para dar á conocer por movimientos de tristeza quando Teleim la habla, la violencia que se hace para contestarle con alegría: y asimismo para pasar gradualmente de este tono á otro mas serio y grave.

De un semblante mustio toda la escena.

Teleim. ¡Minna! ¡mi querida Minna! ¿aquí vos?

De un ayre jovial y afectuoso.

Minna. ¡Teleim mio!

Teleim. ¿Vos en Berlin, señora? ¿Pues qué accidente puede haberos traído? ¿Qué buscais en este país?

Minna. Nada absolutamente... ¿Y vos, Teleim?

Teleim. Yo, sí señora, busco aquella virtud que echo ménos para hacer cara á mis desdichas.

Minna. ¿Virtud? ¿qué decís? ¿y nuestro amor?

Teleim. Ay señora, que á ese recuerdo me estremezco.

Minna. ¿Os estremeceis? pues yo me conforto. ¿Por ventura me amais todavía?

Teleim. ¿Que si os amo, Minna? mas que á mí mil veces.

Minna. ¿Vos me amais, Teleim? ¿Vos poseis el corazon de Minna, y os teneis por desdichado? Por cierto que dexas ayrosa mi vanidad, quando me creía yo mas poderosa para animaros, que todas vuestras desgracias para abatiros.

Teleim. Eso fuera á no estar privado de vos, señora. Yo bien puedo soportar mis trabajos, y hacerme fuerte contra la crueldad, y la injusticia de los hombres; pero no me siento con fuerzas para sobrevivir á nuestra separacion.

Minna. ¿Y quién será capaz de separarnos? ¿Acaso vos, Teleim?

Teleim. El honor. Yo no soy ya aquel Teleim que conocísteis en Saxonia: aquel hombre ante quien se abrian las sendas de la fortuna y de la gloria: soy un soldado abatido, arruinado, perdido por sus enemigos, y no debo haceros partícipe de mis infortunios.

Minna. Pues ved precisamente lo que yo vengo buscando.

Teleim. Yo no tengo ya otro recurso que un desierto.

Minna. ¿Y Minna? Yo os consiento que aborrezcais á toda la naturaleza humana, pero con la condicion de que este ódio haya de ceder en provecho de nuestro amor. Vos teneis sobrada razon para quejaros de los hombres. Cierto. Pues abandonadlos por mí, aunque les quede yo en la obligacion de haberme subrogado en sus derechos sobre vos, que seguramente no se los restituiría sino con mucha pesadumbre. ¿Comprehendeis quanto encarezco esta dicha? Esto es: Teleim se ha desprehendido de todos los vínculos que le unian á los demas: él ha renunciado al servicio del Rey, á su corte, y á sus ministros: ha vuelto á cobrar su tiempo y su libertad, que me sacrifica: la malignidad de los hombres le ha auyentado de ellos, para vivir á solo Minna que conoce, aprecia, y respeta las virtudes: y ved como el amor y estimacion de Minna bastan á constituir su felicidad.

Teleim. ¿Qué escucho? ¿dónde estoy? Dexadme, señora: no me ofrezcais un bien que no puedo

admitir sin la nota de usurpador; y temed que no tenga todo el ánimo necesario para resistirle.

Minna. ¿Temerlo? Bueno está, quando lo solicito.

Teleim. Mirad por vos, señora, y ponderad lo que es un hombre caído de la gracia de su señor, y ofendido en su honor.

Minna. Si está culpado, le compadezco; y si inocente, le estimo mas.

Teleim. Es un hombre extrangero en la sociedad, á quien el mas vil tiene licencia para insultar, y cuyo trato y conexîones reusan todos: es un hombre que por precision ha de renunciar al mundo, como destituido de conocimientos, amigos y parientes, y marcado con el sello de la infamia.

Minna. Despacio, despacio, señor Teleim: que yo con semejante hombre nada tengo: yo quiero sólo á uno que me haga envidiada, y ese sois vos. Venîos conmigo á vivir enmedio de mi patria, y enmedio de aquellos mismos Saxones á quienes habeis conservado los bienes, las vidas y las honras: allí veréis si Minna se avergüenza de ser vuestra.

Teleim. ¡Ah, señora! que astutamente ingeniosa

discurris para animarme, y aun para ensoberbecerme.

Minna. No, no: aquí no hay misterio. Vos sois tan famoso en Saxonia, como desconocido en Berlin; pero si mi amor os es tan apreciable como decís, nadie debe quejarse de vuestra desesperacion como yo, que no basto á contrapesar las demas penas, quando sabeis que el crédito solo de vuestras acciones en aquel pais me arrastró á conoceros, y la diligencia que puse en que os dexaseis encontrar de quien os buscaba llamada de vuestra gloria, facilitó vuestro hallazgo. ¿No es este, digo, un título suficiente para consolaros? Quanto mas que los sucesos no siempre corresponden á las esperanzas, ni las mas veces las recompensas á los merecimientos; pero conviene recibir las indemnizaciones que por otro lado nos ofrece la fortuna: y decir v. gr. " Es verdad que perdí la estimacion „ de algunas gentes, preocupadas ó alucinadas; „ pero he hecho una buena accion que me ha „ valido todo el corazon de Minna."

Teleim. ¡Ay Minna adorada! qué poco vacilaría mi corazon á encontrarse entre el vuestro, y el mayor trono de la tierra; pero no os canseis

que no puedo alargar mi mano para traeros al precipicio.

Minna. Vaya que teneis idéas extrañas. Temeis asociarme á vuestra desdicha, y la repulsa de vuestra mano labra mi afrenta. Sí, Teleim: ved el único mal que podeis hacerme. Nuestras Saxonas han comprehendido mi amor y mi flaqueza, y me envidian la felicidad de haberos conquistado.

Con una sonrisa afectada.

Teleim. ¡Ah! que yo conozco demasiado á las mugeres, para creer que os envidien la parte que pretendeis en mi desgracia. No señora, la dichosa Minna no se ha hecho para el infeliz Teleim.

Minna. Antes yo me figuro que jamas hemos sido tanto el uno para el otro. Ambos tenemos mil bienes que partir, yo vuestros disgustos, y vos mis consuelos: y si bien quedais agraviado en el cambio, me amais de manera, que no me disputaréis la ventaja que os llevo. Por último, mi querido Teleim: ¿queréis que yo os diga verdades que no admiten réplica? pues estimaos, y cumplís con la justicia que os debeis: amadme, y aprovechais el alivio que os ofrezco: aceptad

mi mano, y desempeñais la deuda en que estais á mi reputacion.

Enternecido.

Teleim. ¡O quánto os engañais, Condesa! ¡ó (mejor diré) quánto trabajais por engañaros, haciéndome sufrir la alternativa mas cruel entre el amor y la obligacion! Yo no conozco la ambicion, la codicia, ni las demas pasiones que tiranizan al hombre:

Con toda la expresion del sentimiento.

solo conozco al amor, y al amor que vos me inspirais: sin vos no hay indemnizacion para mí en el mundo, y con vos no caben penas en un yermo; ¿pero qué digo? el cielo, el cielo todo no tiene para mí beneficios sobre la tierra si los separa de vos. Este es vuestro Teleim, y éste será hasta el postrer suspiro: no lo dudeis; pero tampoco dudeis,

Con entereza.

que ninguna cosa bastará á hacerme olvidar lo que me debo, y lo que os debo. Sí, Minna, en este momento en que os vuelvo á ver tan fina y generosa, en que reanimais mis espíritus con la perspectiva de la felicidad, en que vuestra hi-

dalguía, vuestra delicadeza, y vuestro cariño deberían sofocar todo otro sentimiento en mi corazon: en este mismo momento tengo la valentía de anunciaros, que si el Rey no me reintegra en mi empleo, en mi crédito, en...

Minna. Acabad.

Con gallardía y constancia.

Teleim. Sí haré... Mas primero urge evacuar cierta conferencia que decidirá tal vez de su destino. El Director de la caxa militar me espera: yo parto á verle;

Con entusiasmo.

si la suerte ha mudado el aspecto de mis negocios, concebid quál será mi ventura.

Con un tono mas melancólico.

Pero si la injusticia de los hombres lo ha ordenado de otro modo, no hay ya mas Minna, ni mas nada para Teleim. A Dios, señora.

Vase con precipitacion.

SCENA III.

Minna y Fancheta.

Fanch. ¿Así le dexais ir, señora?

Minna. ¿Qué quieres que haga, Fancheta, si su firmeza me dexa envidiosa, y su amor asegurada? ¡Qué hombre! respira corazon mio, y descansa de esta opresion en que te ha tenido la precision de afectar serenidad en presencia de Teleim. Yo aspiraba á esparcirle, á desminuir su amargura, á traerle hácia sí, recordándole mi amor; pero todo en vano, porque quantas respuestas me ha dado, pronostican que á no lograr la justificacion mas auténtica, todo está perdido para entrambos.

Fanch. ¿Y qué ha de hacer sino lograrla? El influxo de nuestros estados, el testimonio del señor Conde en favor del Mayor, precisamente han de abrir los ojos al Rey: y su inocencia...

Minna. Yo lo espero así.

Fanch. Yo quasi lo estoy viendo. El Rey tiene que volverle quanto le ha quitado, y mucho mas: que aunque es nuestro enemigo, me debe este concepto.

Minna. Este rasgo de justicia le ilustraría mas que todas sus victorias; ¡pero qué distante le miro! ¡y qué incierto el término de nuestras desventuras!

Fanch. Pues no hay fundamento, porque es imposible que no se dé audiencia á vuestro tio, y que no volvamos á ver al Mayor en su esplendor primero. Y á esta hora apuesto yo que no dexa de meter ruido el señor Conde en los tribunales.

Minna. Tal vez demasiado.

Fanch. No obstante: los que mucho gritan, suelen alguna vez sacar partido. En todo caso preparaos á darle un abrazo muy apretado quando vuelva.

Minna. Pluguiese á Dios que no te engañases.

Fanch. Y si no mejor será tratar de que halle pronta la mesa, que es el modo mas seguro de agasajarle, y de recompensar sus afanes.

Minna. Bien dices... pero á propósito. ¿Has dado las órdenes para la prevencion?

Fanch. No por cierto, ni habrán hecho falta; que buen cuidado habrá tenido de darlas por sí mismo. No tomeis pena por eso, que ya sabeis que no hay negocio, que pueda hacerle olvidar

el negocio de comer. La hora de la mesa es la única en que él no se encoleriza, ni habla de sus abuelos. Pero aguardad, que aquí viene el Fondista, y acabará de tranquilizaros en esta parte.

SCENA IV.

Minna, Fancheta, y el Fondista.

Fanch. A buen tiempo venís, para que nos digais si el señor Conde os ha dexado la comision de que le preparéis comida.

Fond. Sí señora, y de las mas exquisitas.

A Minna.

Fanch. ¿Veis cómo yo descuidaba con razon?

Fond. ¡O! el señor Conde es amigo del buen trato, de los bocados regalados, y de los mejores vinos. Es un hombre instruído, ilustrado, de un tacto fino, y de un gusto muy exercitado; pero á bien que ha encontrado con la horma de su zapato, porque á diestro y expedito nadie me gana: y aunque me veis así, tengo experiencia y habilidad que he adquirido con largos estudios, porque, ya se vé, la naturaleza no hace mas que desasnarnos; pero el arte nos acaba y perfecciona. Yo he viajado: he corrido el mun-

do: he servido en Inglaterra, en Francia, en Italia: en todas partes me han querido, y regalado; y así espero que el señor Conde se ha de pagar de mi talento.

Fanch. Quien os oiga, os tendrá por un sábio que viene de dar la vuelta al mundo.

Fond. Crea vm. que el difunto Baron de Ernattri, que me honraba con su amistad, y á quien yo serviría aun, sino hubiera muerto de la indigescion que le causó cierto plato que le compuse...

Fanch. No, no, amigo: no pedimos pruebas de vuestro acierto; lo que importa es que nos trateis de otra manera que al Baron.

A Minna.

Fond. ¿Y á qué hora quiere ser servida V. E.?

Minna. En viniendo mi tio.

Fond. Lindamente.

Fanch. No, sino en quanto asome por la puerta.

Fond. Estoy enterado.

SCENA V.

El Conde, y los mismos.

Mirando adentro.

Conde. ¡Ola, Ridern, Fricht! ¿No hay alguno que me responda? ¿quánto va que estos pícaros me hacen desgañitar?

A Fancheta.

Fond. Ya creo que viene el señor Conde.

Fanch. Con efecto, él es.

Fond. Me parece que ha de ponerme buena cara, y mas quando vea la mesa. Yo me adelanto á decirle como ya está pronta.

SCENA VI.

Minna, Fancheta, el Fondista, el Conde, y criados de éste.

Furioso y aparte.

Conde. Vengo hecho un basilisco contra el Director de la guerra...

A los criados.

¿Dónde estabais vosotros? ¿qué haciais? ¿cómo no habeis puesto la mesa?

Aparte.

No se ha de reir de mí...

Criad. Pero señor...

Conde. Andad noramala, y no me repliqueis.

Echalos á empellones.

SCENA VII.

El Conde, Minna, Fancheta, y el Fondista.

Fond. Señor, ya está puesta en la sala de abaxo.

Habla sin atender al Fondista, y éste toma su enojo por él.

Conde. Tonto, impertinente.

Fond. Allí está; sino que V. E. no habrá pasado por donde pudiese verla.

Conde. Sí: que he visto el mas atrevido y desvergonzado de los hombres.

Fond. Señor, perdonad que os repita que está en la sala de abaxo.

Conde. ¿Qué está, dices?

Fond. Sí señor, y en estado de recibiros.

Conde. ¿Pues qué hago que no baxo á matarle?

Echa mano de la espada: el Fondista, entendiendo que va á quitársela para comer, se acerca á tomarla, y aquel le rechaza.

¡Ah bribon! ¿tú intentas desarmarme?

Fond. Si presumí que os íbais á desceñir la espada para comer.

Conde. ¿Comer, infame? ¿quién piensa en eso ahora?

A Minna.

Fanch. Vaya que estan graciosos en extremo.

Al Fondista.

Conde. Ven acá: ¿conoces tú al Director de la caxa de Guerra?

Fond. Algunas veces come aquí.

Conde. ¿Y te atreverías á emponzoñarle?

Fond. Cómo quiere V. E...

Enojado.

Conde. ¿Qué, no te atreves?... este es un simple.

Aplacado.

¿Y cómo piensas tratarme?

El Conde se altera y serena alternativamente hablando del Director y de la comida.

Fond. Eso dexadlo por mi cuenta.

Enojado.

Conde. ¡Ola! ¡ola! el señorito.

Al Fondista.

¿Y tenemos macarrones?

Fond. Macarrones asados á la alemana, pastas á la inglesa, y sus intermedios á la francesa.

Conde. Grandemente.

Colérico.

Quando un hombre como yo os lo asegura, y os dice que lo ha visto. ¿Y vinos, qué tal?

Fond. Los hay de Francia, de España, de Ungría, de Portugal...

Colérico.

Conde. Todavía dudar, y mas dudar: yo os enseñaré á dudar, vive Dios.

Al Fondista.

¿No teneis vino de Hai?

Fond. Sí señor, pero es todo espuma.

Enojado.

Conde. ¿Espuma? ¿quánto apuestas á que te hago saltar mas alto que sube el tapon de sus botellas?

Fond. Señor...

Conde. ¿Y rosolís?

Fond. Los tengo de Danzick; de las Barbadas...

Empujándole.

Conde. ¿Pues á qué esperas? marcha; pero atiende, que los hagas enfriar.

SCENA VIII.

Minna, el Conde y Fancheta.

Riyendo.

Fanch. Ya no puedo detener la risa.

Hácese fuerza inútilmente para no reir.

Minna. Disimula, que si no...

Conde. Reid, reid; que teneis por cierto el mayor motivo del mundo. Ahora vengo del Directorio de la Guerra en obsequio de ese infeliz Teleim.

Turbada.

Minna. ¿Y bien, tio mio?

Fanch. ¿Y bien, señor Conde?

Conde. ¿Y bien, señora sobrina? ¿parece que ahora se me ha puesto vm. séria, y tambien la señora Fancheta? Continuad, continuad vuestras carcajadas, que así tal vez disiparéis el mal humor que traigo.

Minna. Perdonad, querido tio, que...

Con risa afectada.

Conde. ¿Qué tal, Fancheta? Serían algunas observaciones malignas, algunas gracias de las tuyas.

¿No es verdad? Vaya, prosigue, te las aplaudirémos.

Fanch. Buena gana tenia yo; y mas quando á mi parecer jamas habeis tenido ménos inclinacion á reir que al presente.

Conde. En efecto: estoy rebentando de corage... es un tonto, un loco, un presuntuoso el tal Director de la Guerra. Que se le hable, que no se le hable, él no da la mano en su casa, ni os acompaña sino hasta su antecámara: mas todo se le podia suplir si él atendiese á razones, si hiciese justicia; pero si... en fin, yo entro, yo salgo, y sabrás que... pero aguarda que estoy todavía desconcertado, y conviene primero poner en órden mis ideas.

Aparte.

Minna. ¡Este es mucho suplicio!

Conde. Pues como iba diciendo. Hago que entren recado, y me hace aguardar... ¡qué poco sabe el muy mentecato, que de seiscientos años á esta parte no ha habido quien se atreva á hacer otro tanto con ninguno de mis abuelos! Entro, y me hallo con un hombrecillo, flaco, apergaminado, negruzquillo, muy enjaezado de órdenes y perendengues.

Impaciente.

Minna. ¿El Director?

Conde. Un necio, que no sabe palabra, y que ni me conoce siquiera.

Con el mismo tono.

Minna. Y os dixo...

Conde. ¿Qué me habia de decir?... yo fuí quien le dixe á él que semejante accion...

Lo mismo.

Minna. ¿La de Teleim?

Conde. ¿Pues de quien habia de ser?... que accion como la suya no podia sorprehender sino en Berlin, y que no hay un prusiano capaz de imitarla.

Fanch. ¡Qué bien le sentaría la píldora!

El actor debe distinguir con cuidado el tono del Conde y el del Director.

Conde. "¿Y cómo quereis (me dixo) que creamos „un hecho tan extraordinario?" Porque lo testifico yo: yo, el Conde de Bruxhal, Presidente de los estados de Turingia, Conde del Sacro Romano Imperio, Comendador del Orden Teutónico, Director General... "Todo eso está muy „bueno; pero al cabo no sois mas que un tes„tigo, y por acá tenemos cien pruebas... últi-

„mamente el asunto está determinado." Le amenacé con que veria al Rey (y lo haré) pero admira mi moderacion y su laconismo. "Vedle en„horabuena" me responde. ¿Sobre qué datos se ha formado el proceso? "Sobre los que tene„mos." Pero á lo ménos hubiérase contado con nosotros. "Estaba demasiado claro el asunto." Sí, señor Director, claro y muy claro; pero nosotros pagarémos nuestra deuda á Teleim. "Y „vuestro villete á nuestros granaderos." ¿Cómo granaderos, señor Director, en tiempo de paz? "Eso no le hace..." Y me dexa con una fria reverencia, á quien acompaña un helado *servitor*. Yo le envio con mil diablos, le vuelvo la espalda sin saludarle, y me vengo.

Minna. ¡Ay! tio, que habeis perdido á Teleim.

Conde. ¿Y tengo yo la culpa de que esas gentes no escuchen la razon? Mas calla, calla, que todo se remediará, y el Rey... ¿pero para qué necesitamos al Rey Teleim ni yo? ¿tiene mas de abandonar su patria, y venirse con nosotros?

Minna. ¿Y consentirás, señor, que sobre su desgracia...

Conde. Sí señora. ¿Quién habia de creer el juicio del Directorio de Berlin quando supiese que

el Conde de Bruxhal habia dado su sobrina al acusado?

Minna. Eso es constante.

Conde. Lo que ahora importa es buscar á Teleim.

Minna. Si esta aquí.

Conde. ¿Cómo aquí?

Minna. Como es el oficial á quien hemos desalojado.

Conde. ¿Luego es el de quien tan indignamente hablaba ese villano?

Va á entrar con el baston levantado para castigar al Fondista, y luego vuelve.

Vive Dios, que le he de enseñar... Envíame, envíame acá al Mayor, que yo le haré ver con todo su heroismo, que no obra con juicio en reusar la mano de una viuda jóven, rica y bella, solo porque se ve privado de los bienes de fortuna.

Minna. Yo os doy gracias, señor; pero ¿qué puedo esperar de vuestros oficios, si le he hecho ya presente de todos estos dones, y...

Conde. No, no: se guardará bien de renunciarlos. Eso no se hace entre caballeros: y cuenta que me vengaria; pero no será él tan tonto que prefiera tener un duelo conmigo á hacer una boda

contigo; y en verdad que yo soy muy capaz de proponerle esta alternativa. Mas en tanto que ese tiempo llega, que me den de comer. Fuera vaídos y xaquecas, y reyne el apetito y el buen humor; que en pasándoseme el corage, haré la razon mil veces á la salud de Teleim.

SCENA IX.

Minna y Fancheta.

Minna. ¡Ay Fancheta! yo estoy desesperada: desde aquí veo confirmada la sentencia de Teleim, y á él inexôrable en su proyecto.

SCENA X.

Minna, Fancheta y Verner.

Vern. Si V. E. lo permite...

Minna. Sí, Verner; pasad adelante. ¿Qué hay de nuevo?

Vern. Señora, que solo vos sois capaz de detenernos. El Mayor ha vuelto de palacio mas triste y macilento que nunca. Toda mi astucia ha sido necesaria para arrancarle algunas pocas palabras; pero por fin me ha dicho suspirando: Verner, vá-

monos luego de Berlin: ya no hay que aguardar: hasta la esperanza se ha acabado.

A Fancheta.

Minna. ¿Oyes esto, Fancheta?

Vern. Luego añadió que el Ministro le habia negado la audiencia; y al salir, ni aun se habia dignado mirarle. Yo le he representado vuestra constancia, vuestras finezas: y él suspirar y mas suspirar. ¡Ah Madama! él perece si le dexais partir, y yo tambien señora Fancheta...Y cuenta que muerto el Mayor, ya no queda por quien llorar en el mundo.

Minna. ¿Y qué podré yo hacer para detenerle, agotados quantos recursos me ha sugerido el amor? Mas ¿dónde está? Buscadle inmediatamente de mi parte: decidle que le llamo yo: que quiero verle: ponderadle mi consternacion y mi amargura; y si no conseguís vencerle, volvédmelo á decir, para que yo acuda en persona á estorbar su partida.

Vern. Voy volando á obedecer á V. E.

Vase.

SCENA XI.

Minna y Fancheta.

Minna. ¿Cómo es posible que ya le contenga, ni persuada? ¡ah suerte infausta!

Fanch. ¿Qué diablos le impide el deshacerse de esa manía por un momento?

Minna. Por un siglo dirás, y yo quedaria satisfecha. Pero aguarda, que un rayo inesperado de luz acaba de iluminar mi corazon, y calmar mi despecho. ¿No se podria, Fancheta?... sí, no hay duda; así le aseguro. Fancheta, en vano procura ausentarse: ya me lisonjeo de su vuelta.

Fanch. ¿Perdido el proceso y todo?

Minna. Volverá al instante, y se echará á mis pies.

Fanch. ¿De qué modo?

Minna. Nada hay mas fácil. Tú le has de ir á buscar...

Fanch. Buen principio.

Minna. Y has de decirle...

Fanch. ¿Qué cosa?

Como reflexiva.

Minna. ¿El ha visto á mi tio?

Fanch. No señora.

Minna. ¿No le he ocultado yo el oficio de nuestros estados?

Fanch. Ya lo entiendo: el fin es que yo le informe de todo.

Minna. Al contrario.

Fanch. ¿Al contrario?

Minna. Sí, porque de nada serviria. Teleim es un hombre generoso que me abandona por pura delicadeza, é importa manejarle por ella para rendirle: es menester ser yo para imaginar semejante proyecto, y tener un amante como Teleim para realizarle. No tema ya mi terneza su fuga; sino espere triunfar de su obstinacion. Sí, Fancheta, yo le rendiré; sígueme, que necesito de tu ayuda, y verás quán impuesta estoy en los sentimientos de mi amante.

ACTO QUARTO.

SCENA PRIMERA.

Verner solo.

Vern. ¿Dónde diablos se habrá escondido este Mayor? ¿quánto va que no le encuentro en todo el dia? ¿qué cara pondrá quando sepa que quiero entregarle mas dinero, y hablarle de su dama?

SCENA II.

Justino y Verner.

Just. Me alegro de encontraros, señor Verner. Aquí teneis los cien doblones que pedisteis al Mayor os custodiase, y que me ha encargado os devuelva. Agur, que voy á dar disposicion de que se acabe de disponer su viage.

SCENA III.

Verner solo.

Vern. ¿A la hora de su partida, y quando debe tener mas necesidad, me hace volver el dinero?

pues no: este dinero, y quanto yo poseo, es suyo, y le tengo de obligar á que lo acepte. Yo soy un hombre honrado: le he servido fielmente, y no debo esperar que lo reuse.

SCENA IV.

Teleim y Verner.

Teleim. ¿Tú aquí, Verner?

Vern. Sí señor. Y en busca vuestra. Vos acabais de hacerme volver una parte de mis bienes, y yo vengo empeñado en haceroslos tomar por entero.

Teleim. No podíais emplearlos peor en el dia.

Vern. ¿Cómo no? Y al interes mas subido.

Teleim. ¿Tú sabes la pobreza en que me hallo?

Vern. Pues por lo mismo os los ofrezco.

Teleim. Y yo por lo mismo no puedo aceptarlos.

Vern. Ya yo sé que aquí se os puede quitar todo; pero tambien sé que el Mayor Teleim encontrará siempre en su valor y en su talento el medio de repurar su fortuna, y en su probidad el de conservar la mia, que pongo por esta razon en sus manos. Tomad, mi querido Mayor; tomad sin reparo todo quanto poseo. No tengo mas que mi dinero, y mi persona: en todas par-

tes halla empleo y estipendio un aposentador; pero quando se trata de un hombre como vos...

Teleim. He de vivir y morir sin ser deudor á nadie.

Vern. ¿No teneis amigos?

Teleim. Para serles gravoso, no por cierto.

Vern. Pues yo entiendo que es desestimarlos, no recibir sus favores.

Teleim. Nada de eso, mi amado Verner. Yo percibo toda la fuerza de los tuyos, y te los agradezco como del mas afectuoso de mis amigos; pero no te canses, que no necesito tu dinero.

Vern. Vos me engañais, señor.

Teleim. No quiero que me seas acreedor.

Vern. ¿No lo quereis? ¿Y si yo os dixese que lo sois hace mucho tiempo? Quando en campaña derribé el brazo al enemigo que os acosaba para echaros en tierra: quando en otra ocasion me adelanté precipitadamente á recibir el golpe que un soldado dirigia á vuestra cabeza ¿no me quedasteis deudor de la vida, y aun de la que expuse por salvaros? ¿Pensaréis poderme deber mas? ¿ó se os antoja que yo puedo estimar mi caudal mas que mi conservacion? ¡Ah! si de este modo discurren los grandes ¿qué caso se debe hacer de los hombres? ¿ni cómo hay quien

quiera por ellos sacrificarse?

Teleim. ¿Qué es lo que dices, Verner? Yo confieso con gusto que te soy deudor dos veces de la vida; ¿pero quién tiene la culpa de que tú no me debas otro tanto?

Vern. Demasiado me consta que no os han faltado ocasiones de executarlo, siendo así que os he visto mil veces exponer el pellejo por salvar á un simple soldado?

Teleim. ¿Y qué quieres decirme con eso?

Vern. Es que yo...

Teleim. Vaya, tú no me entiendes. Esta repulsa no te la haria yo en otras circunstancias que las presentes.

Vern. Lo entiendo. Vos tomaréis mi dinero quando no lo necesiteis, ó yo lo haya gastado, ¿no es verdad? No sabeis quanto me desespera este desayre. Tomadlo, pues, mi Mayor; y ya que no sirva para vos, servirá para mí. Sí señor, para mí; porque habeis de tener entendido que pensando muchas veces para adelante, le decia yo á mi capote: "¿qué será de mí en la vejez? „¿á dónde me refugiaré? ¿quién cuidará de mi „asistencia si estoy enfermo ó herido?... preci- „samente me hallaré solo en medio del mundo,

„y obligado tal vez á mendigar el sustento:" mas no, me reprehendia yo con confianza: "iré „á casa del Mayor Teleim, que no me dexará „perecer: que partirá conmigo su fortuna, y „que me permitirá vivir y morir en ella como „hombre honrado."

Teleim. ¿Y por qué no has de pensar siempre del mismo modo?

Vern. Claro está; porque despreciando vos este socorro mio quando le necesitais, y yo os le puedo dar, es lo mismo que decirme que no cuente con el vuestro quando yo le necesite.

Teleim. ¿A dónde vas á parar? ¿así desacreditas mi gratitud? no, querido Verner: yo tengo dinero todavía, y te aseguro que luego que me falte, serás tú solamente á quien me avergüence. ¿Estás ahora contento?

Vern. Sí lo estuviera; pero... salga fiadora vuestra mano.

Teleim. Tómala: ¿quieres mas?

Vern. Señor, no engañeis á Verner, pues le costaria la vida.

Teleim. No, mi amado Verner: quedemos satisfechos el uno del otro, y déxame que voy á escribir á Minna.

Vern. ¿Y qué pensais escribirla? ¿que vuestras pretensiones se malogran, y que es indispensable alejaros de ella? ¡Ah! ¡qué lindo consuelo para quien ha hecho lo que ella por vos! ¡para quien ha venido hasta aquí buscándoos con tanta fineza! Sin duda quereis desesperarla, quando se halla sumergida en una pena, en un abatimiento, y en una afliccion que solo vos sois capaz de disipar.

Teleim. ¿Cómo?... ¿qué dices?... ¿lo sabe acaso?..

Vern. Sí, mi Mayor; pues suponiendo yo que no habria en el universo quien os pudiese consolar sino Madama, se lo referí todo de pe á pa; y si hubiéseis visto la sensacion que en ella hizo la noticia, no podríais ménos de haberos enternecido.

Teleim. Desventurado, ¿qué has hecho?

Vern. ¿Que qué he hecho? mi deber. Y hubiera corrido las quatro partes del mundo por buscaros un consolador.

SCENA V.

Fancheta, Teleim y Verner.

Continuando.

Vern. Pero tened, que aquí llega Fancheta. Por vuestra vida que no nos abandoneis, sopena de hacernos tan desgraciados como vos.

Teleim. Ella es... ¿Fancheta mia? Llegas á tiempo que pasaba á ver á tu ama.

Fanch. Pues perdíais el viage, porque ha dado órden para que nadie entre en su quarto, y me envia para que os dé un á Dios de su parte.

Teleim. ¿Cómo así? ¿pues me dexa de este modo?

Fanch. Qué quereis: ha sabido vuestra determinacion.

Vern. ¿Cómo es eso? pues no me habíais encargado...

Fanch. Han ocurrido nuevas desgracias, que han cambiado nuestros designios; y aunque no deberia revelárselas al Mayor, suplícoos hagais lugar...

A Verner.

Teleim. Retírate.

Aparte.

Vern. ¿Qué tendrémos de nuevo?

Vase.

SCENA VI.

Fancheta y Teleim.

Aparte.

Fanch. Veamos cómo pinta el proyecto de mi ama.

Teleim. ¡Nuevas desgracias! Tú me asustas.

Fancheta procurará explicarse con tal variedad, que al paso que engañe á Teleim, informe á los expectadores de su intencion.

Fanch. Aunque me impide un precepto esta revelacion, yo no puedo excusarla, porque creeria ofenderos sabiendo lo que amais á mi señora.

Teleim. No la amo, que la adoro.

Fanch. Pues ella no os queda á deber nada.

Teleim. Y bien ¿á dónde se encamina ese discurso?

Fanch. ¿Y pensais separaros de ella, quando debíais estar mas unido que nunca? ¿y quándo necesitais mas el uno del otro?

Teleim. Yo no puedo comprehenderte.

Fanch. La habeis visto derretida, afanada, é ingeniosa para aliviar vuestros pesares, porque suponia que bastaria el amor á labrar la dicha de entrambos; pero sí: mas ingenioso habeis sido vos en inutilizar estos oficios.

Teleim. Yo he debido aconsejarla que huyese de un desgraciado.

Fanch. Y con eso la habeis violentado por una generosidad mal entendida á quedar abandonada, y mas digna de compasion que vos mismo.

Teleim. ¿Mas digna de compasion que yo? ¿cómo puede ser eso?

Fanch. Siendo. ¿Conoceis al Conde de Bruxhal?

Teleim. ¿No es su amado tio?

Fanch. No sino su mas cruel enemigo y el vuestro. Porque habeis de saber que despues de haberos sacrificado mi ama su corazon, su fortuna, y un esposo que el Conde queria recibiese de su mano, se halla al presente desheredada, fugitiva y perseguida por este hombre impetuoso y absoluto.

Teleim. ¡O cielos! ¿qué es lo que dices?

Fanch. La Condesa en este conflicto vino en vuestra busca; pero habiendo vos reusado su mano, ha creido que debe renunciar á ella para siempre.

Teleim. ¿Cómo para siempre? Minna desgraciada me pertenece de justicia, y yo se lo disputaria al mundo entero.

Aparte.

Fanch. Lindo. Este pez ya cayó.

Teleim. ¿Pues qué sería de mí á faltarme la esperanza de poseerla? Minna rodeada de todo el explendor de su fortuna, me parecia una deidad que exîgia mis respetos; pero Minna cubierta de desdichas, es la persona mas recomendable para mí, y cuyo socorro reclama mi obligacion. ¿Qué placeres, obligaciones y empeños tan apreciables y sagrados vuelven á hacerme apetecible y preciosa la vida á pesar de los que han conspirado contra ella? Mis infortunios me habian consternado, y ya no formaba sino proyectos horrorosos, hijos de la melancolía y del despecho; pero al oir que Minna es desdichada, siento reanimarse mi valor, confortarse mi espíritu, y prolongarse mi vida, que puede ser el apoyo de la suya. Ella me ha sacrificado la opinion de los hombres, y me ha desfigurado su injusticia. ¿Pues por qué no me ha de estimular esta generosidad para corresponderla? Ella nació para mí, y yo para ella; con que todo nuestro

fin se cifra en poseernos. ¿Veis, Fancheta mia, los bienes que me ha grangeado su infortunio? Sí, ya puedo llamarme feliz.

Fanch. Pero señor... en efecto ¿has comprehendido toda la fuerza de su situacion?

Teleim. Sí, y aun la exâgero todo lo que quieras: en suma, ella está desvalida, desheredada, perseguida por su tio, y sin tener á quien volver los ojos. ¿No es verdad?

Fanch. Y sin esperanza de remedio, porque pendia únicamente de su tio, y este bárbaro de todo la ha privado.

Teleim. ¿Pero ha podido privarla de sus gracias, de su dulzura, de su honestidad, y del amor que me tenia? Pues estos son los tesoros de tu ama que la constituyen la mas rica heredera de la naturaleza. Yo corro á abjurar á sus pies las resoluciones que el deseo de su bien me habia inspirado á ofrecerla un consolador, un vengador, y un esposo; y huiré con ella de un mundo incapaz de alterar por sus opiniones el contento de dos consortes retirados de su comercio, contentos de sí mismos, y descuidados de todo lo demas.

Vase.

SCENA VII.

Fancheta sola.

Fanch. Corre, corre, que no te será dificil detenerla, y hacerla consentir en un pronto desposorio. Lo que falta es que el tio nos dé tiempo para concluir este negocio; porque si encuentra á Teleim, y le ofrece su sobrina con todas sus riquezas, vuelve á su tema, y le da calabazas; y así lo que importa es despachar y casarlos; que despues se le descubrirá la desgracia de que es rica, y habrá de pasar por ello aunque le pese: aunque no será tan tonto que querrá descasarse por haberse engañado con tan buenas cartas.

ACTO QUINTO.

SCENA PRIMERA.

Teleim solo.

Teleim. ¿Minna ha de ser mi esposa? ¿Minna ha de venirse en mi compañía? pues no quiero pensar hoy sino en este regocijo: léjos de mí toda

idéa melancólica que pueda alterarle: yo poseo á Minna, y bendigo las desgracias precursoras de tan feliz union.

SCENA II.

Verner y Teleim.

Teleim. ¡Ah, mi querido Verner! ¡ella es desgraciada, está desheredada y perseguida por su tio!

Vern. ¿Quién, mi Mayor?

Teleim. Minna; pero yo he de casarme con ella.

Vern. Bien hecho. Casaos con ella, y tomad mi dinero, y son dos grandes obras que debeis hacer á un mismo tiempo.

Teleim. ¿Ya ves tú quándo podré yo reintegrarle?

Vern. Yo no os le pido, ántes voy á traeros el resto de mis bienes.

Teleim. Vé pues, y nosotros partirémos en comun nuestra fortuna; pues espero que mi nombre y mi espada...

Vern. Si no puede faltarnos cosa alguna... vamos luego á batir á los Calmucos; vos con mi señora la Condesa, y yo con mi amada Fanchetita.

Teleim. Despues pondrémos órden en todo. Vé por tus trastos, que en mi aposento te aguardo.

Vern. Vuelvo como un reguilete: viva la Rusia, la guerra, la Tartaria; y sobre todo mi Mayor, que por último ha venido en admitir mi peculio.

Vase.

SCENA III.

Justino y Teleim.

Entrando por el lado opuesto al que salió Verner.

Just. Señor, poneos luego en salvo, pues teneis tiempo... á la puerta preguntan por vos de parte del Rey: se habla de una órden para haceros prender; y yo mismo he observado tomar precauciones al rededor de la fonda.

Teleim. ¡Santos cielos! en el momento en que me aguarda Minna, como el único bien apetecible, ¡trata la corte de atentar á mi libertad! ¡Ay! ¡que á este duro rebes me abandona mi constancia, y desfallece mi vida!

Just. La huéspeda cautelosa, ha respondido que no estábais en casa, para dar lugar á vuestra fuga: piensa facilitárosla por una puerta falsa que jamas se abre, y que no es creible hayan querido tomar.

Teleim. ¿Pues en qué te detienes? Corre á pedirla la llave, y exâmina si alguno acecha aquella salida; y vuelve á darme cuenta, para que yo vaya á dársela de todo á la Condesa.

SCENA IV.

Teleim y Verner.

Entrando por el lado opuesto al que sale Justino.

Vern. ¡Ay mi Mayor! ¡ay señor mio! todo está perdido sin remedio... yo le he visto por mis ojos... yo le acabo de oir.

Teleim. ¿Qué es lo que has oído?

Vern. ¿No acabais de referirme que el Conde de Bruxhal perseguía á su sobrina?

Teleim. ¿Y qué?

Vern. Nada: que le teneis en vuestra casa.

Teleim. ¿En càsa el Conde?

Vern. Como suena; y sin duda viene en vuestra busca, y en la suya.

Teleim. ¿Pues cómo?...

SCENA V.

Teleim, Verner, y el Conde al bastidor.

Conde. ¿Para qué es disimularme que está aquí?
Teleim. ¡Cielos, él es!
Vern. Y sino preguntádselo, pues entra.
Teleim. Déxanos solos.

Vase Verner.

SCENA VI.

Teleim, y el Conde.

Aparte.

Teleim. O me ha de dar la muerte, ó la sobrina.

Aparte.

Conde. Verémos si se aferra en repudiar á la muchacha.

Amistosamente; pero con un tono áspero que lo desmiente.

Pero hele aquí donde está.

Con entereza.

Teleim. Sí señor: aquí estoy, y mis desgracias no me han hecho indigno de vuestra amistad.

Conde. ¿Pero qué es de mi sobrina?

Afectuoso.

Teleim. ¿Señor, no sois su tio, su padre, y?...

Impaciente.

Conde. ¿Y qué tenemos con eso?

Teleim. Yo sé que en otro tiempo me considerábais digno de su mano, y de vuestro aprecio.

Conde. ¿Otro tiempo? ¡bella diferencia!

Teleim. ¡Ah! Señor, prestadme oídos, permitid que á vuestros pies...

Aparte.

Conde. Esto es hecho, no la quiere: ¿y qué es lo que vm. intenta, señor mio?

Teleim. Yo me tomo la licencia de representaros...

Enojado.

Conde. Y yo la de deciros, que vuestra conducta me ofende, y que jamas sufriré...

Enojado.

Teleim. Ni yo permitiré tampoco...

Aparte.

Conde. ¿Pues no es menester estar endiablado para repudiar á mi sobrina? Sí señor, Mayor. A un hombre como yo, no se le ha de ofender impunemente.

Teleim. Señor Conde, un hombre como yo, me-

rece que se le oiga: y vuestras persecuciones...

Conde. ¿Son extrañas? ¿no es verdad?

Teleim. Yo respetaré siempre al tio de Minna: pero...

Muy enojado.

Conde. Pero no os casaréis con ella. ¿No es así?... esto ya es demasiado.

Teleim. Eslo en efecto: y mi honor...

Conde. ¿Vuestro honor? ¿pues digo, el mio es nada? ¿y qué se dirá de mi sobrina y de mí, si yo cediese á vuestras delicadezas?

Teleim. Que Teleim, á pesar de su desgracia, ha sabido haceros consentir en sus proyectos.

SCENA VII.

Minna, Teleim, el Conde y Fancheta.

Aparte.

Minna. ¿Teleim, y el Conde juntos? todo se ha descubierto.

Corriendo hácia Minna.

Teleim. Venid, señora, poneos á mi lado.

Aparte.

Conde. El se ha vuelto loco.

Corriendo hácia Minna, como para llevarla á sí.

Ven conmigo sobrina, y renuncia...

Arrancándola de manos del Conde.

Teleim. Primero será que yo sufra se me quite...

Con extrañeza.

Conde. Esta es otra.

Al Conde riyendo.

Fanch. No lo sufrirá, no seguramente.

Impaciente.

Conde. ¿El qué?

Riyendo.

Minna. Que yo le sea quitada.

Conde. ¿Qué diablos de monserga es ésta?

Teleim. Minna, mi querida Minna: echarnos á sus pies es importante.

Aparte.

Conde. ¿No digo yo que está loco? Señor Mayor, una de dos, ó casarse con Minna en el momento, ó daos por desafiado. ¿Lo habeis entendido?

Teleim. ¿Cómo? ¿pues vos me la otorgais, olvidando vuestro enojo, sus ofensas, y su fuga?

Aparte.

Conde. Esto es hecho: él delira.

Minna. ¿Puedo creer que ya no me desheredais?

Conde. ¡Qué lástima! los dos han perdido el juicio. Su fuga, mi enojo, sus ofensas, desheredada... ¿quién es esa señora?

Teleim. Vuestra sobrina.

Conde. ¿Mi sobrina? ¿pues no vengo con ella?

Teleim. ¿Vos con ella?

Conde. Sí, desde Saxonia: y sin otro objeto que entregárosla.

Teleim. ¡A mí!

Conde. A vos: y hace mas de una hora que me estais haciendo...

Teleim. ¿Yo? ¿quando os la pedia de rodillas? ¡Ay Minna!

Conde. Pero vamos: ¿qué enredo es éste? ¿eres tú quién le ha forjado por ventura?

Minna. Sí, tio y señor, para detener á Teleim, y unirle para siempre á mi destino; pero temo que vuestras bondades no hayan hecho lo bastante para no separarnos eternamente.

Conde. Sí; eso es: dí ahora que yo lo he echado á perder todo.

Teleim. No señor. Antes esos ímpetus, cuyo orígen no me es desconocido, descubren el noble fondo de vuestra alma... pero en quanto á vues-

tra sobrina: ¿quál es su generosidad? ¿quál su delicadeza?

Conde. ¡Quánta su extravagancia! ¡quánta su impertinencia! Aquí no hay mas, sino que yo os conservo el concepto de hombre de espíritu, y he querido premiaros con mi sobrina. Esto es mas corto, y en este proceder, es donde debeis mejor reconocerme.

Teleim. ¡Ah señor! ¡Ah Minna adorada!

Aparte.

Ya me falta resistencia... ¡mas ay! que las órdenes del Rey van á arrancarme sin duda de estos generosos amigos, que aspiran á perderse al lado mio.

SCENA VIII.

El Conde, Minna, Teleim, Fancheta y Justino.

A Teleim.

Just. Señor, ya está abierta la puerta falsa, y nadie se percibe al rededor; con que podeis cómodamente substraeros al que os busca de órden del Rey.

Minna. ¿Cómo? ¿órden del Rey? ¿qué he escuchado?

Hace Teleim señas á Justino para que no prosiga.

Conde. Ya, ya, ya: no hay que amohinarse. Las órdenes del Rey deben ser actos de pura justicia, y habrá llegado el que yo estaba aguardando. ¡Si no sabeis vosotros lo que yo acabo de hacer!

Aparte.

Fanch. ¡A quién no incomodará esto!

Conde. Es verdad que no pude hablar al Rey; pero le dexé un memorial en que le digo quánto se me vino á la boca; y esto precisamente ha de hacer operacion.

Teleim. Así es: tranquilizaos, señora, y persuadios á que habiéndoseme juzgado con tanta precipitacion é injusticia, no puede haber ya novedad que no sea en mi favor: apurada hasta las heces la copa de las desdichas, es demas todo temor. Y para que os convenzais, parto volando á los pies del Rey con la esperanza de deberle una absolucion que me vuelva mas regocijado á los vuestros. A Dios. Sígueme, Justino.

Vase haciéndole señas para que calle.

SCENA IX.

El Conde, Minna, Fancheta y Justino.

Just. ¿Qué diablos hace este hombre? Quando estaba tratando de salvarse: ¿se va á entregar á quien viene á prenderle?

Minna. A prenderle, ¿qué dices, Justino?

Just. Lo que no tiene la menor duda: abaxo le aguarda hace una hora de parte del Rey un emisario de la peor cara que ví en mi vida: todo se le vuelve acechar por todas partes, como quien teme que se le escape la presa que busca. ¡Y viene cargado de papeles, que contendrán acaso la receta de embocarle en un castillo!

Minna. ¡Ay tio! no perdamos tiempo: acudamos volando á su socorro.

Conde. No, no: como el Rey haya decretado su arresto, no volarémos muy léjos, ni hay necesidad de que te muevas: quédate, que este no es negocio para tí...

A Justino.

¡Ah, buen amigo! ¿Eres hombre de valor?... Pues sígueme hasta encontrar con Teleim, que

estando yo provisto de armas y caballos, le salvarémos con la pistola en la mano, y haciendo fuego á quantos quieran impedirlo.

Minna. Señor, vos aumentais mis sobresaltos.

Conde. Nada temas, hija mia, estando yo por medio: dame un abrazo, y á Dios.

SCENA X.

El Conde, Minna, Teleim, Justino, y Fancheta.

Apresurados y con unos papeles en la mano.

Teleim. Minna, Minna, albricias: toma parte en mi regocijo, en mi sorpresa, en mi asombro... Yo no sé lo que me sucede... Yo estoy fuera de mí... el Rey... ¡ay Minna!... el Rey...

Minn. Acabemos. ¿Qué es lo que ha hecho el Rey?

Teleim. Tomad, señora, tomad: leed la carta que acabo de recibir de este generoso Monarca.

Fanch. ¿Cómo? ¿una carta del Rey?

Conde. ¿Pues pensabas tú que los Reyes no sabian escribir?

Tomándolos, y alargándolos á Minna.

Fanch. No os detengais en leerla, señora.

Lee.

Minna. Dice así. "Mi querido Teleim...

Fanch. ¿Mi querido Teleim? ¡qué gozo! No puedo reprimir las lágrimas.

Lee.

Minna. »Mi querido Teleim: ya era tiempo de »desengañarme, y aunque tarde estoy obligado »á hacerte justicia. La caxa de estado tiene órden de restituirte el villete, y de pagar por »el regimiento la anticipacion de que procede. »Tus acusadores han sido reprehendidos y castigados en el Consejo de guerra; y para completar mi satisfaccion no me falta sino volverte »á ver en mi servicio: entretanto me tengo por »el mas dichoso de los Soberanos en haber podido justificar al hombre mas honrado de mi »reyno." Ved aquí una carta muy apreciable; pero de que yo no tenia la menor necesidad.

Fanch. Sin embargo, ella hace honor á quien la recibe.

Conde. ¿Cómo á quien la recibe? y á quien la envia tambien. Venga acá la verémos... Sí, sí: buena letra. Tómala, sobrino, y custódiala en tus archivos, que sacándola de quando en quando, puede hacer la alegría y el consuelo de

tus nietos. ¿A ver si mi conversacion con el Director, y mi memorial al Rey, surtiéron efecto? No que no: me han tenido miedo, y les he hecho entrar en carrera. Ahora lo que importa, Teleim, es que vayamos juntos á dar las gracias al Rey, y al Director de la guerra, que al fin ha executado quanto se le ha dicho. ¿Mas qué otra carta es esa?

Teleim. Del Director; pero vista la del Rey, me interesa poco, y mas quando vendrá á reducirse á cumplimientos.

Conde. ¿A ver? será sin duda el villete de nuestros estados, el reintegro de tus anticipaciones, una gratificacion, una libranza contra la caxa... ¡ó! vosotros no discurrís: yo no sé de qué os sirven los años.

Empieza á leer en voz alta, despues baxa algo la voz; pero no de modo que no se le entienda.

„Si vuestra causa hubiera podido perderse, lo „hubiera logrado el mal modo con que un Con„de de Bruxhal, que se llama vuestro amigo, „la ha defendido. No es la corte el pais que le „conviene, y así debeis aconsejarle que se vuel„va á su tierra." ¡Habrá mayor mentecato! ¿Si creerá que he venido yo á Berlin no mas de

para admirarle? Vamos de aquí, hijos mios: vamos luego, que aquí no se puede vivir, pues no se ama la verdad, ni se respeta á la nobleza, ni á los hombres de bien, ni á la gente de forma, ni á nadie. *Vase.*

SCENA ULTIMA.

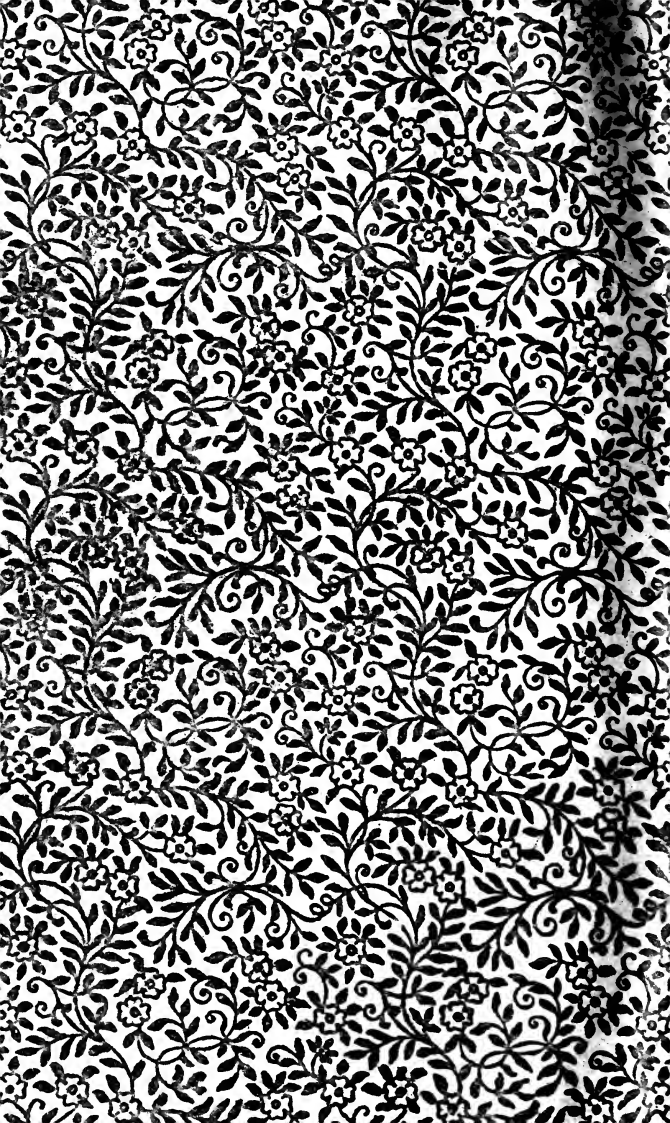
Teleim, Minna, Justino, Fancheta y Verner.

Alegre y presuroso.

Vern. ¡Mi querido Mayor! ¡qué alborozo! No tengo que preguntaros si sabeis la feliz nueva de que todo Berlin se congratula: solo os suplico que permitais que os abrace como el mas interesado, y que sea el primero de todo el regimiento que...

Teleim. Sí, mi amigo Verner, abrázame enhorabuena, y vamos todos á los pies del Rey, á tributarle gracias por este beneficio, para que cumplido este deber, regresémos á Saxonia: tú, esposo de Fancheta; yo de Minna, y todos quatro las personas mas felices de la tierra.

FIN.

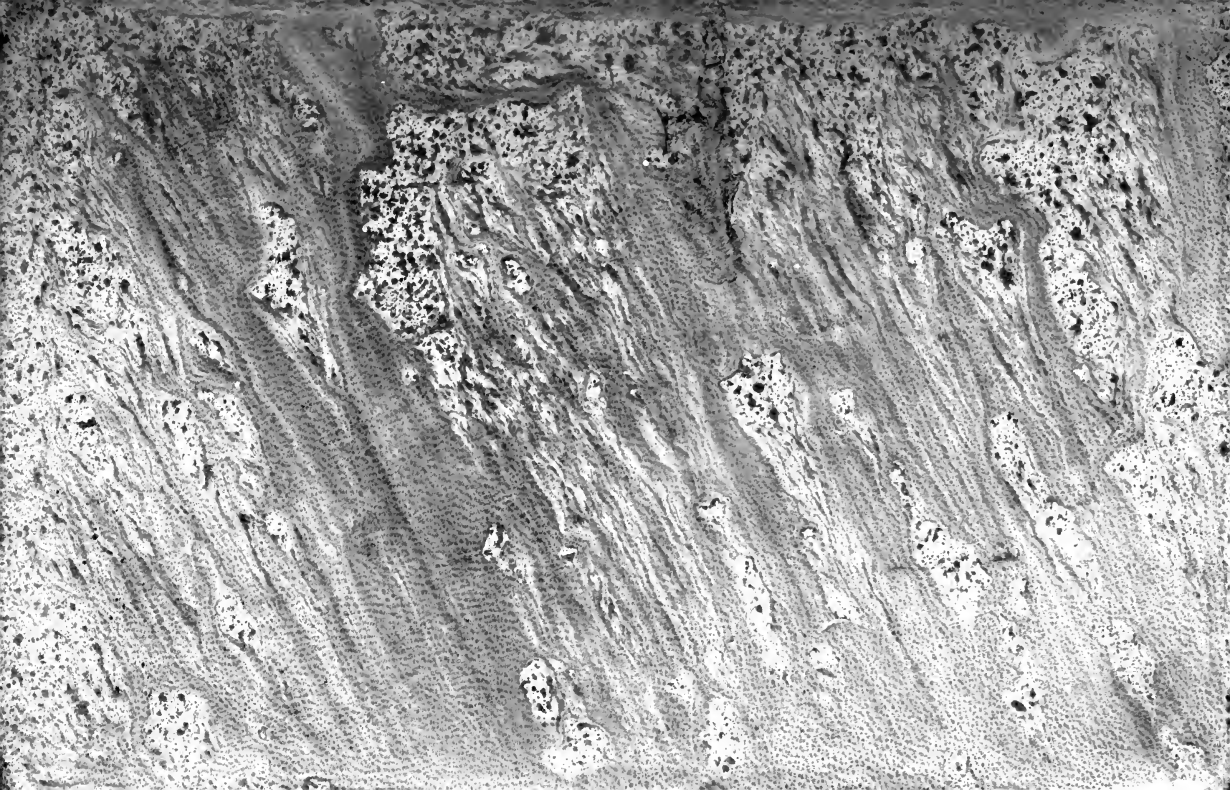


LS.C
T2536

Author

Title Teatro nuevo español. Vol. 4.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU